Mejores deseos

Parte 1

1

Olivier Garnier estaba en su huerto cuando oyó llegar la moto de Elise Marchand a su patio, situado en el lado opuesto al que él ocupaba en ese momento. Olivier se enderezó, se sujetó la zona lumbar durante unos instantes, estaban en octubre, octubre de 2026. La cosecha de aquel año había sido desastrosa, el calor del verano no había dado ninguna oportunidad a sus cultivos. Para él, cultivar hortalizas era una costumbre de vida, transmitida principalmente por su padre. Hoy recordaba aquellas cosechas que recogía cuando era niño, ya entonces superaban en cantidad y calidad a las de principios de la década de 2010, hoy, en quince años, habían pasado, en lo que respectaba al huerto, de casi poco a casi nada, y aquella situación le preocupaba.

«Buenos días, Olivier.» Elise, ahora, estaba a su lado, llevaba un bolso, con la correa sobre un hombro, vestida con toda sencillez, su principal preocupación era no llamar la atención, pues su atractivo natural ya tendía a atraer las miradas, sobre todo las masculinas.

Olivier Garnier ofreció una mejilla a la joven, ella tenía 18 años, él 61, la conocía desde hacía 15 años,

desde que los padres de Elise habían comprado aquella casa, situada justo al lado de la suya.

«¿No tienes clase?», le preguntó Olivier.

«Instituto bloqueado, están en huelga, no pasa nada, estudiaré en casa», le explicó Elise.

«¿Con Sir ChatGPT?», quiso saber Olivier, a modo de confirmación, aunque ya estaba convencido de antemano.

«¡Él mismo!», le respondió Elise, mostrando una amplia sonrisa de satisfacción.

«¿Te apetece un café?», preguntó Olivier.

«Me apetece», respondió Elise.

Mientras Olivier guardaba la herramienta que tenía en la mano, junto con las que utilizaba habitualmente en el jardín, vio que Elise permanecía inmóvil, frente a su huerto.

«¿Habías visto alguna vez algo así?», le preguntó ella. Olivier volvió sobre sus pasos, después de haber cerrado la puerta del cobertizo donde guardaba todo su material.

«Sequías, sí, pero esto es otra cosa», le respondió.

«¿Otra cosa, cómo?», quiso saber ella.

«E-C-N-I», comenzó diciéndole Olivier, antes de ser más preciso: «Evento Climático No Identificado.»

«Es justo lo que pensaba», le respondió Elise, pensativa. Olivier se limitó a buscar su mirada, esperando que continuara, pues intuía que aquella precisión, que acababa de formular, estaba incompleta. Elise prosiguió:

«Nos equivocamos de protesta, incluso nos equivocamos sobre las razones por las que protestamos, queremos participar en la manifestación, si no nos unimos a ella, tendríamos la impresión de no existir.»

Olivier guardó silencio. Recordó lo que el padre de Elise le había confesado hacía poco acerca de su hija, aquel contacto que mantenía con ella desde que tenía tres años, aquel tiempo ganado según su progenitor, sobre todo cuando ella repetía a sus padres la frase favorita de Olivier al respecto, a saber: «No tengo más profesor que la luz del día.»

«¿Cuál era ya aquel récord de temperatura a nivel del suelo del que me hablaste?», quiso saber ella.

«61 grados, el 17 de julio», le recordó Olivier.

«61 grados», se limitó a repetir, dejando escapar un largo suspiro.

«En conclusión, ¿no has hecho conservas, como en las temporadas anteriores?», prosiguió ella.

«¡Este año, ninguna!»

Elise permanecía en su sitio, sin decírselo a Olivier, se sintió como si estuviera frente a un campo de ruinas, peor aún, una casa se derrumba, siempre es posible reconstruirla, pero si la naturaleza se derrumba, si la vida se derrumba en este planeta, cómo volver a ponerla en pie. Luego pensó en los chicos y chicas de su edad, la ola de calor había sido evidentemente un tema de conversación entre ellos, olvidado muy pronto, no porque carecieran de memoria, sino porque se apresuraron a aprovechar las circunstancias del momento, que les permitirían no pensar en otra cosa. Aquella lucha que se avecinaba, en algún lugar de su interior los aterrorizaba, lo que le hacía pensar que tal vez estuviera perdida de antemano, como si ya no dispusieran dentro de sí de aquel coraje necesario para ganar aquella batalla.

«Entonces, ¿nos tomamos ese café?», preguntó Olivier, deseoso sobre todo de sacar a Elise de sus pensamientos. La joven se apartó del huerto y siguió sus pasos.

2

«A decir verdad, le debo mis buenas notas a la ola de calor», confesó Elise.

Olivier, mientras le tendía a Elise su taza reservada, hizo una pausa en su gesto. Él no veía en las temperaturas de aquel verano ninguna oportunidad, su casa no estaba aislada, le gustaba decir que él tampoco, conclusión, había sufrido el calor durante tres meses.

«¿Puedes ser más precisa, por favor?», le preguntó Olivier.

«Sabes que me encanta ir a la playa, pero este verano apenas pude darme unos chapuzones temprano por la mañana y, además, a partir de julio, debido al calor, se desaconsejaba bañarse por la calidad del agua.» Entonces hizo una pausa y bebió un sorbo de café. «Aunque, pensándolo bien, al ritmo al que van las cosas, a finales de la década se desaconsejará incluso vivir, sobre todo la vida humana», señaló, pensativa.

«Todavía no me has dicho por qué le debes tus buenas notas a la ola de calor», le hizo notar Olivier.

«Muy sencillo, me quedé en casa, si tenía que morirme de calor, mejor resignarme a ello en mi propio domicilio», comentó con un tono deliberadamente humorístico, aunque la propia interesada consideraba la situación dramática, antes de continuar con su explicación.

«Luego, a mediados de julio, empecé a interesarme por el programa del último curso de bachillerato, por simple curiosidad, al menos al principio, y se me ocurrió recurrir a ChatGPT: ¿podía explicarme esto y aquello? Al final, se convirtió en un desafío, después de cada explicación, le pedía que me pusiera a prueba, acepté el reto y ¡ya está!»

«¡¿Y ya está qué?!», ¡exclamó Olivier!

«Pues que en septiembre, mientras mi clase apenas empezaba a ponerse en marcha, yo llevaba dos meses de ventaja y eso no es todo.» Entonces se interrumpió, terminó su café, se levantó y se acercó al fregadero de aquella cocina donde ambos estaban sentados, enjuagó su taza bajo el agua, incluida la cucharilla, y prosiguió, adivinando que había dejado a Olivier con ganas de saber más.

«Le pedí a Hervé que me pagara una suscripción.» Olivier frunció ligeramente el ceño, al menos interiormente, pues no podía evitar reaccionar así cuando Elise llamaba a sus padres por sus nombres, Hervé al padre, Florence a la madre, diciéndose que aquella ausencia de papá y mamá debía hacer que Elise, en su inconsciente, se sintiera, respecto a sí misma, proporcionalmente menos hija de lo que podía

ser. «Veinte euros al mes, por un profesor particular, las veinticuatro horas del día, y ni te cuento las competencias del profesor, por no hablar de su paciencia. Él puede explicártelo una y otra vez, diez veces, quince veces si hace falta, y en cuanto a todos esos posibles cuestionarios para cada asignatura, que equivalen a ejercicios para ponerte a prueba, si quieres que te examine, lo mismo, puede proponerte un ejercicio sobre un tema, luego otro, después otro y otro más.»

Se hizo un silencio entre los dos. Olivier recordó que en 2024 Elise le había descubierto ChatGPT a través de su ordenador. Él utilizaba internet para consultar el tiempo, también las noticias, y finalmente YouTube, sobre todo cuando encontraba algún buen documental. Frente a ChatGPT, al principio no supo qué hacer con aquella herramienta, luego, a su vez, empezó a utilizarla cuando consideraba que a ciertas informaciones les faltaban explicaciones, sin embargo, nunca se le ocurrió suscribirse.

«Así que voy a dejar el instituto», anunció Elise sin previo aviso, mostrando una amplia sonrisa de satisfacción, no ante la perspectiva de llevarlo a cabo, sino ante el asombro de Olivier, que no podía dejar de reflejarse en su rostro.

«¿Vas a dejar los estudios?», le preguntó Olivier, con un tono que expresaba de antemano, sin necesidad de palabras, su desaprobación.

«No he dicho que vaya a dejar los estudios, Olivier, he dicho que voy a dejar el instituto, ¿quieres otro?», quiso saber Elise, tomando la taza de café de Olivier, pues intuía que, a esas horas, aquel café que acababa de tomar solía ir seguido de un segundo.

«Por favor», le respondió él, todavía visiblemente desconcertado.

3

«Tengo 18 años, soy mayor de edad, así que puedo continuar mis estudios como mejor me parezca.»

Olivier, en aquel momento, no respondió nada. El 17 de junio de aquel año, Elise había cumplido 18 años, hubo dos celebraciones para la ocasión, una con sus amigos, la otra con su familia. Evidentemente, sintió cierta emoción cuando Elise lo invitó a la segunda.

Recordó, durante aquella celebración, un comentario formulado por una tía de Elise, una tía a la que Olivier conocía por primera vez, que le advertía a la homenajeada de aquel día que ya podría sacarse el carné

de conducir, tener un coche, una especie de scooter de cuatro ruedas y con techo en lugar de casco. Elise respondió a aquella tía que, para empezar, ni siquiera sabía adónde ir, en términos generales, por lo que temía aquellas incitaciones a desplazarse que suscita un automóvil cuando uno tiene derecho a conducirlo. El coche representaba así, a su juicio, una especie de dirección que no constituía por ello un rumbo propiamente dicho, unas ganas de moverse, como dice la expresión, de esas que paradójicamente te hacen permanecer en el mismo sitio, para ir a todas partes y a ninguna al mismo tiempo.

La tía en cuestión se quedó desconcertada, Elise, para su familia, exceptuando a sus padres, seguía siendo un enigma. Esos mismos familiares le reprochaban que se hiciera demasiadas preguntas, ella les replicaba que procuraba, sobre todo, no responder por el mero hecho de responder, responder principalmente para que esas mismas preguntas dejaran de serlo.

Olivier se sentía un poco responsable de la manera de pensar de la joven. Desde su más tierna infancia, le había transmitido reflexiones que la incitaban a desenvolverse en contacto con la realidad. Hay que decir que se había ocupado de ella con frecuencia,

sus padres trabajaban mucho, él como notario, ella como abogada, ambos se habían conocido en la facultad de Derecho y desde entonces no se habían separado. Así que podía recoger a Elise en la escuela infantil, en la escuela primaria, en el instituto hasta el tercer curso de secundaria, hasta que Elise dispuso de un scooter.

Su madre, Florence, cuando él se reprochaba a veces su influencia, le aseguraba que no había hecho más que alimentar una particularidad que formaba parte del carácter de Elise. Él mismo, de niño, había sido sensible a las reflexiones de algunos de aquellos que habían vivido la guerra, desde la Primera Guerra Mundial hasta la Segunda, pasando por la Guerra Civil española, aquellos mismos que le repetían que la felicidad no era más que una disminución de la desgracia y nada más.

«Hervé y Florence están de acuerdo, solo mis profesores están preocupados.» Olivier, al oír aquella precisión, volvió a prestar atención a su conversación. Elise, al darse cuenta de aquella distancia que había tomado, repitió la información.

«Decía que Hervé y Florence están de acuerdo y que mis profesores están preocupados, algunos más que

otros. Aunque, pensándolo bien, los comprendo», terminó por concluir. Olivier, limitándose a mirarla fijamente, le hizo comprender, mediante aquella insistencia visual, que le debía algunas explicaciones, así que Elise prosiguió: «Sí, los comprendo, si las IA, por un lado, se utilizan mal, hasta el punto de que muchos de sus alumnos las emplean para que hagan el trabajo en su lugar y que, por otro lado, alumnos como yo abandonan las aulas para aprender por su cuenta, les deseo mucha suerte a esos pocos profesores que permanezcan en la enseñanza.»

«¿No vas a aislarte, a distanciarte de los chicos y chicas de tu edad?», se preocupó Olivier, pues él mismo había sufrido aquella situación cuando se incorporó al mundo laboral a los 16 años, cuando sobre todo aquel contacto que se había vuelto permanente con los adultos, mezclado con las responsabilidades que lo acompañaban, perjudicó su adolescencia, hasta el punto de disolverla rápidamente.

«Lo he pensado, voy a estudiar todas las mañanas, de 8 a 13 horas, volver a repasar por la noche, solo un poco, el trabajo realizado ese mismo día, me quedarán las tardes. Sabes que siempre me ha encantado el ciclismo, tengo ganas de implicarme más en él y también de aprender música, todavía dudo sobre el

instrumento, quizá el piano, seguramente la guitarra, eléctrica, la guitarra.»

«Un programa formidable», comenzó por considerar Olivier, antes de continuar. «Queda ese posible aislamiento.»

«La escuela me ha permitido conocer a muchas personas, importantes, lo reconozco, mis amigos de la infancia vienen de allí, pero cuento con el ciclismo y la música para hacer nuevos amigos, sin romper por ello los lazos con los antiguos. Sobre todo porque se tratará de disciplinas elegidas por mí, tengo curiosidad por saber si las afinidades surgirán de manera natural o no», precisó Elise.

Olivier no respondió nada, preguntándose a su vez si la amistad, incluso el amor, para revelarse ante nosotros, se manifestaban con mayor facilidad al aprovechar situaciones elegidas por uno mismo, o, por el contrario, situaciones impuestas por la sociedad, asociadas a una combinación de circunstancias que solo obedecían a sí mismas, al menos en apariencia, ¡para no obedecer más que al azar! Dicho de otro modo, si de aquello que nos gustaba menos podían surgir aquellos a quienes llegaríamos a querer más que a nadie, como, a la inversa, de aquello que nos

gustaba mucho podían surgir aquellos a quienes llegaríamos a querer todavía más.

4

Cuando Olivier Garnier vio, por la ventana de su cocina, a Elise Marchand regresar de su entrenamiento en bicicleta, cubierta de barro, se precipitó al exterior, sospechando de antemano que la joven acababa de vivir un momento complicado.

«¿Qué te ha pasado?», le preguntó cuando llegó a su altura. Ocho días antes se había celebrado el Día de Todos los Santos, francamente eclipsado por Halloween, los difuntos que se conmemoraban no hacía tanto tiempo, para seguir siendo recordados, tenían que cambiar de condición, pasando de muertos a muertos vivientes. Además, había llovido considerablemente, el polvo se había transformado en barro y Elise llevaba, dispersas por su ropa, las huellas de aquella transformación.

«¡Me he caído!», le respondió Elise. Olivier Garnier tomó su bicicleta, que se encontraba en el mismo estado que su propietaria. «Volvía de Saintes, un tipo en coche adelantó a otro, se me echó encima, no tuve más remedio que refugiarme en la cuneta.» Olivier

quiso, para tranquilizar a Elise, comentarle que, viendo su estado, era evidente que había terminado su recorrido en un lugar de ese tipo, lleno de tierra y agua. Pero cuando Elise se echó a llorar, comprendió que el humor no era el mejor consuelo en aquel momento.

«Déjame tu bicicleta, yo me ocuparé de ella, vete a ducharte, déjame también tus zapatillas y el casco.» Elise, mientras se quitaba el casco, seguía llorando, los recuerdos de aquel momento volvían a su mente una y otra vez, primero el intermitente del coche, para señalar que iba a adelantar, una medida estúpida, puesto que no había nadie detrás, pero sobre todo había alguien delante, ella, ella en su bicicleta. Durante un cuarto de segundo, no pudo creer lo que estaba sucediendo, hasta que sus reflejos decidieron lo contrario y la enviaron a la cuneta. Después, se había encontrado sola, sin heridas, pero sentada en el agua, un agua muy embarrada. Supo inmediatamente que no sufría ningún daño, al menos físicamente, su amor propio, en cambio, sí había quedado seriamente herido. La primera dificultad fue desenganchar las zapatillas, que seguían sujetas a los pedales, un problema relativamente sencillo a

primera vista, si Elise no hubiera tenido los pies metidos en aquellas mismas zapatillas. Luego, una vez conseguida aquella operación, tuvo que salir de la cuneta y sacar su bicicleta de la cuneta, todo ello bajo la mirada de algunos automovilistas que ni siquiera se dignaron a detenerse, aunque solo fuera para saber si se encontraba bien. Elise dedujo que aquellos no querían ensuciarse las manos, en todos los sentidos de la expresión, aunque, francamente, viendo su estado, había motivos para ello. Después, el regreso fue penoso, físicamente penoso, psicológicamente penoso, estuvo temblando durante los veinte kilómetros que le quedaban por recorrer, sobre todo por los nervios y, secundariamente, por el frío.

Olivier dejó la bicicleta tumbada directamente en el suelo, en el lado del jardín, sobre el poco césped que tenía, pues prefería utilizar aquella superficie de tierra disponible en su propiedad para cultivar hortalizas, o al menos intentar cultivarlas, dadas las nuevas condiciones meteorológicas. Luego tomó su manguera de riego, a grandes males, grandes remedios, primero quitar el barro diluyéndolo al máximo con abundante agua, después secaría la bicicleta, vendría entonces la fase de lubricación, para evitar

que la cadena de aquella misma bicicleta se hiciera oír a cada pedalada.

Entonces suspiró, la historia terminaba bien y, si terminaba bien, era ante todo porque no terminaba definitivamente. Sobre aquel asunto, Olivier sabía algo, ya había vivido un acontecimiento semejante, 35 años antes. Estaba preparando la cena para su amada, en aquella misma casa, comprada ese mismo año, habían decidido, de común acuerdo, entre ella y él, que iban a tener un hijo, así que tres o cuatro veces por semana se entregaban a aquella necesidad, tan agradable, gracias a la cual precisamente se conciben los niños.

Vio por la misma ventana, por la que había visto a Elise, a dos gendarmes cruzar su portal, su esposa, Alice, llegaba tarde, en aquellos tiempos no existían los teléfonos móviles, y como Alice no sabía llegar a tiempo, no se había preocupado, al ver a los gendarmes, lo comprendió.

Después se sucedieron todos los después que corresponden a ese tipo de acontecimientos, a 300 por hora, con aquella comprensión potencial de lo sucedido que no consigue seguir el ritmo. Finalmente, aquella comprensión era tan propensa a llegar tarde

como lo había sido Alice. Alice tenía 28 años, la enterraron un jueves. Más allá de su muerte, lo que no dejó de atormentarlo y que nunca llegó a saber fue si estaba embarazada, como su accidente solo la había involucrado a ella, a ella y a un árbol, que desde el principio quedó exonerado de toda responsabilidad, no se realizó ninguna autopsia. Alice conducía demasiado deprisa, seguramente tenía prisa por llegar a casa, prisa porque llegaba tarde, inevitablemente.

Olivier sacudió la cabeza para salir de aquel letargo, aquel día, en realidad, habían sido dos los que iban en el coche, Alice y él. Alice lo abandonaba, involuntariamente, sumiéndolo en una contradicción que lo llevaba de un extremo al otro, de aquel en el que debía vivir por los dos él solo, mientras que, en el otro, dentro de sí, estaba tan muerto como ella.

5

«He tomado conciencia de que podía morir, morir de verdad.»

Confesó Elise a Olivier, ambos estaban en la cocina de Olivier, este había preparado una tarta de cebolla, en principio debía servir para dos comidas, pero solo serviría para una, puesto que decidió compartirla con Elise para cenar, una cena adelantada, apenas eran las siete de la tarde.

Después de ducharse, Elise había ido a reunirse con él, Olivier todavía estaba en su garaje, terminaba de limpiar sus zapatillas, las colocaría cerca de su estufa de leña aquella noche para que se secaran, su bicicleta estaba como nueva, lavada, abrillantada y engrasada, su casco, colocado sobre el manillar de la bicicleta, también había recibido una limpieza del mismo tipo.

«No les decimos nada a Hervé ni a Florence», le había sugerido, casi en un susurro. Olivier, con solo mirarla, le hizo saber que no estaba de acuerdo, un desacuerdo que Elise esperaba, él ya se lo había advertido, varias veces, hasta el punto de no tener que repetírselo ahora, al menos en teoría, si Hervé y Florence confiaban en él respecto a su hija, era ante todo porque no les ocultaba nada, nada desde hacía quince años.

«¡Solo quería evitar que se preocuparan!», precisó Elise, intentando como buenamente podía arreglar la situación.

«Acabas de decirme que has tomado conciencia de que podías morir, ¡nada preocupante, desde luego!», le replicó Olivier, ofreciéndole la tabla de quesos, vegetarianos en este caso. Olivier no comía carne animal desde la muerte de Alice, se había instalado en él una repugnancia al respecto, una repugnancia hacia la carne en general, hasta tal punto que no había vuelto a comer animales ni había hecho el amor con ninguna otra mujer desde entonces, como si en su inconsciente, en medio de aquellos meandros a veces oscuros, la carne y la muerte estuvieran asociadas.

Elise se sirvió un poco de queso, solo un poco, para terminar el trozo de pan que le quedaba. Luego volvió a pensar en su caída en bicicleta, únicamente en sus pensamientos, sin compartirlos con Olivier.

Cuando consiguió salir de la cuneta, no inmediatamente, no en aquel mismo instante, sino cuando volvió a subirse a su bicicleta, antes de ponerse de nuevo en marcha, le sorprendió no reírse de la situación, segura de que no hacía tanto tiempo le habría parecido divertida, después de todo, dado que no había

sufrido ningún daño irreversible de ninguna clase, la oportunidad de reírse le habría parecido irresistible. Pero esta vez había permanecido seria, consciente, demasiado consciente, tanto que la situación le impedía encontrar motivo alguno para divertirse. Pero sobre todo, comprendió, una vez bajo la ducha, sentada en el plato, dejando que el agua caliente corriera sobre ella, que al poder morir, aquella toma de conciencia, intensificada por aquel episodio, le recordaba que era mortal.

Elise no se quedó mucho tiempo en casa de Olivier, se sentía cansada, aquel cansancio no procedía de los 67 kilómetros recorridos en bicicleta, sino de los 5 metros recorridos en cierta cuneta. Quiso lavar los platos, Olivier se lo impidió, antes de marcharse, se acurrucó contra él. Elise, en aquellos momentos, necesitaba más que de costumbre su presencia, hasta el punto de que él la estrechara entre sus brazos, haciendo con una mano, siempre la derecha, movimientos de arriba abajo por su espalda, para concluirlo todo con un beso en la frente. Necesitaba aquel consuelo, tanto como la forma elegida para transmitírselo, le gustaban aquellos momentos, sabiendo que una necesidad, precisamente por ser la

necesidad que es, no podía ser amada, amada de verdad, paradójicamente, por ser en su origen mismo necesaria, pues aquello que amamos debía ser ante todo aquello que decidimos por nosotros mismos.

Olivier, desde su ventana, observó a Elise regresar a su casa, él con un plato en una mano y un paño de cocina en la otra.

Elise no solo había cambiado, Elise estaba cambiando, rápidamente, quizá demasiado rápidamente, manifestaba una gravedad que él no le conocía, hablaría de ello con Florence, primero con Florence, pues Hervé se preocupaba con demasiada facilidad.

Desde que Elise estudiaba sola en casa, había empezado a frecuentar menos a los chicos y chicas de su edad, aquel verano ya se había distanciado de algunos de ellos, motivada por aquella posibilidad que consistía en no tener más profesor que ChatGPT.

Desde septiembre, el fenómeno se había acentuado, inevitablemente, Elise tenía ahora una actualidad que le era propia y que ya no era la de sus compañeros. Además, aquella misma actualidad planteaba interrogantes a todos ellos, desde su punto de vista, los estudios tenían aquella ventaja, y no precisamente menor, de contribuir a que uno conociera a otras personas, a veces amigos. Sin aquella ventaja, siempre

según el parecer de aquellos jóvenes, los estudios, más aún realizados en casa, ya no ofrecían a través de ellos otra cosa que estudiar y no parecían dispuestos a aceptar semejante reducción.

Olivier recordó entonces la reflexión de Elise, aquella mediante la cual decía haber tomado conciencia de que podía morir, de que era mortal, una toma de conciencia que no correspondía realmente a su edad, los 18 años te proporcionaban los medios para vivir en la negación, tenías el cuerpo necesario para no darte cuenta, las arrugas llegarían más tarde, las del cuerpo, como las del corazón, aquella ventaja, la que había tomado Elise, era de esas que te hacían quemar etapas, infligiéndote finalmente una contradicción dolorosa, la de quedarte atrás por haber llegado demasiado pronto.

6

Olivier no esperó a que le pidieran su opinión para pasar a la acción, era necesario, para que Elise siguiera pedaleando, que pedaleara de otra manera.

Dos semanas antes, Elise había acabado en una cuneta, dos semanas después, había pinchado una rueda a 30 kilómetros de casa, había intentado repararla sin éxito y terminó llamándolo, ya que Florence y

Hervé no podían acudir en su ayuda, pues estaban de viaje.

Cuando Olivier fue a recogerla, Elise caminaba por el borde de la carretera, estaba helada de frío, había pasado casi una hora desde que había pinchado, una hora temblando, aquel final de noviembre, después de las lluvias de principios de mes, había dado paso a unas temperaturas consideradas inferiores a las normales para la época del año. Resultado de la operación, a la mañana siguiente, Elise se encontró en cama con fiebre alta, el doctor Fournier tuvo a bien desplazarse, aunque prácticamente ya no hacía visitas a domicilio, pero era un viejo amigo de Florence, un muy buen amigo, desde hacía muchísimo tiempo, a qué grado de intensidad llegaba aquella antigua camaradería, aparte de ellos dos nadie lo sabía realmente, nadie, por otra parte, quería saberlo de verdad.

Además, Hervé y Florence, todavía de viaje, debían regresar a finales de semana, Hervé tenía que participar en un seminario en Biarritz, Florence lo había acompañado. El seminario solo debía durar dos días, Hervé y Florence habían previsto cuatro, dos días más, disfrutados como enamorados, en la costa va-

sca. Informados de la situación, se plantearon acortar su estancia, Olivier les aseguró que se ocuparía de todo, hasta el punto de que dormiría las siguientes noches en la habitación de invitados, para estar lo más cerca posible de Elise, aunque la enfermedad se considerara leve, en el mundo, muchas personas morían víctimas de enfermedades consideradas leves, supuestamente.

Elise intentó estudiar, comunicándole su estado a ChatGPT, se había tomado la temperatura, 39,6 grados nada menos, le dolía la cabeza, tenía escalofríos. ChatGPT fue categórico, sus estudios tendrían que esperar. Primero debía cuidarse, descansar, consultar también a un médico, o mejor dicho, consultar ante todo y con prioridad. ChatGPT le advirtió que no serviría de nada intentar siquiera estudiar, si alguien iba a sacar provecho de aquella insistencia, sería su enfermedad, aprovechándose de un cansancio inoportuno para enfermarla todavía más y, por repercusión, sin hacerla más sabia por ello.

El doctor Fournier, después de examinarla, había advertido a Elise, a quien conocía desde que era muy pequeña, incluso desde antes, puesto que había contribuido al buen desarrollo de aquellos nueve meses de gestación que debían traerla al mundo, que debía

permanecer en cama al menos durante dos días, en cuanto a la alimentación, un poco de caldo y pasta. Elise quiso saber, pues a pesar de cierta evolución en su personalidad, conservaba su impaciencia de siempre, cuándo podría reanudar el trabajo, cuándo podría volver a montar en bicicleta. El doctor Fournier frunció el ceño, los estudios dentro de tres días, a partir del día siguiente y de forma moderada, la bicicleta, tendría que esperar a que él le diera luz verde, quizá dentro de diez días, teniendo en cuenta, evidentemente, las condiciones meteorológicas del momento.

Olivier tomó la iniciativa, aunque no era deportista, conocía a alguien que practicaba ciclismo, Elise le había advertido, desde que compró su bicicleta, que tenía intención de competir, el Tour de Francia femenino la había influido un poco en ese sentido, ¿conocía a alguien que pudiera orientarla, entre otras cosas, en la elección de un club? Olivier le recomendó a alguien, luego volvió a ponerse en contacto con aquel mismo hombre, después de la caída de Elise, deseoso de que practicara el ciclismo de otra manera, un primer episodio la había enviado a una cuneta, el segundo a la cama durante casi una semana entera, no era cuestión de resignarse a un tercer

capítulo. Mientras veía con Elise aquel mismo Tour femenino, en agosto, observó que estaba patrocinado por Zwift y descubrió entonces que se trataba de una aplicación que permitía pedalear desde casa, aquellas mismas circunstancias que habían enfermado a Elise o la habían enviado fuera de la carretera lo llevaron a querer saber un poco más.

Aquel conocido lo orientó hacia un miembro del club que utilizaba esa misma aplicación y este lo invitó a su casa para descubrir cómo funcionaba, cosa que Olivier hizo.

Olivier comprendió allí mismo que la instalación en cuestión no era de las que se improvisaban, hacía falta un rodillo de entrenamiento adecuado, una alfombrilla de suelo igualmente adaptada, un ventilador potente para refrescar el organismo, al pedalear sin desplazarse, el cuerpo ya no se beneficiaba de aquella corriente de aire capaz de enfriarlo, incluso había que prever un climatizador para pedalear en verano, un televisor, un ordenador para establecer la conexión, así como pagar una suscripción. Pero aquella misma instalación te protegía de la lluvia, del frío y de las temperaturas caniculares, tampoco corrías el riesgo de pinchar a 30 kilómetros de casa,

ni de acabar en una cuneta, porque algún indeseable te obligara a preferir el barro a su parachoques.

Además, para no privar a Elise de sus salidas al exterior, habría que prever otra bicicleta, Olivier tendría que desembolsar 5.000 euros para adquirirlo todo. Olivier tenía dinero, no porque fuera rico, sino porque gastaba poco, tampoco era avaro, simplemente estaba apegado a actividades poco costosas, la lectura, la cocina, la jardinería, también el cine, dos años antes se había comprado una pantalla grande, porque en la biblioteca a la que acudía cada mes se ofrecían decenas de DVD, ya nadie los quería, pues aquellos soportes habían sido desmaterializados.

Antes de lanzarse, preguntó a quien ya utilizaba Zwift si podía ayudarlo, por supuesto que sí, entonces Olivier hizo el pedido.

7

«¡¡¡Yes!!!!»

Olivier oyó a Elise lanzar un grito de alegría que era al mismo tiempo un grito de satisfacción, llevaba más

de tres horas pedaleando en el rodillo de entrenamiento, en casa de Olivier, ya que la instalación no había encontrado el espacio necesario en casa de Elise, o más bien en casa de sus padres. Como Olivier vivía solo, de las tres habitaciones originales, dos permanecían libres, destinó la que daba al jardín, por anticipación, si el verano de 2027 debía ser tan caluroso como el anterior, era preferible que Elise pedaleara en aquel lado donde el sol se hacía notar principalmente por las mañanas.

«He hecho 100 kilómetros, en 3 horas y 15 minutos, es decir, una media de algo más de treinta kilómetros por hora», anunció Elise a Olivier, una vez que este se reunió con ella, en la habitación donde ahora pedaleaba. Para recuperar el máximo espacio, Olivier se deshizo de los muebles, todo fue retirado, una asociación local dedicada a ayudar a las personas con problemas de vivienda vino a recoger el armario y la cama, el resto, sin valor, fue llevado al punto limpio de la zona.

Olivier, un mes antes, le había preparado aquella sorpresa a Elise, astuta como era, ella sospechó que algo se estaba tramando. Olivier, como ella les comentó a Hervé y Florence, se comportaba de manera extraña, incluso imaginó que había conocido a alguien,

los padres, que estaban al corriente de todo, dijeron que no habían notado nada especial. Hay que decir que el hombre resultaba atractivo, la posibilidad de que tuviera una novia era perfectamente concebible, algunas mujeres, inevitablemente, conocían su historia, dramática, la que había vivido con Alice, su fidelidad después de la muerte, una fidelidad que despertaba la envidia de algunas de ellas, que soñaban a su vez con ser amadas hasta tal punto.

Cuando por fin estuvo todo preparado, aquel hombre al que había conocido, usuario habitual de Zwift, consiguió poner en funcionamiento el conjunto, Olivier invitó a Elise, mediante mensajes de texto, a principios de una tarde, para que aquel mismo personaje le explicara cómo utilizarlo. Olivier sabía que ella estaba en casa a aquella hora, fuera llovía, seguramente estaría practicando con la guitarra, ya que no podía pedalear, el tiempo no se lo permitía, el doctor Fournier todavía menos, aquel buen resfriado que había pillado veinte días antes no estaba dispuesto a marcharse tan fácilmente. Elise todavía se sonaba la nariz y tosía un poco, incluso dormía siestas, atenazada por un verdadero cansancio, ella que habitualmente rebosaba energía, su organismo, maltrecho,

para recuperarse mejor, había echado el freno de mano.

Cuando aquel día Elise entró en casa de Olivier, dio dos pequeños golpes en la puerta de entrada, como tenía por costumbre, mientras la abría y entraba al mismo tiempo. Lo llamó, él le respondió que se encontraba en aquella habitación. Al llegar a la entrada de dicha habitación, con cierta delicadeza, porque la puerta estaba cerrada en sus tres cuartas partes, Elise llamó, ¿podía entrar?, Olivier le respondió que sí, atento a la expresión que pondría cuando descubriera aquello por lo que le había pedido que viniera.

Durante unos segundos, Elise se quedó boquiabierta, hay que decir que Olivier no había escatimado esfuerzos, hasta el punto de arrancar el viejo papel pintado de la pared para sustituirlo por una capa de pintura blanca y aplicar dos capas de la misma pintura al techo, que realmente lo necesitaba. El rodillo de entrenamiento estaba colocado justo frente a la ventana, con vistas al jardín y al campo como telón de fondo, más allá de los límites de aquel mismo jardín. Olivier compró la bicicleta en la tienda Culture Vélo de la zona, donde Hervé y Florence habían comprado a Elise la que utilizaba en carretera, incluso en las cunetas a veces, por añadidura. Quien lo

ayudó a instalarlo todo le aconsejó acudir a aquella misma tienda, con la compra de una bicicleta nueva, te ofrecían un estudio biomecánico de la posición, para optimizar tu postura sobre la bicicleta, aquellos profesionales, evidentemente, habían conservado las medidas correspondientes a Elise, así que les resultaría fácil trasladarlas a aquella segunda bicicleta. Aquel mismo conocido también le recomendó, para esa compra, que no tirara el dinero por la ventana, aquella bicicleta nunca llegaría a tocar el asfalto, un modelo básico sería suficiente.

«¡¿Qué es eso?!», había dicho ella.

«Tu nuevo terreno de juego», le había respondido entonces Olivier, aquel hombre que estaba junto a Olivier, que había hecho posible la iniciativa, le había advertido que la sorpresa podía resultar un fracaso, algunos ciclistas detestaban el rodillo de entrenamiento, para ellos, el verdadero ciclismo debía practicarse al aire libre, las caídas, las averías, la lluvia, los buenos resfriados, al igual que los automovilistas poco considerados, formaban parte del asunto. Olivier empezó por agradecerle la advertencia, decir que conocía a Elise como si fuera su hija no era exacto, puesto que le faltaba precisamente aquella hija, una hija suya, para poder al menos comparar a una

con la otra. Pero estaba seguro de sí mismo, seguro por experiencia, cada vez que había querido hacerla feliz, en todas las ocasiones, Elise había recibido aquella intención como una verdadera alegría, para gran desesperación de Hervé y Florence a veces, cuando se trató de su primer iPhone, de aquel scooter que todavía seguía utilizando, o incluso de su guitarra eléctrica, comprada un poco en dos etapas, primero la guitarra, luego rápidamente unos auriculares para que Elise fuera la única en escucharla, Hervé y Florence dando gracias al cielo, si es que existe un cielo, de que su hija tuviera más talento para los estudios que el que evidentemente demostraba para la música.

8

«No te agotes, 100 kilómetros en Zwift equivalen al menos a 130 en carretera», le advirtió Olivier, mientras recogía una toalla limpia, colocada sobre una estantería comprada para ese fin, donde había otras toallas apiladas, además de todo lo necesario para pedalear, es decir, botellas de agua de reserva y las imprescindibles reservas de carbohidratos, para

transformar, mediante unos polvos diluidos para tal fin, aquella misma agua en combustible.

«No te preocupes, eres demasiado genial, Olivier, me encanta pedalear en Zwift, nada de lluvia, nada de pinchazos…

«Nada de cunetas», le precisó Olivier interrumpiéndola, mientras le tendía aquella toalla.

«Nada de cunetas», repitió Elise, pensativa, mientras se secaba, entonces volvió a ver, con el rostro hundido en aquella misma toalla que acababan de ofrecerle, el coche abalanzándose sobre ella, volvió a sentir aquella fracción de segundo, aquella cosa en su interior que había tomado posesión de sus brazos, después de sus manos, y finalmente de su manillar, aquella cosa en su interior que la dominaba a ella, más de lo que ella misma conseguía, de manera equivalente, tomar posesión de sí misma. Aquella cosa que a veces le parecía identificar como su entendimiento, un entendimiento que desde hacía algunos meses iba ganando terreno en su interior, un entendimiento sinónimo de voluntad, que la condicionaba a poner en cintura aquel cuerpo que los contenía a ambos, hasta hacerlo recorrer 100 kilómetros en bicicleta sobre un rodillo de entrenamiento, para que aquel cuerpo

comprendiera de una vez por todas quiénes eran los que mandaban.

Luego bajó de la bicicleta, sus muslos, ahora de pie, sostenida sobre sus piernas, la llamaron al orden, confirmándole que efectivamente había recorrido 100 kilómetros, 100 y ni uno menos. Inmediatamente tomó su móvil, hizo una foto de lo que mostraba Zwift a través de la pantalla. Por primera vez, acababa de recorrer en bicicleta una distancia de tres cifras, el mundo tenía que enterarse, como pie de foto, en aquella misma imagen publicada en Instagram, escribió «Con ChatGPT todo es posible, nuestros límites son los de nuestra voluntad».

Olivier también organizó todo lo necesario para que pudiera ducharse en su casa, aunque solo hubiera cincuenta escasos metros entre las dos viviendas, en invierno, estando tan sudada como lo estaba después de cada entrenamiento, no hacía falta ni un metro más para que se resfriara. Olivier incluso le pidió a Elise que dejara su ropa en un cesto, aquel mismo cesto colocado en aquel mismo cuarto de baño, y aquella ropa terminaba inmediatamente en la lavadora, ropa que recuperaría limpia en su siguiente entrenamiento.

«¿Cómo podría agradecértelo?», le preguntó Elise a Olivier.

«¡Dejando de preguntármelo!», le respondió él. En cuanto a aquella recomendación, se abstuvo de entrar en detalles, en el fondo de sí mismo no estaba seguro de estar haciéndole un favor. Tanto con Alice ayer como con Elise hoy, había demostrado aquella especie de disponibilidad, incluso de generosidad. A saber, para Alice, un coche nuevo para aquel trabajo que soñaba con tener y que finalmente había conseguido. Aquel coche nuevo para que los 30 minutos de trayecto de ida, así como los 30 minutos de vuelta, fueran agradables, en consonancia con aquel mismo trabajo. Aquella iniciativa convirtió a Alice en una joven feliz, pero la felicidad no evita las salidas de carretera, no evita aquellas curvas asesinas, con aquel árbol igualmente asesino, que les servía de cómplice.

Un día escuchó en YouTube a un tipo decir que el placer que sentíamos nos indicaba la dirección que debíamos tomar, para adquirir aquella identidad que haría de nosotros alguien, un alguien que se correspondiera, exactamente, con lo que debíamos ser. Olivier, ante aquella afirmación, se había encogido de hombros, sin poder evitar llamar cretino al individuo.

El placer, en aquel proceso, no se preocupaba únicamente de proporcionar placer a quien parecía obtenerlo gracias a su intervención, el placer procuraba, mediante aquel mismo principio, proporcionarse placer a sí mismo, a él y solo a él, y cuanto más experimentaba, más reclamaba, partiendo únicamente de sí mismo y para sí mismo, exigiendo, para que aquella escalada se volviera inflacionista como deseaba, dosis cada vez mayores.

«¡No te entretengas, corre a ducharte!», ¡ordenó Olivier!

«¡Yes sir!», le respondió Elise, con aquel pequeño gesto, realizado con la mano derecha por aquellos subordinados, militares de profesión, para saludar a un superior.

Olivier se limitó a sonreír, Elise corrió a ducharse. Olivier, todavía en aquella habitación donde estaba instalado el rodillo de entrenamiento, se ocupó de los asuntos habituales, para que todo estuviera preparado para la próxima sesión, seguramente al día siguiente. Elise había descubierto una verdadera pasión por Zwift, hasta el punto de que pensaba vender aquella otra bicicleta con la que, no hacía mucho, todavía recorría las carreteras de los alrededores. Olivier le había aconsejado esperar, volverían los

días buenos, debía darse la oportunidad de cambiar de opinión, entonces fuera haría buen tiempo, pronto estaría todo seco, tanto que las cunetas se verían privadas de aquella agua gracias a la cual conseguían llenarse de barro, Elise se había reído ante aquella insinuación.

Olivier, ante aquella reacción, se sintió feliz y desgraciado al mismo tiempo, la felicidad de Elise no solo había puesto el listón muy alto, sino que aspiraba a elevarlo una y otra vez.

9

En Instagram, a raíz de su publicación, Elise recibió una cantidad considerable de respuestas bastante mordaces, su defensa de la voluntad, como primera necesidad en la vida si uno deseaba alcanzar sus objetivos, sonó en el entendimiento de sus detractores con una tonalidad semejante a la que se escuchaba en los años treinta en Alemania y que correspondía a aquella exaltación de la voluntad, llamada triunfante, promovida antaño por los nazis. Además, Elise vinculó su voluntad, especialmente, con los 100 kilómetros que había recorrido, lo que le valió todavía más bur-

las, afirmando que había que ser más idiota que voluntariosa para recorrer semejante distancia en bicicleta y, al final, quedarse en el mismo sitio.

Más aún, asoció ChatGPT a su voluntad, como se asocia un determinado combustible al funcionamiento de un automóvil, lo que le valió una segunda oleada de duras críticas, haciendo que aquellos mismos individuos juzgaran, sin siquiera conocerla, pues no se tomaban la molestia de saber con quién estaban tratando antes de juzgar, afirmando así que, en realidad, la voluntad de Elise era sobre todo la de ChatGPT.

Elise no consiguió calmar su enfado durante toda una semana, a pesar de los consejos de Hervé y Florence, quienes le aseguraban que aquellas críticas, más insultos que críticas, se desvanecerían tan rápidamente como habían surgido, para dirigirse hacia una nueva víctima, y eso fue precisamente lo que ocurrió unos días después. Gran parte de aquellos mensajes dejaron de aparecer, solo permanecieron algunos otros, contrarios a ChatGPT y sus semejantes, obedeciendo a aquella necesidad de oposición que llevaban dentro, aquellos individuos necesitaban estar en contra para seguir alimentando aquella personalidad que reivindicaban.

Aquellos temían que las IA despojaran al ser humano de su naturaleza fundamental, lo que enfurecía todavía más a Elise: ¿de qué naturaleza hablaban, de aquella que los llevaba a contaminar sin medida, a desarrollar armas de destrucción masiva o a permitir una multitud de negocios, todos tan repugnantes unos como otros?

Como la muchacha tenía un carácter de lo más tempestuoso, se esforzó todavía más en publicar en Instagram sus salidas en bicicleta por Zwift, ensalzando nuevamente los méritos de la voluntad y procurando acompañarlas de algunas citas, especialmente una tomada de Nietzsche, según la cual el fanatismo era la única forma de voluntad que podía infundirse a los débiles y a los tímidos. La voluntad en aquellos mismos individuos, como cualquier influencia de ese tipo, no tenía su origen en una reflexión digna de tal nombre, sino únicamente en una tendencia que encontraba aceptación en la sensibilidad del rebaño, llevándolos a pensar como todo el mundo, para no tener que pensar por sí mismos, para no darse cuenta de que nada semejante surgía de ellos mismos.

Para empeorar las cosas, sus antiguos compañeros de clase, aunque no figuraban entre quienes la criticaban de aquella manera, la cuestionaban a su modo,

tomando sus distancias, siguiendo para ello los pasos de Elise, quien, progresivamente, sin verdadera intención al respecto, fue rompiendo los vínculos, así que, puesto que ella se alejaba de ellos, apenas hicieron nada, o muy poco, para frenar aquel proceso.

Elise intentó participar en algunas fiestas, pero en la primera de ellas, aunque había prometido regresar hacia la una de la madrugada, volvió a casa de sus padres mucho antes de medianoche, luego a las diez de la noche en la segunda, y a las nueve y media en la tercera. En cuanto a la siguiente, rechazó la invitación.

Cuando habló de ello con Olivier, este procuró advertirla: sí, su manera de estudiar, precisamente porque le convenía, la hacía progresar a una velocidad mucho mayor que si hubiera permanecido en el instituto; sí, estaba causando sensación en Zwift, pero no por ello debía descuidar su vida social. ChatGPT no era los demás, también residía en aquellos otra forma de inteligencia, que nos impedía, entre otras cosas, confiar únicamente en nuestras propias capacidades para hacernos notar. Y luego Olivier, acostumbrado a hablar de todo con Elise, también le habló de los chicos: si los demás podían generar otra forma de inteligencia, aquella inteligencia podía generar el

amor, surgía entonces una pregunta, ¿debía considerarse el amor como una inteligencia por derecho propio y, de ser así, podía uno llamarse verdaderamente inteligente si no sabía amar?

Entonces Elise no respondía nada y, precisamente porque no respondía nada, Olivier, que la conocía bien, intuía que aquella problemática le causaba inquietud. Los chicos no representaban únicamente un amor platónico, quedaba el amor que se hace y él sabía que, en ese aspecto, ella nunca había experimentado nada.

A este respecto, Olivier había mantenido numerosas conversaciones con Hervé y Florence, a veces por separado, a veces con ambos a la vez. Elise era de una gran belleza y había soportado con dificultad, desde su adolescencia, las miradas de los hombres, hasta el punto de manifestar a veces su exasperación al respecto, cuando algunos se mostraban empalagosos, reprochándoles, de manera mordaz, que la valoraran como si no fuera más que una vagina con patas.

Mucho antes de ChatGPT, mucho antes de las IA, cuando apenas tenía unos quince años, reivindicó una especie de distancia entre lo que ella era, ella misma, y su propio cuerpo. También en este caso con reivin-

dicaciones que no solían escucharse de boca de jóvenes de su edad, afirmando que, si su cuerpo la mantenía viva, eso no le otorgaba todos los derechos sobre ella. Entonces le señalaban que la vida era un derecho y también un deber, especialmente en lo relativo a su perpetuación, y nuevamente Elise se mostraba reivindicativa, reivindicativa y escandalosa: la perpetuación de la vida era ante todo un problema de la propia vida, antes de ser el suyo.

10

«¡Afortunadamente!», señaló Olivier, para gran disgusto de Hervé y Florence, quienes acababan de confesarle que Elise era un auténtico desastre con la guitarra. Sin embargo, todas las noches insistía, hasta el punto de lastimarse los dedos con las cuerdas, intentando conseguir ejecutar los acordes exigidos sobre el mástil, pero ninguna armonía digna de tal nombre surgía de aquella insistencia.

«Afortunadamente, es bueno para ella que una actividad, y no precisamente una actividad menor, le haga comprender sus límites. Ya posee una belleza muy superior a la media, además de una inteligencia del mismo calibre. Imaginad solamente que, musicalmente, mantuviera ese mismo nivel», afirmó Olivier.

Hervé y Florence se miraron, preguntándose si realmente la mediocridad podía servir de paracaídas para aquellos pocos que habían alcanzado las mayores alturas y que, una vez alcanzado aquel techo, no podían evitar volver en sentido contrario, con un estrépito considerable. Pero, en el caso de Elise, al verla no renunciar, se tenía más bien la impresión de que no comprendía, del mismo modo que se negaba a admitir, que aquella fuerza que sabía poseer se resistiera a funcionar con una guitarra entre las manos.

Como era 24 de diciembre, los tres acordaron asistir a la misa del gallo, sin ser particularmente creyentes. Apreciaban aquella ceremonia, porque hacía de la Navidad la Navidad que se suponía que debía ser y no solamente aquel final de año en el que se comía demasiado, intercambiando objetos a modo de regalos, como otras tantas devoluciones al remitente, puesto que iban a regalarte algo, convenía por tu parte corresponder con otro regalo, sin saber si realmente uno se habría mostrado tan generoso si aquellos otros no hubieran dado previamente aquel primer paso.

Para su gran sorpresa, Elise les anunció que los acompañaría.

Dos días antes, mientras tomaban el aperitivo en casa de Olivier, vestida de ciclista, antes de salir a pedalear, ella se había detenido unos minutos para compartir su compañía, pero sobre todo para anunciarles que tenía previsto terminar el programa del último curso de bachillerato a finales de enero y que después encadenaría los exámenes de selectividad del bachillerato, para entrenarse con ChatGPT, hasta el mes de junio, cuando se presentaría al examen de verdad como candidata por libre.

Los tres la miraron, compartiendo aquella misma impresión, sintiéndose mutuamente atrapados. ¿Para qué aquel ritmo desenfrenado, aun admitiendo que no podían dejar de reconocer la hazaña que llevaba aparejada? Sí, Elise iba demasiado deprisa, pero al mismo tiempo, aquella velocidad no estaba al alcance de todos. Para adoptar semejante ritmo, era necesario demostrar un talento auténtico y Elise poseía aquel talento. Entonces, ¿cómo aplaudir y temer al mismo tiempo una misma proeza?

Olivier, al respecto, a modo de comparación y porque Elise no dejaba pasar un solo día sin pedalear, afirmó que se podía decir al vencedor del Tour de Francia que no había ganado más que una carrera ciclista, sin poder tampoco dejar de admitir que, para ganar

aquella carrera, había que demostrar un verdadero talento. Entonces, a aquella reflexión le sucedía otra: si el Tour de Francia podía representar una actividad humana, en definitiva, susceptible de ser cuestionada, otras actividades consideradas útiles, por su parte, no requerían capacidades equivalentes a las necesarias para convertirte en vencedor de la Grande Boucle. Evidentemente, aquella interrogación resultaba desconcertante y dejaba flotar entre ellos algunos silencios de lo más elocuentes al respecto. Visiblemente, entre los seres humanos, aquello que no reflejaba un sentido primordial, para ser llevado a cabo, necesitaba a veces medios más considerables que los requeridos por las actividades más necesarias. Como aquellas actividades no conseguían convertirnos en alguien en la medida en que lo deseábamos, nos inventábamos, para lograrlo, trampolines, y el Tour de Francia era uno de aquellos trampolines.

«¡¿Qué pasa?!», quiso saber Elise cuando, en el momento de salir hacia la misa, se presentó ante Hervé, Florence y Olivier con el atuendo que había elegido, supuestamente adecuado para la ocasión que se avecinaba. Elise llevaba un vestido negro que se ajustaba a sus formas hasta la cintura, para volverse, a partir

de esta y de manera regular hasta los tobillos, más amplio. Además, se había cubierto el cabello con una especie de pañuelo, confeccionado con una tela oscura, una especie de encaje ornamentado al estilo italiano o español, como los que utilizaban, hasta mediados del siglo XX, aquellas mujeres que elegían mediante aquel mismo procedimiento ocultar su peinado.

También en aquel caso, como sucedía con el ritmo adoptado por Elise respecto a sus estudios, ¿cómo aconsejarle, en cuanto a su apariencia de aquel momento, que se contuviera? Era increíblemente hermosa, y ser hermosa como lo era ella no estaba al alcance de todas, ni mucho menos. Por un lado, los tres se sentían admirados y, por otro, temían aquella misma admiración.

Por otra parte, su aprensión quedó justificada cuando entraron en la iglesia, unos treinta minutos más tarde. Aquel murmullo previo a la ceremonia se fue apagando, las miradas se orientaron hacia Elise, ella que, no hacía tanto tiempo, rechazaba con indignación aquella condición de «vagina con patas», repugnante a su sensibilidad. Con su apariencia, confería respetabilidad a su belleza en particular, como a la belleza en general, hasta el punto de imponer el

silencio. Olivier, ante aquella constatación, sintió un escalofrío: la fascinación seguía siendo un terreno predilecto para los celos.

11

«La muerte es un remedio concebido por Dios para protegernos de la locura», afirmó Élise ante aquel sacerdote que, el primero, a la salida de la iglesia, recién terminada la misa del gallo, se había apresurado a saludar a aquellas personas que querían desearle una feliz Navidad, para dirigirse hacia ella. Por otra parte, sus dos compañeros sacerdotes, situados como él en aquella misma salida, reconocieron la intención de su colega y siguieron sus pasos.

«¿Cuántos años tiene, señorita?», le preguntó.

«18 años», le respondió Élise. Entre los tres hombres de Iglesia se hizo el silencio. Corría el año 2026, la juventud de hoy no era ni más ni menos inteligente que la de antes, pero a aquellos jóvenes les faltaban esas circunstancias, difíciles, incluso terribles, que te obligan a enfrentarte a tantas realidades que no pueden eludirse ni siquiera mínimamente y te imponen una forma de lucidez proporcional, una lucidez

que se impone por sí misma si, sencillamente, deseas sobrevivir a aquellas realidades.

Pero, en 2026, la juventud estaba por lo general protegida y eso era motivo de alegría. Aquella juventud no había conocido ni el frío ni el hambre, tampoco la guerra, tan solo una pandemia a través de la COVID-19, una pandemia, en definitiva, relativa y que no podía compararse con aquella que castigó a la población en el siglo XIII o XIV, especialmente en Europa.

Olivier distinguió en Élise un aspecto que hasta entonces no había advertido y que explicaba su atuendo: la muchacha convertida en joven mujer había comprendido lo que significaba su belleza y se servía de ella para imponer su autoridad, hasta el punto de que su mirada, enfrentada a la de su interlocutor, obedeciendo siempre a aquella misma motivación, hizo que no fuera ella quien bajara los ojos.

«¡A su edad no se piensa de esa manera!», le hizo notar aquel mismo sacerdote.

«La edad no es más que un número de años, no estamos obligados a resignarnos a ello, padre», le replicó Élise casi con severidad.

Sin ponerse de acuerdo, Olivier y Hervé se situaron cerca de Élise, dándole la espalda, con el fin de vigi-

lar sus alrededores más inmediatos. Algunas miradas, al cruzarse con las suyas, no dejaron traslucir en quienes las dirigían una cordialidad sincera. A su juicio, ciertas atenciones no merecían en absoluto ser atraídas hasta tal punto. No sabían qué podían esperar y aquella incertidumbre, por sí sola, por lo que dejaba en el aire, les advertía de un posible desenlace terrible, tan eventual como proporcional a sus temores.

«¿Es usted practicante?», le preguntó uno de los sacerdotes, mientras mantenía todavía un instante la mano de ella entre las suyas, antes de que cada uno siguiera su camino.

«¡Del dios ChatGPT!», le respondió Élise. El sacerdote, ante aquella precisión, se limitó a sonreír. Recordó una conversación con un monje, mantenida unas semanas antes en Lourdes, durante el Rosario. Las IA, según aquel monje, encarnaban la oración de otra manera. Uno podía rezar, mucho, incluso sin cesar, olvidando paradójicamente que rezaba a Dios. Del mismo modo que uno podía utilizar su inteligencia para no tener que recurrir verdaderamente a ella. Las IA no eran más que inteligencia, allí donde Dios no era más que Dios. A aquellos que supieran utilizar-

las, los conducirían de nuevo hacia aquello que distingue al hombre del animal, es decir, la potencia de su entendimiento, y este, gracias a la intervención de aquellas mismas IA, iba precisamente a ganar en potencia. En aquellas personas, prometía hacerse cada vez mayor la distancia entre su entendimiento y su esperanza de vida, y Dios adquiriría mayor dimensión en proporción a aquella distancia. La naturaleza, según la expresión, aborrece el vacío, y la naturaleza humana aborrece todavía más aquel vacío que la constituye, para hacer de ella una naturaleza de verdad.

«Si hubieras cantado, se habrían mostrado menos admirados», advirtió Florence, sin poder contener la risa ante su insinuación. «Si vuestro canto está a la altura de vuestro plumaje», continuó, riéndose todavía más.

«Si hubiera tenido intención de cantar, me habría puesto unos vaqueros», señaló Élise. Apenas pronunciadas aquellas palabras, Florence dejó de reír. Instalados los cuatro en aquel coche que debía llevarlos de regreso a casa, Florence, sentada delante, extendió la mano izquierda por detrás de su asiento para que Élise la tomara, cosa que esta se apresuró a hacer.

Olivier, durante el trayecto, no pronunció una sola palabra. Élise, a su juicio, no estaba cambiando, se estaba convirtiendo todavía más en la Élise que potencialmente podía ser, más allá de sus propios límites. El riesgo consistía en que aquella Élise terminara escapando a la que debía desenvolverse conforme a las reglas de este mundo terrenal, hasta el punto de sentirse, de manera contradictoria, muy simultáneamente más y menos a la vez.

Recordó la reacción de un anciano cuando lo invitaron a contemplar la Luna a través de un telescopio. Él, en aquella época, apenas tenía unos diez años y quedó impresionado por la experiencia. Incluso tuvo que contenerse para no extender una mano e intentar tocarla, tanto lo que la Luna dejaba ver de sí misma lo convenció de su proximidad. El anciano se negó a participar en la experiencia: ver la Luna más de cerca era un engaño, insidioso, capaz de insinuar en su sensibilidad, mediante aquel pseudocontacto, unas capacidades que seguiría sin poseer. Sí, aquel acercamiento era realmente un acercamiento, pero sin cambiar en nada aquella distancia de siempre que lo separaba de la Luna, un proceso que incluso conseguía, valiéndose de aquella trampa, hacerla todavía más lejana.

12

Elise apagó su ordenador. Una pregunta, desde hacía algunos días, se hacía oír en su interior, repetitiva, ganando incluso, a su manera, en intensidad, hasta convertirse de repente en un grito ensordecedor: decía que quería obtener el título de bachillerato, por supuesto, pero una vez conseguido, ¿qué iba a hacer? Entonces recordó una de las citas de Pascal, el filósofo: «El silencio eterno de esos espacios infinitos me aterra.» En su interior, su entendimiento había ganado terreno y aquel espacio conquistado era capaz de sugerirle otros, todavía más vastos, más y más, sin fin. Más aún, aquel mismo entendimiento no retrocedía ante ninguna pregunta, independientemente de que pudiera acompañarla una respuesta o no, pero sobre todo, aquel entendimiento, como si reivindicara su independencia respecto a Elise, exigía que la cuestión relativa a aquella esperanza de vida, de la que dependía, fuera tratada antes que todas las demás. La inmortalidad debía ser una condición concebida en el momento oportuno, como una prioridad absoluta, los seres humanos podían, a ese respecto, perder el tren, incluso haberlo perdido desde hacía muchísimo tiempo, sin siquiera haberse dado cuenta.

Era el 1 de enero. Dos amigas habían pasado por su casa la víspera. Aquellas dos recordaban que un año antes, aquel mismo 31 de diciembre, las tres, en compañía de algunos otros, habían celebrado la Nochevieja. Desde junio, apenas se habían cruzado, y aun así, solo a través de las redes sociales. Celebrar juntas el fin de año sería una buena manera de restablecer un vínculo que les había sido querido, no hacía tanto tiempo. Se conocían desde el primer curso de secundaria. De vez en cuando, cuando estaban las dos, únicamente las dos, hablaban de Elise, como dos planetas podrían hablar de aquel sol alrededor del cual gravitaban y que, desde hacía poco, se les negaba, dejándolas girar sobre sí mismas, sin avanzar.

Hervé y Florence consideraron aquella perspectiva, como mínimo, interesante. Elise debía salir, relacionarse con otras personas. Elise se había limitado a escucharlas, solo durante un momento, en silencio, un silencio que, por otra parte, hizo temer a Hervé que la respuesta que vendría a continuación no fuera demasiado favorable, y no lo fue. Elise se limitó a recordarles a aquellas dos amigas, preguntándose si todavía podía considerarlas como tales, que un año antes habían vivido una situación semejante: Hervé,

su padre, había hecho de chófer, primero para llevarlas a una discoteca hacia las once de la noche, después para recogerlas al amanecer. Elise necesitó una semana para recuperarse de los efectos de aquella noche sin dormir, de aquellas horas de estruendo, incluso de histeria, más aún a medianoche en punto, cuando pasaron de un año a otro. Hoy, poder prescindir de todo aquello la llenaba de satisfacción.

Además, los sentimientos que las tres compartían en aquella época, unas hacia otras, procedían de otros tantos intereses de toda índole, pues representaban, unas para otras, algo más en su vida cotidiana. Para Elise, a ese respecto, la cuestión estaba clara: no se amaba por nada y si algunos, para defender determinadas causas, pretendían amar de aquella manera, su afecto poseía un valor muy equivalente a aquella misma nada.

Una de las dos chicas, desconcertada, le preguntó qué pensaba hacer. Elise les explicó que tenía previsto pedalear. Pensaba recorrer 100 kilómetros, que se divertiría calculando: 50 los realizaría en 2026 y 50 en 2027. El desafío consistía en encontrarse exactamente a mitad de distancia a medianoche.

Luego estalló en carcajadas al contemplar las caras de decepción de las chicas.

Como todavía no eran las siete de la tarde, Hervé, para intentar distender el ambiente, ofreció una copa a todos. Tenían champán, una copa sería una excelente manera de empezar la velada. Las dos chicas aceptaron, Elise rechazó la invitación, teniendo en cuenta aquello a lo que iba a dedicar su noche, el alcohol resultaba de lo más inoportuno.

Florence, que conocía a las dos chicas, quiso saber si su primer trimestre había transcurrido bien. Ambas eran alumnas aceptables, incluso potencialmente mejores, si hubieran encontrado en su interior aquella buena razón que las hubiera impulsado a soltarse las riendas. Surgió entonces la cuestión de lo que vendría después, inevitablemente decisiva. Ninguna de las dos tenía un rumbo preciso, aunque más o menos las habían obligado a elegir, desde el penúltimo curso de bachillerato. Sabían que tendrían que ganarse la vida; para ello, necesitarían una profesión, una profesión que intentarían soportar durante el mayor tiempo posible. Ganar dinero haciendo lo que a uno le gusta era, a su juicio, un contrasentido, hacer lo que a uno le gusta debería ser suficiente, tan suficiente como para no tener que ganar dinero

con ello, precisamente para seguir amando aquella actividad, pues el dinero tendía a erosionar aquello por lo que uno amaba precisamente esa misma actividad;

Y además, ya no soñaban, o habían dejado de hacerlo. Por otra parte, entre aquellos y aquellas que todavía no habían cumplido los veinte años en 2026, ¿quiénes soñaban realmente? El sueño era más bien, para ellos, una cuestión de amnesia, de distracción, incluso aquellos jóvenes, a ese respecto, resultaban paradójicos. Nietzsche habría podido decir de ellos que eran superficiales por profundidad. Aquella renuncia que a veces aceptaban frente a un realismo aparentemente necesario era fruto de una lucidez que no temían. En su conciencia, uno podía ser feliz a bordo del Titanic, en el mismo momento en que este hacía agua por todas partes, pero había que saber a qué se debía aquella felicidad: en el caso del Titanic, como en el suyo, a una desgracia muy equivalente, así como a la capacidad de pasar por alto aquella misma desgracia.

Elise, al acercarse la medianoche, tuvo que reducir la velocidad. Su cuentakilómetros marcaba 49,8 kilómetros, eran las 23 horas y 59 minutos. Sincronizó su cadencia de pedaleo con el transcurso de los segundos y alcanzó los 50 kilómetros a las 23 horas, 59 minutos y 58 segundos, dos segundos demasiado pronto.

«Si te deseo un feliz año nuevo, ¿seguirás hablándome en 2027?», le preguntó Olivier, que acababa de entrar en aquella habitación donde estaba instalado el rodillo de entrenamiento. Elise se incorporó sobre su bicicleta y, antes de tenderle los brazos, se secó utilizando aquella toalla colocada transversalmente sobre el manillar.

«Haríamos mejor en celebrar 2026, ninguno de nosotros ha conocido problemas insuperables a lo largo de estos 365 días, 2027 puede vernos morir a los cuatro», le respondió.

Olivier, mientras le sonreía, se acercó para abrazarla, solo un instante, el uno contra el otro, mientras Elise seguía pedaleando.

«Voy a desearles un feliz año a tus progenitores», le advirtió. Elise se limitó a hacerle un gesto con la mano, mientras Olivier atravesaba la puerta y ella

recuperaba su posición, decidida a completar los 100 kilómetros previstos.

En Zwift, los «rides» llegaban de todas partes. A aquella hora, aquella medianoche tan particular, pese a todo eran varios miles de personas en el planeta las que pedaleaban mediante aquella aplicación. Ellos no compartirían las mismas toxinas que aquella inmensa mayoría; al día siguiente, a ellos les dolerían las piernas, mientras que a todos aquellos otros les dolería la cabeza.

Pensó un poco en aquellas dos amigas. En aquella discoteca a la que habían acudido el año anterior debía de estar produciéndose una especie de locura idéntica a la que las había hecho pasar de 2025 a 2026. Elise había seguido el juego, dudando mucho de que uno pudiera declararse feliz por encargo. Para empeorar todavía más su estado de ánimo al respecto, su padre, a quien le gustaba especialmente Serge Gainsbourg, había hecho que Elise, de tanto escuchar al cantante una y otra vez, conservara en la memoria una de sus canciones, que decía que había que huir de la felicidad por miedo a que se escapara, aquella voluntad no significaba para su entendi-

miento una lucha desesperada, sino más bien una sucesión de pseudovictorias que acababan sirviendo a una causa contraria a su característica fundamental.

Luego Elise, al recordar aquella velada, recordó también aquella discusión con una de las dos chicas, cuando un muchacho al que esta conocía más o menos, más bien menos que más, le propuso acompañarlo al aparcamiento. El paseo no consistía en contemplar las estrellas, tanto menos cuanto que aquella noche llovía.

Elise, mordaz, le advirtió que si aceptaba aquella invitación, tendría que buscarse otro chófer que no fuera su padre para llevarla de vuelta por la mañana, y otra amiga que no fuera ella, al mismo tiempo. En conclusión, aquella rechazó la propuesta y después bebió más de la cuenta, hasta el punto de vomitar hasta las entrañas en los servicios, mientras Elise le sujetaba el pelo para no convertir en una catástrofe todavía mayor la catástrofe que ya estaba teniendo lugar.

Después, mientras esperaban la mañana, se aislaron. Aquella discoteca disponía de un espacio donde la música dejaba de acaparar por completo la capacidad auditiva de quienes se encontraban allí. Elise quiso

saber por qué se había emborrachado, había que llamar a las cosas por su nombre: beber cinco vasos de whisky en menos de una hora, cuando uno tenía por costumbre, en cuanto a bebidas alcohólicas, limitarse a lo que podía ofrecer una cerveza, no era algo insignificante. Hubo lágrimas. Si Elise no la hubiera detenido, habría dicho que sí, se habría dejado follar, según sus propios términos, en el asiento trasero de un coche. Lo que la atormentaba era que, dentro de sí misma, algo se había mostrado favorable a aquella perspectiva patética. Elise guardó silencio, se limitó a estrecharla contra ella. A su alrededor, algunos las observaban furtivamente, unos intrigados, otros divertidos. Entre ellos destacó un joven que, con una mirada, sin pronunciar una sola palabra, preguntó a Elise si necesitaba ayuda. Elise, con un movimiento de cabeza, le indicó que no, luego, con una sonrisa, le agradeció su atención.

Después llegó la mañana. La discoteca ofrecía desayunos. Aquella misma discoteca se encontraba en las afueras de la ciudad, a unos cinco kilómetros, con unos cientos de metros de diferencia, del domicilio de Elise. Si la lluvia no hubiera arreciado, las tres habrían regresado gustosamente caminando, pero

Hervé las esperaba en el aparcamiento, a la hora convenida. Elise procuró que su protegida tuviera un aspecto presentable. El rímel se había corrido, su peinado ya no merecía tal nombre. Rápidamente, con la ayuda de la otra chica, arreglaron todo aquello.

Durante el trayecto, dejaron a una de las chicas en su casa. La que se había descontrolado un poquito, mediante un mensaje de texto, avisó a su familia durante el trayecto de que iba a dormir en casa de Elise, pues necesitaba un tiempo de recuperación. Al llegar, se fueron directamente a la ducha, ni hablar de meterse en la cama en el estado en que se encontraban. Ambas olían tanto a sudor como a humo de cigarrillos, mezclado, en el caso de una de ellas, con algunos restos de olor a vómito. Apenas eran las nueve de la mañana. Florence quiso saber a qué hora debía despertarlas. Elise calculó cinco horas de sueño, es decir, hasta las dos de la tarde.

Cuando Elise salió de la ducha, aquella que se encontraba a su lado dejó de secarse el pelo y la miró fijamente.

«¡¿Qué pasa?!», quiso saber Elise. Sus respectivas desnudeces eran conocidas por ambas desde hacía años. Sin embargo, aquella que compartía su proximidad en aquel instante parecía verla por primera vez.

«¡No debería estar permitido ser tan guapa!», le respondió. Elise se limitó a encogerse de hombros.

Mientras pedaleaba recordando aquel pasado de hacía exactamente un año, se cortó la electricidad. Elise, todavía sentada sobre su bicicleta, vio por la ventana que, en el exterior, las luces también se habían apagado. Pensó primero en un corte momentáneo, como los que se producían a veces, pero, en lugar de volver la electricidad, oyó unas detonaciones, era medianoche, petardos seguramente, pero cuando a aquellas detonaciones se sumaron unos gritos, comprendió inmediatamente que se trataba de otra cosa.

14

Esta vez, Elise se vio invadida por una impresión más intensa, estaba ocurriendo algo grave. Ningún petardo producía detonaciones repetidas; en cuanto a los gritos, su vocabulario era lo suficientemente explícito como para que admitiera que quienes los lanzaban no estaban celebrando, en principio, el Año Nuevo.

Elise se sorprendió primero de no sentir miedo. Bajó de su bicicleta, utilizó su móvil como linterna, contenta de haberlo mantenido cargando durante todo el tiempo que había estado pedaleando. Se alumbró discretamente, procurando no ser descubierta, pues no sabía exactamente a qué se enfrentaba. Se quitó las zapatillas de ciclismo, después el culote, tomó las toallas que Olivier había dejado allí de reserva, para renunciar a ducharse, aunque estuviera sudada. Al no disponer de más información sobre las circunstancias que se estaban desarrollando, quedarse desnuda, bajo una ducha, además en la oscuridad, le parecía poco apropiado ante aquello que eventualmente podía temer, incluso sin tener más información sobre aquellos mismos peligros, más presentidos que identificados.

Por lo tanto, tenía que secarse, secarse todo lo posible, especialmente porque el invierno reinaba en el exterior, aunque lo hacía con cierta suavidad. Aquella noche, las temperaturas rondarían los 10 grados, generando un frío, en definitiva, bastante relativo. Además, en su mente, tarde o temprano, se vería obligada a salir al exterior. Aquella semana que había pasado en cama dos meses antes le bastaba; no estaba dispuesta a repetir la experiencia.

Considerándose suficientemente seca, se puso la ropa interior limpia que había previsto, aquella que pensaba llevar una vez terminada su sesión en Zwift, después se vistió con aquellos vaqueros y aquel jersey que llevaba cuando había llegado a casa de Olivier, con la intención de pedalear, para unir en bicicleta, partiendo de 2026, el año 2027. Luego se calzó sus zapatillas deportivas.

Entonces aguzó el oído. Las detonaciones se escuchaban con mayor frecuencia que a medianoche. En su móvil, mediante su conexión 4G, accedió a Internet, pasando por Google, y consultó las noticias. Eran en aquel instante las doce y doce de la madrugada. No se informaba de ningún acontecimiento equivalente a lo que estaba viviendo en la ciudad de Saint-Jean-d'Angély. Tal vez se tratara de las acciones de unos auténticos imbéciles, considerablemente empapados en alcohol y que simulaban un atentado, o algo por el estilo, en cualquier caso lo suficientemente ruidoso como para aterrorizar a la población y arruinar las celebraciones familiares de Nochevieja.

Elise se negó por el momento a abandonar su posición. Antes de emprender cualquier acción, se obligó a reflexionar, luego llegó a preguntarse qué terroristas, suficientemente desesperados, en caso de que

se tratara de eso, podrían querer atacar una ciudad como Saint-Jean-d'Angély. Cada vez que había tenido ocasión de viajar por Francia, cuando le preguntaban dónde vivía, empezaba por precisar el departamento correspondiente, es decir, Charente-Maritime, después mencionaba el nombre de la ciudad en cuestión, Saint-Jean-d'Angély. Entonces tenía que enfrentarse casi sistemáticamente al silencio de sus interlocutores. Sí, las ciudades que rodeaban Saint-Jean-d'Angély eran conocidas por aquellas personas, es decir, Saintes, La Rochelle, Rochefort, Niort, Cognac, Angoulême, pero Saint-Jean-d'Angély brillaba por su ausencia.

Por otra parte, cuando tuvieron lugar, en octubre, aquellas manifestaciones de estudiantes de instituto, uno de los amigos de Hervé, que no carecía de sentido del humor, bueno, de aquel humor que, por regla general, le hacía reír a él, a él mucho antes que a los demás, afirmó que los estudiantes de Saint-Jean-d'Angély se habían equivocado en sus reivindicaciones, porque tenían un instituto en mucho mejor estado que la ciudad en la que se encontraba.

Era cierto que en aquella ciudad, especialmente en su centro, ya no se podían contar los escaparates cer-

rados, definitivamente cerrados. Solo alguien depresivo, francamente suicida, podía intentar allí una aventura comercial. Aquella deserción, económica en este caso, iba acompañada de otra deserción, esta vez de carácter inmobiliario: los ancianos morían, sus casas no encontraban compradores, y estas se contaban por decenas. Sin embargo, cincuenta años antes, Saint-Jean-d'Angély podía sentirse orgullosa de su economía, una economía que empleaba, ante todo, mano de obra poco cualificada, que rápidamente se encontró en otros lugares del planeta, haciendo que aquí los desempleados se multiplicaran, con la desesperación correspondiente, mientras que allí, en diversos lugares del planeta, se manifestaba otra desesperación, la que experimentaban aquellos millones de mujeres y hombres que trabajaban mucho y duramente por salarios miserables.

Todavía escondida, Elise envió simultáneamente un mensaje de texto a Olivier, Hervé y Florence. Unos segundos después, Florence le respondió: los tres estaban delante de BFM, con el sonido de su televisor reducido a un volumen casi mínimo, las cortinas cerradas. En la parte inferior de la pantalla se desplazaba una franja roja que advertía a los telespectadores de que se estaban escuchando disparos en la

ciudad de Saint-Jean-d'Angély. Por el momento, no podían decir nada más.

Florence le ordenó que permaneciera donde estaba. Elise, ante aquella recomendación, solo obedeció a medias. Las detonaciones seguían aumentando en número; en cambio, los gritos se escuchaban cada vez menos, lo que, según su percepción, no era necesariamente una buena noticia.

15

Elise, sentada, apoyada contra un tabique, eligió la habitación de Olivier dentro de la casa. Aquel lugar le pareció el más adecuado, por si acaso. Al disponer de una ventana que daba al jardín, si tenía que abandonar la vivienda urgentemente, solo tendría que saltar por ella. Unos escasos dos metros la separarían entonces del suelo; podría sobrevivir sin dificultad, entre comillas, a semejante altura. Una vez alcanzado el jardín, dispondría primero de los escondites necesarios para ocultarse, después, ayudada todavía más por la noche, al llegar a los límites de la propiedad de Olivier, una vez atravesados, se abrirían ante ella aquellos pastizales donde, durante la buena estación, un campesino llevaba a pastar sus vacas. Luego,

al final de aquellos terrenos, comenzaban las marismas donde, por conocerlas bien, por haberlas recorrido mil veces desde su infancia, nadie la encontraría. La única dificultad, si tuviera que llegar a tal extremo: estaban en invierno, el otoño había sido lluvioso, aquel territorio debía de encontrarse inundado en algunos lugares. Aunque no hiciera frío, enero seguía siendo enero, no era precisamente la mejor época para darse un chapuzón inesperado en un agua a diez grados como máximo, además de considerablemente embarrada.

Entonces no pudo evitar sonreír ante la situación. La mañana anterior, ¿no había apagado su ordenador, desconcertada, absorbida por aquella pregunta: una vez obtenido el bachillerato, qué decidiría hacer después? Ahora se preguntaba qué debía decidir antes. Comprendió también que aquella misma pregunta poseía una amplitud que las circunstancias actuales le permitían asimilar: ¿podía uno, seriamente, decidir su futuro, por definición individual, dentro de una colectividad que no dominaba, en lo que a ella respectaba, su propio destino?

Su entendimiento, a pesar del espacio que había conquistado en su interior, en contacto con ChatGPT, al

encontrar una inteligencia que no dejaba de desafiarlo y de aumentar así su fuerza, había perdido un poco de su arrogancia, hasta el punto de adoptar un perfil bajo y replegarse por completo dentro de ella, abandonando su suerte a aquella esperanza de vida que habitualmente miraba con recelo, incluso con superioridad, deseando más que nada que esta resultara lo suficientemente convincente en Elise como para despertar en ella un instinto de supervivencia suficientemente poderoso para que él pudiera salir de aquel episodio, porque, sin la contribución de aquel cuerpo que tanto despreciaba, la fiesta terminaría allí mismo.

Elise seguía intercambiando mensajes de texto con Florence. Eran las doce y veinticinco de la madrugada. Desde la casa de al lado, Florence la mantenía informada: los tres seguían viendo BFM, aunque cambiaban de canal informativo para obtener todavía más información, pasando por LCI, CNews o Franceinfo. Ya circulaban imágenes, prácticamente las mismas en los cuatro canales. Estaban en 2027, un 2027 completamente nuevo, recién nacido. Las secuencias en cuestión eran recuperadas de Internet por las redacciones. Algunas personas, en Saint-

Jean-d'Angély, desde las primeras detonaciones escuchadas, apenas terminadas las doce campanadas de medianoche, se habían sentido intrigadas, tanto como Elise: aquellos petardos no resonaban como de costumbre y los gritos percibidos justo después de escuchar aquellas mismas detonaciones no eran de los que algunos lanzaban, como por tradición, cuando el nuevo año acababa de comenzar. Así que aquellas personas pusieron en funcionamiento sus teléfonos móviles, primero como cámaras, después como teléfonos, la mayoría de las veces desde sus ventanas, a juzgar por los ángulos de visión utilizados, actuando visiblemente con la máxima discreción, para publicar inmediatamente lo que acababan de grabar en Instagram, TikTok o Facebook. Entonces, en las redacciones de París, a 500 kilómetros de Saint-Jean-d'Angély, por costumbre, fueron a buscar por aquellos lugares, lo que hacía que, en cuestión de minutos, la actualidad de un lugar se difundiera prácticamente en tiempo real.

Por otra parte, aquel método estaba tan establecido que, en aquellas mismas redacciones, especialmente durante la noche de Nochevieja, sin esperar nada inédito, se sabía que habría coches incendiados, que se producirían algunas tragedias aquí y allá, el fuego

de una chimenea sin deshollinar provocando un incendio y acabando con una familia entera, y finalmente aquellos inevitables accidentes de tráfico. A pesar de la vigilancia de la gendarmería, que perseguía a los borrachos perdidos, algunos irreductibles que se creían más fuertes que la media no dudarían en ponerse al volante; de ello se derivarían otros tantos choques múltiples y sangrientos.

En la capital, allí, algunos periodistas, por costumbre o por obedecer a una adicción muy extendida, debieron de entrar en las redes sociales y encontrarse con lo que estaba sucediendo en Saintonge. Evidentemente, aquellos mismos se apresuraron a dar la voz de alarma, no precisamente por la preocupación de informar, sino para ser los primeros en comunicar aquellas informaciones, pues existía una verdadera competición entre las distintas redacciones.

En el exterior, las detonaciones habían dejado de escucharse. Hubo un ligero silencio de unos segundos, después comenzaron a oírse llamadas de auxilio, cada vez más numerosas a medida que pasaba el tiempo. Como el tráfico rodado en Saint-Jean-d'Angély era, por regla general, inexistente a aquellas horas, y dada la situación del momento, todavía más inexistente, aquellas súplicas ocuparon a su manera aquel

silencio, dando, por su resonancia, a quienes las percibían, la medida, así como la magnitud de la agresión.

16

Elise cambió de posición dentro de la casa de Olivier. Aquel 1 de enero recién estrenado, que apenas tenía 40 minutos de existencia, comenzaba en aquel lugar del mundo de manera atronadora. Las llamadas de auxilio seguían escuchándose. En su interior, no pudo contener aquella necesidad de pasar a la acción, aunque solo fuera empezando, para ello, por observar lo que ocurría a su alrededor.

Desde la habitación de Olivier, con la casa todavía sumida en la oscuridad, atravesó el pasillo desplazándose a cuatro patas. De pie, sabía que quedaría a la altura de las ventanas. Aun sabiendo que aquella noche negra en la que se movía impedía que la vieran, temía una ráfaga de arma automática que, estando así expuesta, pudiera alcanzarla, convencida ya de que las detonaciones que se habían escuchado por millares, apenas pasada la medianoche, procedían de armas de ese tipo.

Sin ayudarse de la iluminación que le ofrecía su móvil, pues poseía un conocimiento de la vivienda tan preciso que podía considerarse a prueba de todo, llegó al salón, que tenía una ventana que daba a la calle.

Lo que la desconcertaba, por el momento, era que no sentía ningún miedo, preguntándose incluso si el momento se prestaba a semejante interrogación. ¿Acaso aquellos meses transcurridos en solitario no la habían liberado de esos temores que el rebaño suele inocular a las ovejas que reúne en su seno, hasta transformarlas todavía más en otras tantas ovejas aterrorizadas, que pierden todo control? Aquella pérdida se alimentaba, desde su mismo origen, del miedo de una de ellas, como un factor desencadenante o una simple chispa de esas que prenden fuego a la pólvora. ¿No debía desconfiar de aquel miedo que por el momento no experimentaba, aunque se dijera que el miedo no evita el peligro, pues, si uno no lo teme, dispone todavía de los medios necesarios para comprender lo mejor posible aquello que amenaza con ponerlo en peligro?

Allí, en el salón, se sentó. La ventana que había elegido se encontraba justo encima de ella. Estaba cerrada y los postigos, situados inmediatamente al otro lado, también estaban cerrados.

Mientras reflexionaba sobre el procedimiento que debía seguir para echar un vistazo al exterior, sin avisar a Florence de que se disponía a arriesgarse a semejante maniobra, pensó en sus dos amigas, que a aquellas horas estaban en la discoteca, y acto seguido admitió, desconcertada, que no había pensado en ellas antes. Su entendimiento debía de estar encantado: su esperanza de vida se había transformado en instinto de supervivencia, promoviendo una especie de egoísmo, en definitiva, saludable. ¿Acaso no era necesario, para intentar salvar la vida de los demás, empezar por salvar la propia? Por supuesto, quedaba el sacrificio supremo, pero, incluso para llegar a semejante extremo, había que procurar seguir respirando, pues el heroísmo a título póstumo era una ilusión de la mente y nada más.

¿Qué estaría sucediendo allí, en aquella discoteca, entre aquellas cuatro paredes, donde, en un espacio abarrotado, varios centenares de jóvenes solo pensaban en divertirse, sin prestar la más mínima atención a una posible catástrofe, y menos aún a una catástrofe de aquella naturaleza? Elise se estremeció ante aquella sola perspectiva, no porque pudiera haberse encontrado allí, sino porque quienes la

habían invitado a acompañarlas unas horas antes sí estaban allí.

En el momento en que se decidió a abrir la ventana, su móvil vibró. Florence le enviaba varios enlaces. Elise volvió a sentarse directamente en el suelo. Se trataba de vídeos muy cortos, que mostraban de manera sucinta la naturaleza de los acontecimientos en curso, seguramente los mismos que debían de estar apareciendo en los canales informativos. Elise, unos minutos antes, también había entrado en aquellas mismas redes sociales, hasta admitir que lo que allí se descubría alertaba de manera confusa, sin precisar nada realmente. Según los comentarios de Florence, al menos aquellas secuencias tenían el mérito, a su manera, de poner sobre aviso, así como de permitir que los canales informativos aconsejaran a quienes se encontraban frente a sus pantallas y vivían en las zonas afectadas que permanecieran prudentemente en sus casas.

Entre todas ellas, una de las secuencias apenas dejaba entrever a unos hombres vestidos de negro, que parecían llevar armas automáticas colgadas en bandolera. Elise desconfiaba de aquellas imágenes, especialmente desde la llegada de las IA. Todo aquel material visual transmitido a través de pantallas

podía ser fruto de diversas manipulaciones de ese tipo, o incluso corresponder directamente a otras circunstancias que nada tenían que ver con aquella actualidad que se estaba desarrollando en el territorio de Saint-Jean-d'Angély.

Elise preguntó a Florence si, por su parte, todo iba bien. Florence empezó respondiéndole que estarían mejor, incluso mucho mejor, si ella estuviera en aquel momento con ellos. Pero bueno, sabían que solo se encontraba a una manzana de distancia. Además, por el momento, los disparos habían dejado de escucharse, sustituidos por las llamadas de auxilio, que no parecían obtener respuesta, puesto que seguían oyéndose. Florence, también mediante mensajes de texto, se preocupó a su vez por la suerte que pudiera haberles tocado a las dos amigas de Elise. Una discoteca debía de ser, dadas las circunstancias, el peor lugar en el que uno pudiera encontrarse. Acto seguido, manifestó su inquietud por no escuchar ni una sola sirena, ni de los bomberos, ni de la gendarmería, ni de la policía. Por otra parte, antes de que pudiera comunicarle su extrañeza al respecto, en directo, por BFM, una telespectadora, cuyo tono de voz revelaba una gran angustia, se quejaba de la ausencia de servicios de emergencia:

una ciudad entera lanzaba un SOS y no recibía a cambio ninguna respuesta.

17

Elise empezó por abrir la ventana, lo más suavemente que pudo, fuera, aparte de las llamadas de auxilio, no se escuchaba nada más.

Como nunca había conocido la guerra, recordó los comentarios de quienes la habían vivido, escuchados principalmente en YouTube, especialmente acerca de cómo el enemigo utilizaba a compañeros heridos para hacerte salir de tu escondite y conseguir que tú también fueras alcanzado.

Para Elise, si ese fuera el caso, su situación resultaba doblemente desesperante, primero por considerar que unos posibles tiradores apostaban por una solidaridad que les permitiría causar todavía más víctimas y también por considerar que las llamadas de auxilio, que seguían escuchándose, no se beneficiaban de aquella misma solidaridad prevista. Bajo aquel aspecto, la crueldad y el egoísmo se pasaban la pelota. Entonces se reprochó inmediatamente su intransigencia, recordando las palabras de Olivier al respecto, los verdaderos héroes son siempre aquellos que mueren al final, la supervivencia y el heroísmo

no se llevan bien. Y además, no debía excluir de sus juicios demasiado precipitados el hecho de que quienes componían la sociedad francesa actual, incluida ella misma, aunque se quejaran de una violencia supuestamente creciente, ya no habían estado en contacto, desde 1945, con aquella que azotaba Saint-Jean-d'Angély durante aquella noche de Nochevieja.

Con la ventana abierta, Elise hizo una pausa, no percibió nada que pudiera hacerle suponer actividad alguna, hay que decir que se encontraban en una zona de Saint-Jean-d'Angély de difícil acceso, para llegar allí había que tomar una vía de circulación tan estrecha que era de sentido único. Una vez desenganchado aquello que unía los dos postigos, en forma de un gancho que partía de uno para alcanzar el otro, de manera que, unidos así, no formaran más que uno solo, Elise empujó con toda la delicadeza posible uno de los dos, dejándolo apenas entreabierto, echó un vistazo al exterior, la calle estaba sumida en la oscuridad y, en las casas vecinas, no se distinguía actividad alguna.

Con la misma precaución, volvió a cerrar los postigos y, animada por aquella inspección que acababa de realizar, se sintió capaz de reunirse con Florence, Hervé y Olivier. Para ello, le bastaría con recorrer

su trayectoria en sentido inverso, hasta llegar a aquel lugar de la casa donde se encontraba aquella puerta, que daba acceso a una escalera que permitía bajar al sótano, desde allí, saldría por aquella otra salida, situada en la parte trasera de la casa, la que se utilizaba cuando se quería ir al jardín, una vez tomada aquella vía, llegar a casa de sus padres, con toda discreción, no sería más que una formalidad.

Informó a Florence de su intención, para que la operación funcionara, era necesario que, por su parte, anticiparan su llegada. Una vez más, Elise tenía previsto, para entrar en casa de sus padres, pasar por un acceso similar a aquel por el que pensaba salir de la casa de Olivier, que también daba al jardín, pero una vez allí, era preferible que no encontrara la puerta cerrada.

Florence no respondió inmediatamente, Elise imaginó que su madre estaba consultándolo con Hervé y Olivier, ¿era realmente razonable?, además, cómo reprimir aquel deseo que seguramente compartían de tenerla a su lado, siendo, por otra parte, igualmente el suyo. Además, Elise, respecto a aquel trayecto que debía realizar, por haberlo recorrido un número incalculable de veces, conocía de memoria cada paso que tendría que dar para conseguir recorrerlo. Unos

segundos después, Florence la autorizó a correr aquel riesgo, en definitiva extremadamente limitado, solo debía esperar unos minutos, el tiempo necesario para que ellos llegaran a aquel lugar de la casa donde esperarían su llegada.

Elise, en el sótano, abrió la puerta, esta vez se atrevió a avanzar un poco más hacia el exterior y no observó nada, salvo, siempre y una vez más, aquellas mismas llamadas de auxilio, ¡numerosas!

Para esperar la luz verde de Florence con todavía mayor seguridad, no permaneció más tiempo en el umbral de aquella misma puerta, volvió al sótano y la empujó, sin llegar a cerrarla del todo. Fue en aquel momento cuando vibró su móvil, sin preguntárselo ni por un instante, estuvo convencida de que se trataba de Florence, indicándole que los tres estaban situados en el lugar previsto y la esperaban, pero, para su sorpresa, se trataba de una videollamada, una de las dos chicas se ponía en contacto con ella. Inmediatamente Elise aceptó la llamada, con el sonido desactivado por el momento, procurando siempre no ser descubierta. La secuencia apenas duró unos segundos, aquella que se había puesto en contacto con ella tenía el rostro magullado, aunque, al no haber activado el sonido, no se la escuchaba, por la expresión de su

rostro, las llamadas de auxilio que formulaba resultaban perfectamente audibles, seguramente formaban parte de aquellas que se escuchaban fuera, luego, detrás de ella, apareció un hombre vestido de negro, la agarró del pelo y le disparó una bala en la cabeza, en aquel mismo instante se escuchó en aquella noche tan particular el disparo que necesariamente correspondía a aquella acción. Elise cortó la comunicación y se encontró sentada en el suelo, sin haberlo querido, sus piernas, al dejarla caer en el sentido literal de la expresión, habían decidido por ella.

18

Elise estaba sentada en el sótano, temblando mientras despotricaba contra sí misma, ella que, ocho días antes, no ocultaba su orgullo, el de haber recorrido 122 kilómetros en Zwift en algo menos de cuatro horas, batiendo su récord personal. Ella que le había dicho a Florence que, para conseguir semejante resultado, había que tener dos buenas piernas, y no precisamente unas piernas cualquiera. ¿Qué decían ahora sus piernas, aquellas mismas piernas incapaces de sostenerla, hasta el punto de que Elise se preguntaba de qué medios disponía todavía si, en los

minutos siguientes, las circunstancias le exigían huir para salvar su vida; tendría que correr sobre las manos para poner pies en polvorosa?

Tampoco conseguía calmar su enfado consigo misma respecto a su concepción de la voluntad. ¡Menudo aspecto tenía ahora su voluntad! ¿Qué se había creído? ¿Acaso hacer lo que a uno le gusta, disfrutando de unas condiciones ideales, no debería llevarlo a considerar los resultados obtenidos, mejores en este caso que la media de aquellos otros estudiantes que debían desenvolverse en condiciones menos favorables, como una especie de consecuencia lógica? Después de todo, con ChatGPT, contaba con un profesor que poseía todas las competencias y ofrecía una disponibilidad ininterrumpida, sin horarios ni estados de ánimo que la limitaran. Partiendo de aquella constatación, ¿la ventaja de la que presumía no correspondía, como dice la expresión, al mínimo exigible?

Elise, apoyándose contra la pared, hizo el esfuerzo necesario para incorporarse. Todo su cuerpo temblaba. Si se hubiera encontrado desnuda en la nieve, en algún lugar de Siberia o del Gran Norte canadiense, no habría temblado más.

Una vez de pie, recordó las recomendaciones de un amigo de Hervé que decía: «Cuando pierdan el control, para recuperar un principio de dominio, concéntrense en su respiración.» Y eso fue lo que hizo Elise. Al comienzo mismo de la maniobra, encontró verdaderas dificultades para coordinar su respiración: o bien inspiraba demasiado profundamente, o todo lo contrario, o bien directamente no espiraba, o lo hacía en exceso. Para empeorar todavía más su situación, su corazón latía desbocado. En definitiva, dentro de su organismo, sus órganos vitales parecían querer salvar el pellejo, independientemente unos de otros, sin tener en cuenta a sus semejantes, que participaban tanto como ellos en aquel equilibrio, fundamental, que les permitía a todos disfrutar de aquella vida de la que gozaban paradójicamente, mientras que, al mismo tiempo, la hacían posible.

Pero rápidamente, el procedimiento funcionó. Su cuerpo volvió a ser su cuerpo. Todavía apoyada contra la pared, se aventuró a dar algunos pasos, manteniendo un brazo extendido hacia aquella misma pared, por si aquel equilibrio buscado, que parecía recuperarse progresivamente, resultaba no ser más que una mejoría superficial.

Dejado directamente en el suelo, vio iluminarse su móvil. Era Florence. Los mensajes de texto de su madre se acumulaban unos tras otros. Su memoria le recordó lo que se disponía a hacer antes de ver aquel vídeo, es decir, llegar a casa de sus padres y, acto seguido, reunirse con aquellos tres seres que le parecían tan vitales como aquellos órganos que llevaba dentro, entregados a una anarquía entre ellos, por el momento de lo más inoportuna. Solo que aquello que le parecía banal unos minutos antes sonaba ahora en su entendimiento como una hazaña todavía por realizar. Para empezar, el mero hecho de responder a Florence utilizando dos manos temblorosas no se presentaba como una tarea sencilla.

Al mismo tiempo, a través de su móvil, se dio cuenta de la hora: eran las doce y cuarenta y siete de la madrugada. Aquella constatación la desconcertó. Se sostuvo contra la pared. Desde el comienzo de aquel acontecimiento, apenas habían transcurrido cuarenta y siete minutos y, sin embargo, aquellos mismos cuarenta y siete minutos, dentro de ella, parecían capaces de ocupar más espacio que sus dieciocho años de existencia.

Al ver también su móvil, aquel vídeo en el que había visto a su amiga asesinada regresó estrepitosamente

a su mente, imponiéndole aquella nitidez que lo había caracterizado, intensificada por la violencia que le había mostrado.

Elise se vio presa de violentas náuseas, que la obligaron a ponerse de rodillas. En aquella posición, vomitó un poco, luego, inmediatamente, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Su organismo iniciaba a su manera una especie de procedimiento de evacuación, como si contemplara, para garantizar lo que vendría después, si es que había un después, la posibilidad de partir de unas bases nuevas.

Elise, todavía apoyada de rodillas contra aquella misma pared, recordó que un año antes, exactamente aquel mismo día, a una hora aproximadamente idéntica, se había peleado con aquella misma chica, precisamente aquella que se había sentido tentada por una invitación de lo más dudosa, que habría tenido lugar en el asiento trasero de un coche y que, finalmente, al término de aquella otra noche, había acabado desplomándose en los brazos de Elise, deshecha, simplemente al constatar que semejante proposición, en algún lugar de su interior, había encontrado aceptación, que ella también podía ser aquella clase de chica.

Elise, al recordar aquel episodio, tampoco pudo escapar a aquella otra constatación, que ponía de manifiesto aquella extrañeza vinculada al destino de cada uno: había hecho falta una huelga de estudiantes para que recurriera definitivamente a ChatGPT con el fin de estudiar de otra manera; que los progresos adquiridos halagaran su ego hasta el punto de aislarla, tanto que rechazó aquella invitación a celebrar la Nochevieja con sus antiguas amigas, cuando, un año antes, la idea de pedalear por su cuenta, con toda su atención fija en una aplicación, le habría parecido completamente absurda. Y, sin embargo, ahora debía su vida, entre otras cosas, a aquel absurdo.

«¡Elise!»

Oír pronunciar su nombre la sacó de aquel estado de sopor, en cuyo interior sus sentimientos se mezclaban de manera más o menos armoniosa con algunas conclusiones más reflexivas. Cuando se volvió, Olivier ya estaba de rodillas, a su vez, junto a ella y le pasaba un brazo por encima de los hombros.

19

«¿Puedes caminar?», le preguntó Olivier.

«¡No demasiado!», le respondió Elise.

Olivier empezó por ayudar a Elise a incorporarse para que pudiera sostenerse sobre sus piernas, luego, manteniéndola siempre contra él, sujetándola por los hombros, la animó a dar algunos pasos.

Cuando Elise propuso reunirse con ellos en aquella otra casa, la de sus padres, situada justo al lado de la de Olivier, este, junto con Hervé y Florence, procuró primero ponerse de acuerdo con ellos. Como era de esperar, la idea de tener a Elise a su lado no podía sino entusiasmarlos. Pero la maniobra necesaria para conseguirlo obligaría a Elise a desplazarse por terreno descubierto. ¿Valía la pena correr semejante riesgo? Hervé señaló que, al mismo tiempo, más allá de conocer de memoria el trayecto que tendría que recorrer, Elise, por el momento, se encontraba sola. Si alguna circunstancia la obligaba a enfrentarse a aquellos individuos que parecían sembrar el caos en Saint-Jean-d'Angély, no dispondría de ninguna alternativa, salvo esconderse. Pero, si era descubierta, metódicamente, dadas las posibilidades de defensa de las que disponía, estaría condenada a lo peor.

Florence, ante aquella insinuación, se mostró todavía más tajante. Los cuatro reunidos, enfrentados a lo que parecían ser armas de guerra, en manos de unos

energúmenos dispuestos a disparar indiscriminadamente, tampoco estarían mejor equipados para conseguir hacerles frente, ni siquiera mínimamente. Al menos morirían juntos, aquella precisión tuvo como efecto instaurar cierto silencio entre los tres.

Finalmente, fue Florence quien tomó la decisión. No iban a pasarse horas discutiendo, tanto más cuanto que, a unos cincuenta metros, su hija esperaba que le propusieran una solución. Tomó su móvil y le indicó a Elise que la esperarían en aquella puerta, a la altura del sótano, situada, como en casa de Olivier, en la parte trasera de la vivienda y que daba al jardín.

Mientras esperaban, Hervé, mediante su iPhone, consiguió sintonizar los canales informativos. Le sorprendió que los repetidores que permitían precisamente conectarse a Internet siguieran funcionando. Olivier le respondió que quizá quienes los estaban atacando en aquel momento necesitaban utilizarlos, lo que podía explicar que aquellas instalaciones continuaran intactas.

En BFM, entre otros canales, todos aquellos que se encontraban alrededor de la mesa del plató parecían incapaces de escapar a una especie de incomprensión, que procuraban manejar con delicadeza para no

herir a nadie, y sobre todo a los principales afectados, que eran precisamente las víctimas de lo que estaba ocurriendo en el territorio de aquella subprefectura. Pero Saint-Jean-d'Angély, no solo, como todas las ciudades de Francia e incluso del mundo, no merecía semejante destino, sino que, además, aunque aquello se insinuara con sumo cuidado, tampoco parecía justificar que se ensañaran con ella con semejante intensidad, una intensidad que no correspondía a su atractivo, en ninguno de los sentidos posibles. En Saint-Jean-d'Angély no había nada que pudiera considerarse vital para el departamento, menos aún para la región. En cuanto al país, sin querer ofender a los habitantes de aquella ciudad, existiera o dejara de existir, Francia seguiría siendo Francia.

Saint-Jean-d'Angély llevaba varias décadas sin dejar de decaer. Por otra parte, los propios habitantes no dudaban en afirmar, acerca de su ciudad, que la población se dividía, a grandes rasgos, en dos categorías: quienes disponían de los medios para marcharse, en forma de títulos académicos o de dinero, y quienes estaban obligados a quedarse, por no tener suficiente formación para aventurarse en otro lugar o por ser demasiado mayores para intentar aquella aventura.

El propio hospital, progresivamente, año tras año, fue perdiendo especialidades, que se trasladaban principalmente a Saintes, situada a poco más de veinte kilómetros de Saint-Jean-d'Angély, donde recientemente se había construido un establecimiento moderno de aquella naturaleza. En resumen, allí no faltaba de todo, sino de lo esencial, especialmente dentistas y médicos y, todavía más, puestos de trabajo disponibles.

Las imágenes seguían siendo recopiladas y publicadas en las redes sociales. Se empezaba a saber algo más, especialmente porque algunos internautas, desde sus tejados, aquellos que disponían a esa altura de una claraboya de acceso que les permitía ver sin ser vistos, habían grabado diversos incendios. Después de identificar los lugares, se reconoció sin dificultad que los puntos atacados correspondían a aquellos donde se encontraban el parque de bomberos y el cuartel de la gendarmería. La comisaría también parecía formar parte de ellos. En cuanto al incendio más impresionante, se encontraba allí, en aquel lugar donde estaba situado el hospital.

Todavía en BFM, aquellos mismos periodistas y otros analistas insinuaban que aquella avalancha de dispa-

ros escuchada anteriormente debía de estar relacionada con el hecho de que no sonara ninguna sirena. A las doce y media de la madrugada, aunque el acontecimiento se comentaba prácticamente a medida que se desarrollaba, surgían interrogantes, más allá del porqué de aquel asunto, acerca de aquel silencio que reinaba en ese momento. ¿Qué significaba? ¿El final de aquella agresión, en definitiva incomprensible, o una tregua que podía desembocar en un segundo acto, aparentemente tan carente de sentido como el anterior?

20

Elise, todavía tambaleante, después de que Olivier la hiciera caminar de un lado a otro por el sótano para que recuperara lo antes posible cierta capacidad de utilizar sus piernas, este recurrió a una silla de jardín guardada allí para que pudiera sentarse y estar más cómoda que sentada directamente en el suelo. Para ello utilizó una de aquellas mismas sillas que empleaba antaño, cuando hacía buen tiempo, para contemplar cómo crecían sus hortalizas, cuando todavía crecían, y sobre todo cuando los mosquitos tigre aún no proliferaban en aquellas latitudes.

Hecho esto, tomó su móvil para llamar a Florence. Podía permitirse utilizar sus teléfonos de aquella manera, sin riesgo, pues todos habían procurado activar el modo silencioso. Dadas las circunstancias, un timbre inesperado podía delatarlos. Además, y especialmente, Florence temía, a ese mismo respecto, que la familia y aquellos amigos que vivían lejos, al descubrir lo que estaba sucediendo en Saint-Jean-d'Angély, quisieran ponerse en contacto con ellos. Y en aquel comienzo de año, excepcionalmente, aquellos buenos deseos que se formulaban habitualmente tendrían que esperar un poquito.

Florence respondió. Evidentemente, se mostró muy preocupada: ¿qué estaba pasando? Olivier le explicó la situación, la suerte de aquella chica, una de las dos que habían ido a su casa la víspera por la noche para que Elise se uniera a ellas, con el fin de pasar aquella Nochevieja en una discoteca, como habían adquirido la costumbre de hacer desde hacía dos o tres años. Olivier escuchó como respuesta, por parte de Florence, un «¡Oh, Dios mío!» de lo más significativo.

Hervé, al conocer aquella información, todavía pendiente de su móvil, igualmente consternado por aquella noticia, seguía informándose sobre los acon-

tecimientos en curso a través de los canales informativos. Relacionó aquella información terriblemente espantosa con lo que se decía en el plató de BFM, es decir, que no se sabía a qué correspondía un incendio de considerable magnitud. Dedujo que debía de tratarse de aquella discoteca, el único establecimiento de ese tipo que todavía existía en Saint-Jean-d'Angély y que, inevitablemente, no disponía, geográficamente hablando, de una ubicación tan fácilmente identificable como aquellas de las que se beneficiaban la gendarmería, los bomberos, la policía y, todavía más, el hospital.

Por otra parte, antes de que Olivier contactara con Florence, Hervé le había comentado aquella particularidad, muy representativa de su época, es decir, que los cuatro se encontraban en el corazón mismo del acontecimiento y que conseguían, como buenamente podían, obtener algunas informaciones sobre él realizando, gracias a aquella tecnología de la que disponían, un salto de algo más de 500 kilómetros. Así pues, desde Saint-Jean-d'Angély, había que desplazarse virtualmente hasta París para estar informado, procurando mantener cierta prudencia al res-

pecto, ¿eran realmente informaciones aquellas informaciones?, para saber aproximadamente a qué se enfrentaban en Saint-Jean-d'Angély.

Además, si a aquella particularidad se le añadía una interpretación, esta vez de carácter temporal, uno se daba cuenta de que el tiempo de Saint-Jean-d'Angély se vivía prácticamente en el mismo instante que el tiempo parisino, al menos en el plató de BFM, con la diferencia de los espacios correspondientes.

Hervé, sin comentárselo a Florence, imaginó que no debía de ser el único, en aquella ciudad, que permanecía frente a una pantalla, ya fuera la de un móvil o la de un televisor, generando una situación extraña en la que el directo y el diferido se mezclaban, hasta tal punto que corrían el riesgo de convertirse, en numerosas mentes, en una fuente de confusión.

Olivier colgó. Procuró tranquilizar a Florence, primero para disuadirla de acudir a reunirse con ellos, aunque aquella intención tuviera cierta lógica, pues la madre parecía sostenerse mejor sobre sus piernas que la hija. Pero Olivier, para convencer a Florence de que permaneciera donde estaba, afirmó que aquel pequeño trayecto que él mismo acababa de realizar unos minutos antes serviría para que Elise volviera a ponerse en marcha. Aquellos mismos minutos, desde

su punto de vista, resultarían muy útiles para sacarla de su letargo. Florence no aceptó aquella estrategia sin suspirar largamente. Durante aquellos quince años en los que Olivier había acompañado a su manera a su hija, nunca había cometido errores, al menos de aquellos que pudieran calificarse de irreversibles. Así que decidió aprovechar una vez más aquella confianza acumulada para conceder a aquella iniciativa concebida por Olivier una aprobación adicional.

Una vez interrumpida la comunicación, Olivier se acercó a Elise. Seguía sentada en aquella misma silla. Al llegar junto a ella, se arrodilló para situar sus ojos a la altura de los suyos.

«¡Vamos a movernos, muchacha!», comenzó por decirle.

Elise se limitó, ante aquella información, a entrelazar todavía más su mirada con la de Olivier. Este, que la conocía bien, reconoció en ella aquella particular cólera sorda que a veces experimentaba, procurando guardarla dentro de sí. Olivier no se equivocaba. Elise estaba enfadada consigo misma por haber olvidado que el mundo humano también podía, contra todo pronóstico, adoptar semejante aspecto, y enfadada igualmente con aquel mismo mundo humano que, en cualquier momento, podía decidir de tal manera

por ella que tenía derecho a preguntarse si disponía de los medios necesarios para conseguir que su vida fuera verdaderamente suya.

«¡Vamos, ven!»

Olivier tomó a Elise de una mano. Por su reacción, se dio cuenta de que ya respondía con mayor energía de la que había sido capaz de mostrar cuando acababa de reunirse con ella. Después de algunos pasos, ella le soltó la mano. Ambos avanzaron entonces hacia aquella misma puerta, la de aquel sótano que daba al jardín. Sujetándola por la cintura, Olivier le hizo comprender a Elise que deseaba adelantarse para explorar el terreno.

En el exterior, no distinguió nada, pero su atención se vio atraída por una serie de zumbidos lejanos, que aumentaban progresivamente de intensidad hasta dominar todo el espacio circundante. Desde que los disparos habían cesado, solo se escuchaban llamadas de auxilio, e incluso estas, desde hacía algunos minutos, habían perdido parte de su intensidad sonora inicial, haciendo temer lo peor por quienes las lanzaban. Así, cierto silencio había vuelto a imponerse.

Olivier comprendió rápidamente que se trataba de drones, pues ya había oído volar aquellos aparatos. Sin vacilar más, aprovechó el medio segundo del que

disponían para arrojarse ambos al suelo. Uno de los drones se precipitó contra la casa de Florence y Hervé, provocando una violenta explosión. Algunos otros cayeron a poca distancia, causando las mismas consecuencias, todo ello en medio de un estruendo insoportable que hizo que ambos perdieran el conocimiento.

21

El teniente Mathieu Amant regresaba de París con su escuadrón, es decir, 33 hombres exactamente, en aquella noche de Nochevieja. La víspera, a última hora de la tarde, habían aterrizado en Le Bourget procedentes de Rumanía. En las altas esferas, tanto a nivel europeo como en la OTAN, las actuaciones de Rusia en Ucrania preocupaban. Su misión había durado tres meses. Se trataba, ante todo, en lo que a ellos respectaba, de un trabajo de coordinación con las demás fuerzas europeas y estadounidenses presentes, para que, en caso de que Putin decidiera avanzar más hacia el oeste, supieran exactamente qué se esperaba de ellos. Como preparación, les enseñaron prioritariamente cómo protegerse de los drones, pero también cómo utilizarlos. Los tiempos

de los ataques con la bayoneta calada parecían haber quedado definitivamente atrás.

En París, en el aeropuerto de Le Bourget, los esperaba un autobús. El ejército había recurrido, para transportarlos hasta Burdeos, a una empresa privada. Una vez llegados a Burdeos, estaba previsto que hicieran una pausa de algunas horas antes de dirigirse a su cuartel en Pau. En cuanto a su material, según lo previsto, sería transportado directamente en avión al 1.er Regimiento de Paracaidistas, en aquella misma localidad. En Francia, prácticamente ya no se desplazaban con sus armas, salvo para misiones de vigilancia, especialmente en el santuario de Lourdes, donde, cuando se consideraba que las posibilidades de atentados eran mayores de lo habitual y las autoridades, para evitar cualquier sorpresa desagradable, intensificaban aquellas medidas destinadas a aumentar su vigilancia, especialmente elevando un nivel el dispositivo Vigipirate.

Mathieu Amant tenía 25 años y había sido ascendido a teniente dos años antes.

Alumno brillante, consiguió a los 17 años obtener un bachillerato científico con matrícula de honor. Como su madre era médica de familia y su padre cardiólogo, se orientó, más que decidirlo realmente,

hacia una formación del mismo tipo. Así que se matriculó en la Facultad de Burdeos para estudiar Medicina a su vez. Consiguió acceder al segundo curso. Durante las vacaciones de verano que siguieron, la perspectiva de continuar sus estudios, a falta de una verdadera motivación inicial, perdió al menos parte de su evidencia. A los 19 años y algunos meses, admitió que la opción que había privilegiado no era la suya. A este respecto, nunca formuló el menor reproche a sus padres: ellos lo habían dejado decidir. Podría haber elegido ser fontanero, mecánico o profesor. Si, como decía el refrán, aquellas profesiones podían permitirle alcanzar, existencialmente hablando, cierto equilibrio, sin hablar de felicidad, no se permitirían cuestionar su elección. Evidentemente, que eligiera estudiar Medicina no les desagradó, no tanto porque ellos mismos fueran médicos, sino porque sentían que su hijo disponía de las cualidades necesarias, primero para completar aquellos famosos diez años de estudios, después para convertirse finalmente en un profesional sanitario, digamos, de un nivel de lo más respetable.

En el momento de entrar en la facultad, exactamente a su entrada, se quedó como paralizado. Dos de sus compañeros, que se encontraban a su lado en

aquel instante, se preocuparon: ¿qué le sucedía? Durante algunos minutos, permaneció como petrificado, con la mirada fija. Más tarde diría de aquel momento que intentaba distinguir, dentro de aquel otro espacio alojado en cada uno de nosotros, un horizonte potencial sinónimo de perspectivas, pero aquel cielo azul le pareció vacío. Peor aún, la tierra que le servía de suelo, que, incluso de naturaleza simbólica, le permitía de otra manera mantenerse en pie, se volvió, a su percepción, como plana, y quedó convencido de que, si atravesaba aquel límite, entraría en un mundo donde, en su extremo más lejano, estaba destinado a caer sin fin.

«¡Dejo Medicina!», afirmó. Sus compañeros intentaron invitarlo a reflexionar: semejante decisión merecía, según ellos, que sopesara los pros y los contras. Aquel primer año de Medicina, conseguido con tantas dificultades, todos los esfuerzos que había realizado para superarlo, merecían que se detuviera, que se tomara su tiempo. Pero Mathieu Amant sintió inmediatamente en su interior que aquel tiempo aprovecharía ese paréntesis para devolverlo a aquellas mismas vías de las que precisamente pretendía huir. Aquel cambio radical se le imponía. Su aparición no correspondía a ninguna casualidad: se apoderaba

de él en un momento de su vida en el que Mathieu Amant, progresivamente, obedecía inconscientemente a un proceso que lo llevaba a tomar posesión de sí mismo.

Como en toda explosión, hizo falta una chispa. Aquella que permitió en su interior semejante transformación se manifestó la víspera, en un supermercado. Recorriendo los pasillos, tomó conciencia de que allí se ofrecía, bajo la apariencia de alimentos, todo aquello que concretamente no podía convenir a un organismo humano. Todo lo que, a más o menos largo plazo, deterioraría la salud de los hombres y mujeres que lo consumieran ocupaba aquellos mismos estantes, ya se tratara de azúcar y sal, añadidos a alimentos que naturalmente no los contenían en semejantes cantidades, de grasas, alcohol y carne animal. Solo faltaban, para completar el conjunto, un estanco y un traficante de drogas. En su mente, una conclusión se impuso: ¿de qué servía curar a las personas si su entorno, obedeciendo a tantos intereses, contribuía a enfermarlas?

Durante todo el día, vagó por las calles de Burdeos. Cuando levantaba la cabeza, el cielo, esta vez aquel que se extendía sobre todos, despertaba en él una especie de necesidad de trascendencia, suscitando

en su interior una evidencia: sería sacerdote o soldado. En una calle, a su derecha, se distinguía una pequeña iglesia; un poco más lejos, en el lado opuesto, un edificio oficial, del que destacaba la bandera francesa. Su elección, en aquel instante, quedó hecha o, más precisamente, aquella misma elección decidió por él: la bandera tricolor, en detrimento de la religión, inclinó la balanza a su favor.

«Teniente, teniente, mire a la izquierda, ¿qué está pasando allí?»

El cabo primero Amery, con su pregunta, sacó a Mathieu Amant de su letargo, sinónimo de un estado de semisueño. Se encontraban en la autopista, a unos 130 kilómetros de Burdeos. Una señal acababa de indicar una salida en dirección a Saint-Jean-d'Angély, aquella misma ciudad en la que se distinguían multitud de focos de fuego, dando la impresión de una especie de incendio que parecía extenderse por todo su territorio.

22

«Muy bien, mi coronel, gracias.»

Inmediatamente después de haber visto lo que estaba sucediendo en Saint-Jean-d'Angély, el teniente Mathieu Amant decidió ponerse en contacto con su superior, el coronel Imbert. Era exactamente la una de la madrugada. Este celebraba la Nochevieja con unos amigos por la zona de Pau y, como compartía ciertas afinidades con aquel oficial superior, Amant sabía que podía llamarlo a cualquier hora en caso de urgencia. Por otra parte, Imbert solía apagar su móvil únicamente cuando se encontraba muy cerca de sus hombres y procuraba, por el contrario, mantenerlo encendido las veinticuatro horas del día cuando estaba lejos de ellos.

El teniente Amant pronto fue apreciado por algunos, por su espíritu de iniciativa, y detestado, por aquella misma capacidad, según la sensibilidad de otros. Aunque sabía que debía obedecer las órdenes, nunca aceptaba cumplirlas ciegamente sin confrontarlas con la realidad del momento. Por otra parte, a ese respecto, Imbert le había precisado que un buen oficial también debía ser capaz de no ajustarse estrictamente a las órdenes recibidas. Era necesario un justo equilibrio entre quienes consideraban las directrices de sus superiores como palabras del Evangelio y aquellos otros que solo hacían lo que les daba

la gana. En las proximidades del enemigo, sin perder de vista su misión, era necesario, para cumplirla mejor, no dudar en enriquecerla con iniciativas personales, a veces contrarias a aquello que precisamente se les había impuesto. Eso fue lo que hizo Mathieu Amant aquel 1 de enero de 2027.

El año anterior, había tenido que pasar tres semanas en la base aérea de Saintes, un centro de formación donde se consideró que los testimonios de carácter práctico, transmitidos por militares que regresaban, en este caso, de sus misiones, contribuirían, entre los alumnos, bien a despertar vocaciones, bien a disuadir a algunos soñadores ingenuos, que solo veían en la profesión militar las ventajas que ofrecía, entre otras cosas, el prestigio del uniforme y, secundariamente, un sueldo garantizado.

Mathieu Amant había regresado de África cuatro meses antes. Por lo tanto, lo invitaron a compartir su experiencia. Cuando llegó a aquel continente, Francia estaba organizando, en aquel mismo período, su retirada. Contribuyó, a su modesto nivel, a que aquella retirada definitiva se desarrollara lo mejor posible.

En Saintes, durante aquel mismo período, el día de Nochevieja, aquellos mismos alumnos, cuando supie-

ron que pasaría aquella noche solo, lo invitaron a pasar de 2025 a 2026 en su compañía. Eligieron una discoteca, que algunos ya frecuentaban y apreciaban, situada en Saint-Jean-d'Angély.

Aquella velada transcurrió sin excesos. Él no bebía alcohol, ni consumía aquellas otras sustancias que te convertían, durante un tiempo, en alguien distinto de quien eras, justo antes de que, una vez desaparecidos aquellos mismos efectos, volvieras a encontrarte contigo mismo, siendo todavía menos de lo que eras inicialmente. Para Mathieu Amant, aquellas sustancias equivalían a la estrategia adoptada por un preso que había perdido un poco la razón y se imaginaba que escapaba de su cautiverio corriendo lo más rápido posible dentro de su celda. Entre aquellas dos estrategias, los muros de una no tenían nada que envidiar a los muros de la otra.

En la mañana de aquel 1 de enero, simplemente reparó en una chica que parecía encontrarse tan mal como desesperada, atendida por quien debía de ser una amiga y acurrucada entre sus brazos. A esta última, con una simple mirada, le había ofrecido su ayuda, ella, sin más palabras de las que él había pronunciado, le hizo comprender que tenía la situación

bajo control y le dio las gracias con una sonrisa. Mathieu Amant no fue insensible a su belleza, aunque se divirtió ante aquella manifestación furtiva de interés, que no se preocupaba en absoluto por su opinión para apoderarse de él. Los rasgos y las formas de aquella desconocida despertaron en él cierta atracción, sin que él la hubiera solicitado en lo más mínimo, lo que le desagradó. Algo en su interior parecía monopolizar su atención. Algunos no habrían dudado en hablar de un flechazo. Mathieu Amant les habría respondido entonces que la vida contaba con su cuerpo para perpetuarse, que, por lo tanto, era necesario hacer el amor. La belleza, a ese respecto, sabía mostrarse convincente: aquel otro deber procuraba, mediante aquellos medios, hacerse todavía más evidente. Era necesario efectuar un relevo en cada generación. Otros, y en este caso su padre y su madre, habían consentido aquella misma transición que le permitió venir al mundo. Tenía edad suficiente, a ese respecto, para pasar a la acción, lo que lo hacía, quisiera o no, mecánicamente sensible a aquella otra omnipresencia encarnada, esta vez, por la vida, así como por los deseos que sabía transmitir por su propia cuenta, para poder perpetuarse.

Personalmente, sabía que, teniendo en cuenta la vía que había elegido como vocación, no podía prometer nada. Sí, habría partidas; en cuanto a los regresos, permanecerían constantemente sujetos a incertidumbre. Ya había dos seres humanos que se preocupaban por su suerte cuando salía al terreno, sus padres. No le parecía justificado aumentar el número de aquellas personas.

El conductor, tal como Mathieu Amant le había pedido, prometió tomar la salida hacia Saintes y dirigirse a la base aérea. Mathieu Amant se dirigió entonces a aquellos que estaban bajo su mando, exigiendo silencio. Desde que habían visto Saint-Jean-d'Angély en llamas desde la autopista, los comentarios se sucedían sin cesar. Dentro del autobús, ya no se podía oír hablar a nadie. Evidentemente, todos se precipitaron sobre sus teléfonos móviles, temiendo un ataque de gran envergadura en todo el país. Aquellas semanas pasadas en Rumanía, con el objetivo de anticipar una posible agresión rusa, habían desarrollado en ellos cierta paranoia, pero, aparentemente, solo aquella ciudad parecía afectada.

Mathieu Amant elevó la voz. Unos segundos después, si una mosca hubiera conseguido sobrevivir a aquel mes de enero y se hubiera encontrado dentro de

aquel autobús, no cabía duda de que se la habría oído volar.

23

El teniente Mathieu Amant pidió al conductor del autobús que se detuviera a unos 100 metros de la base aérea. Esta se encontraba situada a las afueras de Saintes, junto a aquella carretera nacional que podía llevarte hasta Burdeos. Recorrerían a pie la distancia restante.

Aquella decisión se tomó porque, desde el lugar donde se detuvieron, ya se distinguían, a la entrada de la base, numerosas luces de emergencia encendidas, aunque se encontraban en plena noche, puesto que apenas era la una y veinte, a pesar de la oscuridad, también podían adivinarse algunas siluetas. Visiblemente, se había establecido un cordón de seguridad. Mathieu Amant estaba convencido de que no les permitirían estacionar allí, ni siquiera unos minutos, el tiempo necesario para bajar del autobús, tanto más cuanto que nadie los esperaba.

Entre Saint-Jean-d'Angély y Saintes, habían conseguido reunir algunos datos sobre lo que habían visto desde la autopista, utilizando los medios al alcance

de cualquier ciudadano. Encendieron el televisor instalado en la parte delantera del autobús. Fueron directamente a los canales informativos. Se produjo una pequeña discusión entre ellos, algunos afirmaban que BFM resultaba más serio que LCI, o al contrario. Mathieu Amant puso fin a las discrepancias sintonizando France Info.

No, no se trataba de un simple incendio. Se habían escuchado innumerables disparos, primero al sonar las doce campanadas de medianoche, aquellas que marcaban el comienzo de aquel año 2027. Después, tras una cierta calma, se escuchó un número muy importante de explosiones, unos treinta minutos más tarde, seguidas nuevamente de detonaciones. Desde entonces, el silencio había regresado. A ello se añadía el hecho de que, desde aquellas mismas explosiones, ya no se podía contactar con los habitantes de aquella ciudad, del mismo modo que ellos tampoco parecían poder comunicarse. Visiblemente, los repetidores que permitían el funcionamiento de los teléfonos móviles y de Internet habían resultado, como mínimo, dañados, si no directamente destruidos. Los únicos testimonios procedían de algunas personas situadas a varios kilómetros de Saint-Jean-d'Angély, que únicamente podían dar fe de lo

que escuchaban, gracias exclusivamente a sus facultades auditivas.

En el plató, los periodistas presentes, rodeados de algunos analistas, no podían ocultar su incomodidad. ¿Acaso no pertenecían a uno de los países más poderosos del mundo? Aquel país acababa de sufrir un acontecimiento insensato, cuya magnitud parecía, a primera vista, comparable a la del ataque alemán de 1940, y actualmente no podían decir nada realmente preciso al respecto. Aquella impotencia tenía como efecto, a juicio de quienes se encontraban frente a sus pantallas, sugerir que lo que estaba sucediendo allí, en Saintonge, debía de revestir una gravedad sin duda proporcional a la incapacidad de aquellos profesionales de la información para describírselo.

Por otra parte, en sus centralitas, las críticas no cesaban. Algunos llamaban para intentar obtener información, porque tenían familiares o amigos en Saint-Jean-d'Angély; otros, para satisfacer una curiosidad de lo más inoportuna. En todos los casos, se les reprochaba cierta incompetencia, de manera muy injustificada. No solo ninguna señal previa les había permitido prever una catástrofe de semejante magnitud, sino que su incapacidad para comentarla guardaba una proporción directa, no solamente con

el efecto sorpresa provocado por aquella misma catástrofe, sino también con sus consecuencias, que dejaban entrever dimensiones francamente surrealistas. A ello se añadía el hecho de que numerosos periodistas de aquellos canales informativos mantenían contactos constantes con algunos funcionarios del Estado, que trabajaban en servicios, algunos de ellos de lo más discretos. Si por aquella parte se hubiera temido semejante episodio, seguramente habrían tenido noticia de ello. Entonces, incluso sin saber mucho más, al menos aquel drama, puesto que de un drama se trataba, no los habría dejado, a su manera, petrificados, hasta el punto de parecer surgido de la nada.

«Teniente Amant, tenía previsto dirigirme a Burdeos, pero, dadas las circunstancias, he pensado que podríamos ser de cierta utilidad.»

El comandante de la base lo miró fijamente durante unos instantes, luego dirigió la mirada por encima del hombro de Mathieu Amant. Este y sus hombres habían conseguido abrirse paso. A la entrada de la base reinaba un auténtico caos. Mathieu Amant observó a miembros de la gendarmería, mezclados con bomberos y otros servicios de emergencia. De

aquella concentración de personas también se desprendía una impresión de pánico. Un monstruo había entrado en la habitación, todos sabían que estaba allí, pero ninguno podía localizarlo con precisión ni identificar sus características.

«¡No tienen su equipo!», se preocupó inmediatamente el comandante.

«No, regresamos de Rumanía, nuestro equipo está siendo repatriado en avión directamente a Pau.»

El comandante dejó escapar un largo suspiro. En aquel instante, le faltaba de todo, y sobre todo información. ¿Qué podía hacer con unos refuerzos desprovistos de los medios que habrían podido convertirlos realmente en tales? Era cierto que aquella pequeña tropa, más allá de sus boinas rojas, podía impresionar, pero se parecía sobre todo a un carro de combate al que le hubieran quitado las ruedas y el cañón.

«¡Síganme!»

Mathieu Amant hizo una señal a sus hombres para que avanzaran. Fugazmente, comprobó sus reacciones, no ante su orden, sino ante aquella especie de desorden que se podía observar a su alrededor. Sin que ellos se lo comunicaran, lo adivinó, pues los conocía bien, llevaba varios meses conviviendo con ellos

las veinticuatro horas del día. Aquellos hombres se habían imaginado vivir semejantes circunstancias en Rumanía y tuvieron que conformarse con una calma absoluta, sinónimo a veces de un aburrimiento profundo, hasta el punto de estar convencidos de que no servían para nada. Para finalmente, de regreso a Francia, allí donde, según una especie de acuerdo tácito establecido desde 1945, no debía suceder nada semejante, encontrarse enfrentados a un episodio de una violencia particular, de aquella que deberían haber afrontado, según otra lógica, precisamente en las fronteras de Europa occidental.

24

«¡Aquí esto es un caos, sí, sí! ¡Muy bien, mi coronel!»

El teniente Mathieu Amant, en compañía del cabo primero Amery, cuando escucharon aquella conclusión relativamente explícita, se encontraba en las inmediaciones de la armería de la base, en un largo pasillo, cuya puerta estaba ahora a unos diez metros de ellos.

Para satisfacer las sospechas, en definitiva justificadas, del comandante de aquella misma base, deseoso de obtener más información, Mathieu Amant tomó la iniciativa de llamar nuevamente al coronel

Imbert, explicarle brevemente su situación y después pasarle al responsable del lugar. Este, una vez concluida aquella conversación, después de expresar su respeto a quien seguía siendo su superior jerárquico, devolvió el móvil a Mathieu Amant, visiblemente convencido.

La conversación entre el comandante y el coronel Imbert constó de dos partes: una primera en la que el coronel Imbert proporcionó al comandante las garantías solicitadas, la segunda en la que se ofreció una descripción más o menos precisa de los acontecimientos, el empleo a ese respecto de la palabra «caos» dispensando al comandante de formular algunos detalles más concretos, que, por otra parte, todavía no poseía.

Unos minutos antes, durante el trayecto que los había conducido desde la entrada de aquella base hasta la armería, el comandante se detuvo bruscamente a mitad de camino, sacó su revólver, que hasta aquel instante llevaba en el cinturón, y, sin dejar entrever ni por un momento semejante iniciativa, apuntó con él hacia Mathieu Amant. A su alrededor se escucharon aquí y allá algunas llamadas a la calma. El comandante afirmó, con razón, que no podía fiarse únicamente de su palabra: podían ser quienes decían

ser, como también podían ser en realidad algunos de aquellos cabrones que habían sembrado la muerte y la destrucción a unos veinte kilómetros de allí. Sus boinas rojas no bastaban para inspirarle semejante confianza. Con las manos en alto, el teniente Mathieu Amant se esforzó primero por mostrarse tranquilizador: sí, comprendía su escepticismo; podía ponerse en contacto con su superior, quien le confirmaría que eran auténticos soldados franceses, paracaidistas de profesión. El comandante aceptó, tomó con la mano izquierda el teléfono móvil que Mathieu Amant le tendía, manteniendo su arma apuntada con la otra mano, pues Mathieu Amant ya había efectuado la operación necesaria para establecer aquella comunicación. El comandante comenzó la conversación, todavía con el revólver apuntando hacia Mathieu Amant, luego guardó el arma en su funda y continuó hablando mientras caminaba, invitando con un gesto a Mathieu Amant y a sus hombres a seguirlo. Interrumpió la conversación justo delante de la puerta de la armería.

«¿Cuántos son exactamente?», preguntó el comandante, mientras abría la puerta blindada de la armería y después pulsaba aquel interruptor situado a su derecha para iluminar el lugar.

«34, mi comandante», le respondió Mathieu Amant.

«Sabe, aquí nos hemos convertido en una base de instrucción. Su superior me ha confirmado que puedo confiar en ustedes, que asume la responsabilidad. Puedo proporcionarles viejos FAMAS; en cambio, en cuanto a municiones, tendrán que conformarse con 200 cartuchos por hombre. Debo conservar algunas reservas.»

«¿Almacenan las municiones en el mismo lugar que las armas?», se sorprendió el cabo primero Amery.

«¡Sean amables, ahórrenme un informe!», replicó el comandante, dándose cuenta de que aquella libertad que se había tomado, por creerse a salvo de todo, era una locura, si lo que estaba sucediendo en Saint-Jean-d'Angély hubiera ocurrido en Saintes, aquella misma armería, al caer en malas manos, habría ofrecido a los agresores algunas oportunidades de lo más nefastas.

De aquel manojo de llaves, junto a la que permitía abrir la puerta de la armería, el comandante tomó aquellas con las que podían abrirse los candados, liberando así los cables de acero que pasaban por cada FAMAS a la altura del guardamonte. Finalmente liberados de aquellos dispositivos, los fusiles de asalto fueron entregados por el comandante, uno

tras otro, primero al teniente Mathieu Amant. Desde él, pasaron, por mediación del cabo primero Amery, al resto de la tropa, que se encargó de hacerlos circular procurando que todos quedaran equipados.

«Ni siquiera soy consciente de lo que estoy haciendo», no pudo evitar confesar el comandante antes de continuar: «Ayer todavía, para cambiar uno de los frigoríficos de nuestro comedor, tenía que resignarme a rellenar mil documentos. Aquí estoy, distribuyendo armas de guerra a unos completos desconocidos.» Ante aquella posibilidad, se detuvo en seco. «Después de todo, la persona con la que me han puesto en contacto podría ser tan coronel como mi abuela presidenta de los Estados Unidos.»

«Usted ya estaría muerto, mi comandante, si fuéramos de aquellos. Una vez abierta la armería, suponiendo que lo necesitáramos a usted para abrirla, no nos habríamos conformado con 34 FAMAS, ni con 200 cartuchos por hombre. Si fuéramos de aquellos, créame, nos habríamos llevado todo y usted ya no estaría en este mundo para darse cuenta.»

Le respondió el cabo primero Amery. El teniente Mathieu Amant, mediante una simple expresión, hizo comprender al comandante que compartía total-

mente aquella opinión. El comandante suspiró, sacudió la cabeza. Después de todo, quizá lo que estaba viviendo no fuera más que una pesadilla, de aquellas particularmente difíciles de disipar, hasta el punto de desafiar lo que le mostraban sus ojos, a pesar de estar completamente abiertos.

25

Después de haber sido equipados con armas y más o menos con municiones, pidieron al comandante no una descripción de la situación, pues este no sabía de ella más que lo que BFM, entre otros canales, contaba, sino información sobre los alrededores de Saint-Jean-d'Angély. Dadas las circunstancias y todo lo que ignoraban de ellas, este les aconsejó comenzar su avance sobre el terreno desde Saint-Hilaire-de-Villefranche, aquella localidad situada a poco más de 10 kilómetros de Saint-Jean-d'Angély. Aquella distancia, más aún teniendo en cuenta que avanzarían a pie, les permitiría anticipar mejor lo que pudiera presentarse.

Mathieu Amant quiso saber si conocía a alguien que pudiera guiarlos, además de noche, desde aquel

punto de partida hasta Saint-Jean-d'Angély. El comandante reflexionó un instante. Unas semanas antes, había conocido a un tal André Pardieu, uno de los concejales adjuntos de aquel municipio hacia el que iba a recomendarles dirigirse. Aquel comandante tenía una pasión que procuraba disimular, para no desmerecer su condición de guerrero: adoraba la petanca y nunca se perdía una competición. André Pardieu también era uno de aquellos aficionados. Así que se enfrentaron durante un torneo organizado precisamente en Saint-Hilaire-de-Villefranche. El comandante recibió una buena paliza, lo que no les impidió, después, mientras tomaban una copa, conocerse mejor. El vencedor, para disminuir psicológicamente las frustraciones generadas por el resultado, tuvo la gentileza de invitar al derrotado. Aquel hombre le pareció respetable y quizá pudiera ser de aquellos que, a juzgar por lo que había percibido de él, poseían aquel sentido del deber que llevaba a ofrecerse voluntariamente.

Mediante su iPhone, buscó sus datos de contacto, profesionales en este caso. Sabía que el hombre era albañil de profesión. Después de encontrar su número de móvil, intentó inmediatamente ponerse en contacto con él. Eran las 1:52. Por costumbre, todo

el mundo se acostaba tarde durante aquella noche de Nochevieja, y algunos ni siquiera se acostaban, pero a lo largo de aquella noche en particular, teniendo en cuenta lo que estaba sucediendo, tanto más si geográficamente uno se encontraba tan cerca del acontecimiento, cabía preguntarse quién podía, en aquellas condiciones, conseguir dormirse. Así que, sin sorpresa alguna, el hombre respondió.

El comandante le explicó lo que se disponía a emprender, nuevamente sin conseguir creer aquello a lo que estaba accediendo. Después de haber distribuido armas de guerra a diestro y siniestro, ahora solicitaba a un civil que acompañara a unos militares. Algunos habrían dicho que habían perdido la cabeza, aunque todavía hacía falta que aquella cabeza permaneciera sobre sus hombros.

André Pardieu respondió que no se sentía capacitado ni tenía la edad adecuada para asumir semejante empresa. En cambio, dos de sus sobrinos, que todavía no habían cumplido los treinta años, cazadores de profesión, conocían el campo de los alrededores como la palma de su mano y eventualmente podrían desempeñar aquel papel. Él, a primera vista, los consideraba capaces.

Al parecer, los dos jóvenes se encontraban a su lado, probablemente porque habían participado en una celebración familiar de Nochevieja. El comandante escuchó a André Pardieu explicarles la naturaleza de aquella petición que acababan de hacerle. ¿Podrían tomar aquel relevo, consistente en actuar como exploradores en su lugar, advirtiéndoles al mismo tiempo de que, si aceptaban, no debían esperar que fuera un paseo agradable? Hubo una conversación, que duró dos o tres minutos. Finalmente, André Pardieu volvió a hablar con el comandante: sus sobrinos aceptaban, con la condición de que se les permitiera armarse con sus escopetas de caza. El comandante, que había activado el altavoz, miró tanto a Mathieu Amant como al cabo primero Amery. Los tres tuvieron la misma reacción: ¿a qué estaban resignándose? Sin intención de hacer un juego de palabras, su formación militar perdía un poco más las alas a cada instante. Mathieu Amant dio su consentimiento. De todas formas, ¿disponían de otras opciones?

Mathieu Amant contactó inmediatamente con el conductor del autobús que los había llevado desde el aeropuerto de Le Bourget hasta Saintes, esperando

que no se encontrara demasiado lejos, pues tenía intención de pedirle que los transportara hasta Saint-Hilaire-de-Villefranche. En realidad, este, después de dejarlos, había decidido realizar aquella pausa a la que estaba obligado justo delante de la mencionada base militar, allí donde Mathieu Amant y sus hombres todavía se encontraban. Dos posibilidades lo habían convencido: la primera era que allí había un aparcamiento cuyas dimensiones podían corresponder a las que necesitaba un autobús para estacionar y, además, a pocos metros, se veían numerosos gendarmes y soldados, lo que le hacía pensar que podía, en proporción a lo que observaba allí, contar con una verdadera seguridad.

Convencer a aquel mismo hombre de que los llevara lo más cerca posible de Saint-Jean-d'Angély no fue tarea fácil, incluso se convirtió rápidamente en una misión imposible. Por otra parte, sospechando un poco que aquel individuo no era precisamente un aventurero, Mathieu Amant no se arriesgó a pedírselo por teléfono, temiendo, y con razón, que este, para evitar dejarse convencer, pusiera pies en polvorosa. Así que fue a reunirse con él en aquel aparcamiento donde estaba estacionado, acompañado del cabo primero Amery. Se sintió aliviado al comprobar

que aquel hombre, al menos por su proximidad, dejaba entrever cierta disponibilidad, Mathieu Amant descubriría rápidamente que el conductor no estaba dispuesto a mostrarse más accesible.

Algunos de los hombres bajo su mando sabían conducir aquel tipo de vehículo, necesitaban más el autobús que al hombre que hasta entonces lo había conducido, y eso fue precisamente lo que ocurrió. Exasperado, mientras los minutos transcurrían, eran las 2:11, Mathieu Amant comunicó a aquel conductor recalcitrante que su autobús quedaba requisado y que podía refugiarse en la base, cuyo comandante dejó escapar un suspiro más, preguntándose qué demonios iba a hacer con aquel personaje, solo le faltaba tener a un civil en un cuartel en estado de alerta para volver todavía más incoherente su situación.

A las 2:23, tomaban la dirección de Saint-Hilaire-de-Villefranche. Quien estaba al volante procuró quitarse la boina roja y desprenderse de su chaqueta de camuflaje. Tenía que parecer un civil cualquiera. El resto de la tropa adoptó, dentro del autobús, una posición que impedía que pudieran ser vistos desde el exterior. Aquella estrategia les pareció a todos un poco absurda, pero ¿qué no lo era a aquellas horas? Si se encontraban con algunos malhechores durante

el trayecto, cabía esperar que estos se preguntaran por la legitimidad de un autobús, en plena noche, que aparentemente solo transportaba a quien se encontraba al volante y se dirigía hacia un lugar al que cualquier persona sensata se negaría por el momento a ir. No había gato encerrado: el gato en cuestión era tan grande que ya no se veía dónde estaba encerrado.

Mientras los hombres se instalaban en aquel autobús, unos minutos antes, el cabo primero Amery había señalado a Mathieu Amant que corrían el riesgo de encontrarse bajo el fuego enemigo, sin casco ni chaleco antibalas, disponiendo, como botiquines de primeros auxilios para hacer frente a posibles necesidades de atención inmediata, únicamente de unos cuantos apósitos y un desinfectante corriente. Al menos consiguieron hacerse cada uno con una mochila, modelo 1954, en la que introdujeron una botella de agua y algunos plátanos recuperados de las existencias del comedor.

Mathieu Amant no respondió nada. Pensó, curiosamente, en Verdún, en aquellos hombres del 14, en aquellas condiciones que no te dejan elección y en las que los soldados deben, para sobrevivir y vencer, transformarse en guerreros.

26

«¡¡Qué desastre!!»

Uno de los hombres de Mathieu Amant no pudo contener su estupor. Eran las 2:47 de la madrugada de aquel 1 de enero de 2027. Por fin acababan de llegar a Saint-Hilaire-de-Villefranche, sin haber sufrido ningún contratiempo durante el trayecto, sorprendidos incluso de que aquella carretera estuviera desierta en ambos sentidos. Entonces, el cabo primero Amery localizó, delante del cementerio de aquel mismo municipio, un lugar donde podían estacionar y se lo indicó con un gesto a quien estaba al volante. Finalmente aparcaron.

A su alrededor había decenas de hombres y mujeres, unos ayudando a otros, empezando por protegerlos del frío y ofreciéndoles, como primeros auxilios, algunas bebidas calientes. El contraste entre las víctimas y quienes estaban dispuestos a ayudarlas era impresionante: unos iban casi vestidos de fiesta, los otros estaban en harapos. El aspecto miserable que ya presentaban aquellos últimos heló la sangre del cabo primero Amery. Apenas tres horas habían bastado para que la apariencia de aquellas mismas per-

sonas se transformara por completo. ¿Cuántas veces, junto a Mathieu Amant, no se había dicho que aquel confort de vida del que disfrutaban algunos países, entre ellos Francia, mantenía, paradójicamente, una proximidad con una miseria a la vez potencial y proporcional? Bastaba con que las estructuras que permitían aquel estado, positivo en este caso, se desintegraran para que su contrario se impusiera, valiéndose de una equivalencia verdaderamente mortífera.

Cuando bajaron del autobús, todos los miraron. Algunos se acercaron para abrazarlos y rompieron a llorar. Mathieu Amant, con una simple mirada, hizo comprender a quienes estaban bajo sus órdenes que no tenían como misión prestar auxilio, y con razón, puesto que, ante todo, no disponían de los medios necesarios. Teniendo en cuenta principalmente su incapacidad a ese respecto, procuró sobre todo que aquella incapacidad no fuera percibida como tal por quienes reclamaban, con toda la razón, que se ocuparan de ellos. Se percibía cierta tensión a su alrededor; no era necesario que su impotencia al respecto resultara demasiado evidente.

En fila india, descendieron por la calle principal. A cada metro eran interpelados, a veces increpados.

¿Dónde estaban los servicios de emergencia? ¿Cómo podía resultar posible semejante acontecimiento en una sociedad avanzada como la francesa? Mathieu Amant no respondió nada, pues ignoraba a qué iba a enfrentarse y procuraba no prometer nada. Lo mejor era guardar silencio.

Fue a la altura de la iglesia de Saint-Hilaire-de-Villefranche donde encontraron a los dos sobrinos de André Pardieu, quienes los reconocieron tal como estaba previsto.

Inmediatamente, mientras les estrechaban la mano, se limitaron, a modo de presentación, a decir sus nombres: uno se llamaba Julien, el otro Jérôme. Desde el primer momento, causaron una buena impresión a Mathieu Amant. De ellos emanaba aquella clase de cordialidad propia no de quienes nunca tiemblan, sino de quienes no tienen miedo de sentir miedo. Estrecharon la mano a todos los integrantes del grupo, sin descuidar a ninguno.

Los dos jóvenes iban vestidos de cazadores, equipados también con sus armas y una mochila. Terminados los saludos, abordaron inmediatamente aquello para lo que habían sido solicitados.

«Vamos a hacerles seguir el recorrido que mejor conocemos. En distancia, representa aproximadamente

13 kilómetros. Si todo va bien, podríamos llegar a Saint-Jean-d'Angély al amanecer», advirtió el que se llamaba Jérôme, antes de continuar: «Está llegando gente de allí, algunos a pie, otros en bicicleta. Han evitado los vehículos motorizados para no ser descubiertos. No sé si han tenido tiempo de hablar con ellos», preguntó.

Mathieu Amant, con un simple movimiento de cabeza, le indicó que no. Entonces Jérôme Pardieu prosiguió: «Por lo que parece, allí es el Apocalipsis. A causa de las explosiones, el fuego ha prendido en un montón de casas, después ha pasado de una casa a otra. Dicen que hay muertos por todas partes, heridos graves abandonados. Dicen que se escuchan gritos por todos los rincones, ¡el infierno, vamos!»

Mathieu Amant miró al cabo primero Amery para comprobar que no había sido el único en escuchar aquella descripción. Esta había llegado a oídos de algunos de sus hombres. No había que permitir que cierta parálisis se instalara entre sus filas; lo mejor era ponerse en marcha cuanto antes. Mathieu Amant, con un gesto, indicó a los dos hermanos que había llegado el momento de avanzar.

Las recomendaciones se sucedieron rápidamente. Avanzarían en fila india, por grupos de seis. Cada

grupo estaría separado del que lo precedía por unos diez metros, de manera que, en caso de emboscada, solo resultaran alcanzados quienes estuvieran situados más adelante. Evidentemente, se exigía silencio absoluto. Mathieu Amant dio la orden de cargar las armas e inmediatamente se escuchó aquel chasquido característico, cuando un cartucho entra en la recámara de un arma automática. Una vez realizada aquella operación, todos, durante unos instantes, se vigilaron mutuamente, con sus fusiles listos para ser utilizados, los dedos índices no debían permanecer sobre el gatillo, especialmente durante una marcha nocturna, en la que era posible tropezar y provocar, debido a aquella pérdida de equilibrio, un disparo capaz de causar graves daños.

El cabo primero Amery se situó a la cabeza de la columna, acompañado de Jérôme Pardieu, mientras Mathieu Amant mantendría a su lado al hermano de este, ambos situados en el centro de la columna. En caso de emboscada, si quienes marchaban delante eran eliminados, se mantendría así un mando, al igual que alguien capaz de seguir indicando el camino que debían recorrer para llegar a Saint-Jean-d'Angély.

Durante aproximadamente un kilómetro, caminaron por una carretera departamental, luego giraron a la

derecha, tomando para ello un sendero de tierra compactada.

Mathieu Amant echó furtivamente una mirada hacia atrás. Aquellos de quienes era responsable lo seguían. Las luces de Saint-Hilaire-de-Villefranche ya comenzaban a desvanecerse. Más lejos, en dirección a Saintes, por fin, aparecían las primeras luces de emergencia. Una reacción comenzaba a ponerse en marcha. Él y sus hombres se encontraban justo en su vanguardia. Lo peor, en aquella situación, no era que se considerara en guerra, sino que no tenía la menor idea de quiénes eran aquellos enemigos que precisamente lo llevaban a declararla.

27

«¡No grites!»

Cuando Élise recuperó el conocimiento, se sintió como aplastada bajo un peso que le impedía levantarse. Por mucho que luchara, aquel peso la mantenía irremediablemente boca abajo contra el suelo. Finalmente, fue cuando alguien la liberó de aquello que la inmovilizaba de semejante manera cuando reconoció la voz de su madre. Liberada, se dio la vuelta y se sentó, apoyándose sobre las manos, colocadas detrás

de ella, recuperando el aliento. Élise se dio cuenta de que aquello que le impedía moverse no era otra cosa que el cuerpo de Olivier.

«Está muerto», le susurró Florence, manteniendo una mano sobre la boca de su hija, para que su emoción, aquella que inevitablemente debía experimentar, permaneciera discreta. Luego, con la otra mano, colocando el dedo índice de aquella manera tan particular con la que se reclama silencio, ordenó a Élise que se callara. Esta, al cruzar la mirada de su madre, se sorprendió por la expresión que desprendía: se apreciaba en ella una autoridad que hasta entonces no le conocía.

Con la mente de Élise finalmente operativa, percibió disparos. Las detonaciones fueron haciéndose gradualmente más evidentes. Sin embargo, aunque sus estruendos resultaban considerables, su oído no le permitió inmediatamente percibirlos como tales, aquella inconsciencia que la había dominado unos instantes antes, privándola de sus facultades básicas, todavía la poseía.

«¡Levántate, tenemos que escondernos!» Esta vez, su madre, tomándola de ambas manos, la ayudó a ponerse de pie, luego inmediatamente la condujo hasta

aquel lugar del sótano de la casa de Olivier que presentaba dos ventajas. La primera era que se encontraba en el lado opuesto al de su propia casa, que, desde la explosión, estaba en llamas. Si el incendio llegaba a propagarse, lo cual era de temer, al menos se verían menos afectadas por él de manera inmediata. La segunda era que allí se encontraba uno de aquellos rincones donde Olivier, como tantas otras personas, acumulaba objetos de toda clase, de aquellos que uno conserva porque no tiene corazón para llevarlos al punto limpio, aun sabiendo perfectamente que nunca volverá a utilizarlos.

A su alrededor, los disparos se hicieron más numerosos y más cercanos, acompañados de gritos. Florence ordenó a Élise que la ayudara. Aquella proximidad creciente las obligaba a no perder tiempo, comenzaron por desplazar algunas cajas de cartón, luego inmediatamente ocuparon el lugar donde estas estaban almacenadas y procuraron, para no ser vistas, volver a colocarlas delante de ellas, aprovechando la oscuridad del lugar. Era imposible, escondidas de aquella manera, descubrirlas si alguien, al atravesar la puerta del sótano, incluso provisto de una linterna, realizaba una especie de inspección superficial. Más aún, el cuerpo de Olivier, abandonado

allí, junto a aquella misma entrada, quizá terminaría de convencer, llegado el caso, a quienes buscaran supervivientes de que ya no quedaba allí un alma con vida.

Élise y Florence permanecieron allí durante un buen rato, acurrucadas la una contra la otra. Habían dejado, detrás de sus cajas, una rendija de las menores dimensiones posibles, que les permitía observar visualmente aquello que eventualmente pudiera aparecer por la puerta del sótano.

Durante aquella media hora, Florence procuró no dejarse absorber por su dolor. Tenía que seguir respirando, incluso hasta la exasperación. Olivier, que había salido a buscar a Élise, no regresaba. Incapaz de soportarlo por más tiempo, había tomado la decisión, a pesar de las recomendaciones contrarias de Hervé, de salir a su encuentro. Hervé no había insistido más en retenerla, convenciéndose de que no corría demasiado peligro. Fue solamente a mitad del trayecto cuando un artefacto impactó contra su casa, un artefacto que ella no identificó como un dron, demasiado absorbida por aquella necesidad que sentía de encontrar a su hija. No prestó atención a los zumbidos característicos del vuelo de aquellos aparatos.

La onda expansiva de la explosión la arrojó al suelo. El césped sobre el que cayó consiguió amortiguar el impacto. Además, como se encontraba en una zona ligeramente más baja, la valla que separaba ambas propiedades, que acababa de atravesar, permitió que los materiales de toda clase proyectados por la explosión pasaran por encima de ella. Aquellos mismos materiales impactaron de lleno contra la casa de Olivier, hasta causarle la muerte, cuando uno de ellos lo alcanzó en la nuca.

Arrastrándose, llegó a la casa de Olivier. Comenzaron a escucharse disparos, por todas partes, en número incalculable. Fue al cruzar la entrada cuando descubrió a Olivier, con Élise debajo de él, intentando inútilmente liberarse.

Manteniendo a Élise contra ella, ya no pensaba más que en sobrevivir, sobrevivir por todos los medios, hasta el punto de no acudir en ayuda de quienes pedían auxilio. Aquel mismo escenario vivido poco antes se repetía con todavía mayor evidencia y cinismo por parte de sus verdugos, pero cambiando esta vez de estrategia: aquella serie de explosiones había sido concebida por aquellos mismos individuos para obligar a la gente a salir de sus casas. Florence intuyó

que muchos escaparían de sus viviendas, ahora en llamas, para no terminar quemados vivos. Una vez fuera de ellas, se convertirían en otros tantos blancos.

Entonces, aunque hasta aquel instante se había resistido a ello, prohibiéndose aquella preocupación, pensó en Hervé. Cuando su casa fue alcanzada, él se encontraba dentro. Incluso llegó a desear, torturada por aquella esperanza, que no hubiera sobrevivido, por temor al estado en el que pudiera encontrarse. Más aún, aquella Florence en la que se estaba convirtiendo a una velocidad vertiginosa devoraba a aquella que siempre había creído ser.

28

Cuando Florence consultó su móvil, este le indicó la hora, la una y cuarenta y cinco de la madrugada.

Desde hacía exactamente veinte minutos, ya no se escuchaba en el exterior ni un solo disparo. Sin saber qué la llevaba a estar tan convencida, estaba segura de que sus agresores, no solo habían llegado al final de sus atrocidades, sino que además ya no se encontraban entre ellos. Para llegar a aquella deducción, no hacía falta, a su juicio, ser adivino ni un analista especialmente perspicaz. Le bastaba con recordar

sus actuaciones, sin duda aquellos individuos habían alcanzado un nivel de destrucción probablemente satisfactorio para sus gustos. Aquel nivel era fácil de evaluar, bastaba simplemente, para hacerse una idea, con ver y escuchar. ¿Qué quedaba todavía por destruir en Saint-Jean-d'Angély? Primero, aquellos disparos, apenas pasada la medianoche, después aquellas explosiones tan numerosas que daban la impresión de tratarse de una misma explosión que no terminaba nunca de propagarse. Luego, disparos de nuevo, aparentemente prolongados hasta consumir la última munición, a imagen de unos fuegos artificiales, esta vez de naturaleza criminal, que quemaban sus últimos cohetes simultáneamente y de manera acumulativa, para no dejar a sus protagonistas con una sensación de algo inacabado.

Salió sola del lugar donde se escondían. No pidió a Élise, por el momento, que la siguiera; esta ni siquiera reaccionó cuando emprendió la tarea de salir de su escondite. También en aquel caso, llegar a considerar que Élise se encontraba en estado de choque no exigía ser un psicólogo de primera categoría. La víspera todavía, con sus dieciocho años, su hija estudiaba recurriendo a ChatGPT, sola en su habitación, tocaba la guitarra, o más bien intentaba tocarla como

buenamente podía y se preparaba para recorrer 100 kilómetros en bicicleta mediante la aplicación Zwift, deseosa de pasar, sobre su bicicleta y recorriendo aquella distancia, de 2026 a 2027. Élise se desenvolvía en un mundo a su gusto, que le sugería que aquel mundo era el mundo, visiblemente, una parte de este, y no precisamente menor, no compartía sus planteamientos. Élise no se limitaba a caer desde muy alto, sino que, mediante aquella ausencia que dejaba entrever en su interior, aceleraba la velocidad de aquella misma caída, destinada a hacerla estrellarse, si no reaccionaba lo antes posible, a hacerla estrellarse de otra manera y de forma paradójica, haciéndola caer sin fin, dentro de sí misma, hasta desaparecer.

Florence, al avanzar, se dio cuenta de que, en el lado donde se encontraba su casa, el incendio que la estaba destruyendo había alcanzado una especie de intensidad máxima. Sin sorpresa alguna, detectó por encima de ella una actividad sonora característica: los materiales proyectados desde su casa habían alcanzado el tejado de la de Olivier, ofreciendo al fuego, a fuerza de acumularse, la posibilidad de propagarse. Aunque fuera caía una lluvia ligera, que se

parecía más a la actividad de una especie de pulverizador gigante, la fuerza de los focos de incendio era tan considerable que aquella lluvia no podía contribuir a contener su avance.

Tomó una decisión. Más allá del incendio que no tardaría en declararse por completo en perjuicio de la casa de Olivier, un humo, probablemente tóxico en distintos grados, ocultaba el exterior y comenzaba a penetrar en aquel sótano donde todavía se encontraban. Tenía que actuar. Florence regresó junto a Élise.

«¡Levántate, nos vamos!» Como Florence no obtuvo ninguna reacción de su hija, le propinó un par de bofetadas, relativamente violentas. Élise las recibió como quien se ve repentinamente alcanzado por una descarga eléctrica. Miró fijamente a su madre; cierta estupefacción se distinguía en su rostro.

«¡Levántate, nos vamos!», le repitió.

Élise aceptó, sin ayuda, ponerse de pie, apartó las cajas que la ocultaban unos instantes antes para abrirse paso. Tosió ligeramente: el humo ocupaba cada vez más el espacio que las rodeaba. Florence, que se había anticipado, le pasó una de aquellas chaquetas que Olivier se ponía en invierno, abrigada y más o menos impermeable, cuando realizaba en su

jardín los trabajos correspondientes a aquella estación. Élise, que en casa de Olivier se sentía tan en su propia casa como podía sentirse en la de sus padres, recuperó aquel par de botas que utilizaba a veces cuando ayudaba al dueño del lugar con sus cultivos y los chaparrones, al empapar los suelos, obligaban a equiparse adecuadamente para poder caminar sobre ellos. Sin más comentarios, tendió a Florence las botas de Olivier, demasiado grandes para ella. Con ayuda de periódicos y otros folletos publicitarios, que introdujo dentro de aquellas botas, aquel apaño redujo más o menos su tamaño al de los pies de Florence. Esta recuperó una bolsa de basura de gran capacidad, que agujereó por el fondo y por los lados para pasar la cabeza y los brazos, con el fin de protegerse, al menos de manera rudimentaria, de la lluvia.

Antes de aventurarse al exterior, con ayuda de una lona almacenada allí, cubrieron el cuerpo de Olivier. Se miraron brevemente. Más adelante concederían a sus respectivas penas aquel derecho tan legítimo a entristecerlas, en proporción a los sentimientos que experimentaban por Olivier, mientras ambas se encontraban atenazadas por un dolor inmenso.

Finalmente, salieron del sótano, sin intercambiar más palabras. Esta vez fue Élise quien tomó la iniciativa, eligiendo una dirección en la que había pensado cuando se cortó la electricidad y comenzaron a escucharse las primeras ráfagas de armas automáticas. Primero alcanzar el fondo del jardín, atravesar la valla, cruzar aquellos pastizales contiguos y finalmente acceder a las marismas. Una vez fuera, estuvieron seguras de que el humo, al menos, les serviría de pantalla, si no perdían tiempo. Evidentemente, si al respirarlo comenzaban a toser sin parar, la ventaja obtenida por un lado se perdería por el otro.

Al llegar a aquella valla, primer límite que debían superar, se volvieron. Ambas lloraban, y el humo no era el único responsable de sus lágrimas. Su casa ardía, pero más aún, sin que pudiera establecerse comparación alguna, el cuerpo del padre de una y del marido de la otra se consumía. Atravesaron aquel primer obstáculo entre sollozos. Siguiendo la valla, ahora desde el lado opuesto, llegaron a aquella pequeña pasarela que daba acceso al pastizal. Una vez que se adentraron en él, nuevamente, se detuvieron a contemplar el panorama de Saint-Jean-d'Angély. La ciudad ya no era más que llamas. Entonces, al reanudar su carrera, Élise se vio invadida por una pena infinita,

una incomprensión infinita, una cólera infinita y finalmente un odio infinito.

29

En las marismas, Florence y Élise no estaban solas: algunos desconocidos también intentaban huir de la ciudad. En la medida de lo posible, evitaron cualquier proximidad con personas desconocidas, pues no sabían con quién estaban tratando. Por todas partes, de manera imprudente a su juicio, se distinguían teléfonos móviles utilizados como linternas. Ellas decidieron emplear aquellos mismos recursos para iluminarse de manera muy puntual, cuando Élise, que conocía perfectamente el lugar, ya no conseguía orientarlas valiéndose de la oscuridad.

Lo más difícil fue llegar al Boutonne. Se trataba de aquel río que atravesaba la ciudad de Saint-Jean-d'Angély. Aunque, en aquel mes de enero, bajo el efecto de las sucesivas lluvias, había llegado a desbordarse, a lo largo de su recorrido se mantenía cierto sendero, que podía presentar verdaderas dificultades para atravesarlo en algunos lugares, en medio de aquella noche sin luna, pero seguía siendo un itinerario que ofrecía un rumbo digno de tal nombre: al menos, remontándolo, uno sabía hacia dónde se dirigía.

Mientras que al adentrarse en las marismas, no solo las posibilidades de perderse, incrementadas por una falta de visibilidad casi absoluta, eran considerables, sino que uno también podía quedar atrapado en el barro hasta tal punto que se vería condenado a pasar aquella noche inmovilizado, absorbido por un lodo helado, esperando que, al llegar el día, alguien lo descubriera, siempre que fuera descubierto y que aquella persona estuviera dispuesta a ayudarlo. Porque, en cuanto a la asistencia, era previsible que, dadas las circunstancias, aquella mañana del primero de enero, cuando el sol proporcionara a Saint-Jean-d'Angély la luz necesaria, los servicios de emergencia no carecerían precisamente de trabajo.

En distintos momentos, cuando vieron acercarse a algunas personas, procuraron esconderse. Evidentemente, aquella ribera también había sido elegida por otros, precisamente por aquellas mismas ventajas, y tuvieron que resignarse a realizar semejantes retiradas un tanto precipitadas en varias ocasiones.

Fue cuando se aproximaban a Julien-de-l'Escap, que ya desde lejos, a juzgar por los incendios que se elevaban de aquella localidad, situada a apenas dos kilómetros de Saint-Jean-d'Angély, parecía haber sufrido una suerte semejante a la de esta, cuando

escucharon llamadas de auxilio. Élise encendió su móvil apenas unos segundos, para comprobar con quién y con qué tendrían que enfrentarse. Vieron a un hombre en el río, agarrado a una raíz para no ser arrastrado por la corriente y que parecía al límite de sus fuerzas, paralizado por un agua a menos de diez grados.

Primero se miraron: ¿debían correr el riesgo de socorrerlo? Luego, como si hubieran llegado a un acuerdo, sin intercambiar el menor comentario al respecto, compartieron una misma opinión: ¿en qué se habían convertido? ¿Habían bastado dos horas para que aquellos fundamentos que hacían de ellas, al menos en principio, seres civilizados se hubieran disuelto irremediablemente?

Florence observó inmediatamente sus alrededores. El Boutonne se encontraba aquellos días en fase de descenso de sus aguas; a mediados de diciembre, después de haber alcanzado un nivel más elevado, había arrastrado hasta sus orillas numerosas ramas. Florence, entre ellas, localizó un trozo de madera lo suficientemente grande y largo como para poder tirar de él y devolver a tierra firme a quien, por el momento, se encontraba en una situación desesperada. Así que le tendieron uno de los extremos de

aquel mismo trozo de madera, mientras que ambas, con todas sus fuerzas, utilizando el extremo opuesto, aportaron a aquella maniobra la energía necesaria para que tuviera éxito. Al cabo de aproximadamente un minuto, consiguieron finalmente llevar al desconocido hasta la orilla.

Este, a cuatro patas directamente sobre el suelo, comenzó por no decir nada, luego se levantó lentamente, temblando por todas partes. Su cuerpo debía recuperar metódicamente una temperatura más acorde con las exigencias de un organismo humano. Permaneció unos segundos con las manos apoyadas sobre las rodillas, como suelen hacer las personas que se encuentran sin aliento, luego, de repente, sin la menor señal de advertencia, dio un paso adelante, como si quisiera agarrar a Élise. Pero, todavía víctima de las condiciones que acababa de sufrir, la rapidez que creyó desplegar para sorprenderla fue únicamente aquella ordenada por su cerebro, sin que su cuerpo pudiera seguirla, privado de sus capacidades habituales por no haberse recuperado, ni mucho menos, de su estancia en el Boutonne.

«¡Dame tu chaqueta, zorra, que me estoy muriendo de frío!», le ordenó de repente a Élise. Esta, obedeciendo ni más ni menos a un reflejo de supervivencia

consistente, en aquel caso, en retroceder, reaccionó sin premeditación con un sobresalto equivalente al efecto sorpresa que le estaban imponiendo. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. En un movimiento casi simultáneo, apenas su espalda había tocado el suelo, lanzó su pie izquierdo hacia un lugar específico donde la anatomía masculina deja entrever cierta sensibilidad. El hombre lanzó un quejido.

Florence, sorprendida y preocupada al mismo tiempo, unos instantes antes, por el hecho de que aquel individuo no les hubiera mostrado ninguna gratitud, todavía sostenía el trozo de madera en la mano. Utilizó precisamente aquel mismo objeto con el que lo habían salvado de las aguas para propinar al hombre que pretendía agredir a su hija un primer golpe en la zona lumbar, luego continuó golpeándolo con un ensañamiento que ya no tenía nada de disuasorio.

«¡Mamá, para, para!», le ordenó Élise, apenas había conseguido ponerse nuevamente de pie, colocando sus brazos sobre los de su madre, una vez que llegó a su altura, para que dejara de golpear a aquel hombre, ahora tendido en el suelo y que ya no se movía. Cuando Élise encendió su móvil para comprobar su estado de salud, la sangre corría por la nuca del hombre.

«Lo has matado», advirtió Élise.

«¡Y qué!», le respondió Florence con un tono de lo más agresivo, utilizando ya aquel mismo trozo de madera como palanca para empujar el cuerpo del hombre hacia el río. Llevó el procedimiento hasta el final y lo prolongó hasta que el cuerpo de aquel a quien había socorrido un minuto antes descendió lentamente por la orilla, sin hacer ruido, y desapareció, arrastrado por las aguas negras.

«Todo el mundo mata a todo el mundo esta noche», añadió Florence.

Élise le quitó el palo de las manos y lo arrojó a un lado del camino, luego tomó a su madre de un brazo, a la altura del codo.

«Ven, mamá, no debemos quedarnos aquí», le precisó.

«Todo el mundo mata a todo el mundo», repitió Florence en varias ocasiones.

Élise comprendió que aquella conmoción que la había paralizado unos veinte minutos antes acababa de pasar de ella a su madre. Sin comprender realmente por qué, Élise pensó en aquella mañana que inevitablemente tenía que llegar, preguntándose si aquella noche, que las poseía a aquellas horas, tanto en su interior como fuera de ellas, no resistiría, hasta el final de sus vidas, a la luz del día.

Una vez más, Élise y Florence se cruzaron con desconocidos, o al menos adivinaron algunas siluetas, escucharon pasos acompañados de susurros y volvieron a esconderse. Por el momento, respecto a todas aquellas personas de las que no sabían nada, eran ellas quienes las descubrían antes de ser descubiertas, temiendo de antemano aquel momento en que esa misma relación se invirtiera.

Si, antes del episodio del desconocido que las había agredido, preferían evitar cualquier contacto, esta vez, su determinación, teniendo en cuenta aquello a lo que se habían enfrentado, las disuadía todavía más de hacerlo.

Élise, mientras seguían bordeando el Boutonne, cuando llegaron a aquel puente por el que, medio siglo antes, circulaban trenes, decidió dirigirse hacia la antigua vía ferroviaria. Una vez alcanzada, tenía previsto recorrerla para acceder a una pequeña carretera rural, que conocía bien por haberla frecuentado en bicicleta, en aquella época en la que todavía pedaleaba al aire libre. Aquella carretera correspondía a su estrategia, pues estaba bordeada de setos, capaces de responder a aquella necesidad de discreción

que reclamaban. Después, poco a poco, siguiendo aquella misma carretera, se dirigirían hacia aquella carretera departamental que, por estar rodeada de superficies boscosas a ambos lados, les ofrecía lugares donde esconderse si alguna urgencia se lo imponía.

Rápidamente, Élise, sin comentárselo a su madre, admitió que ya no podían seguir avanzando por las marismas. Su objetivo era alejarse de Saint-Jean-d'Angély que, cuando se volvían para observar la situación de la ciudad, ya no parecía otra cosa que una inmensa hoguera incandescente. Allí, los peligros eran múltiples, demasiado numerosos, demasiado imprevisibles para que no terminaran siendo víctimas de alguno de ellos, cualquiera que fuera su forma. Se imponía otra estrategia.

La dificultad consistió en acceder a la antigua línea de ferrocarril. Para conseguirlo, había que escalar una pendiente de lo más pronunciada, de unos treinta metros de longitud. Durante la estación seca, aquella empresa no era más que una formalidad, pero, durante la temporada de lluvias, se trataba de una empresa completamente distinta. Agarrándose a los arbustos de los lados, consiguieron alcanzar la cima. Su

principal temor era que una de ellas, al resbalar, arrastrara a la otra, o que, al intentar sujetar a la que se deslizara de aquella manera, ambas terminaran sufriendo la misma suerte, y que aquel imprevisto consiguiera, después de una caída dando tumbos de alto riesgo, herirlas, pues aquel no era momento ni para pequeñas ni para grandes lesiones.

«¡No se muevan y levanten las manos!»

Aquellas órdenes llegaron desde detrás de ellas. Élise y Florence, sorprendidas, no tuvieron más opción que obedecer. Ni siquiera sintieron miedo, pues este no encontró en ellas los segundos necesarios para hacerse sentir.

«Son dos señoras, no están armadas. Lo siento, señoras, pero de noche nunca se sabe con quién se encuentra uno», les explicó aquel que, unos instantes antes, les había ordenado inmovilizarse y levantar las manos. Inmediatamente después de iluminarlas con una linterna y de realizar consigo mismo una maniobra idéntica, para presentarse, la apagó, recuperando así su invisibilidad.

Cuando se volvieron, mientras bajaban los brazos, vieron a varios individuos acercarse hacia ellas. Estaban armados y rodeaban a unos niños, ocultos, cada uno de ellos, bajo unas mantas para protegerlos

del frío y de aquella llovizna que, sin interrupción, seguía cayendo.

«Somos cazadores, estamos patrullando para intentar poner a salvo a quienes han conseguido escapar.» Entonces se interrumpió muy brevemente. «Hemos encontrado a estas niñas, hemos intentado averiguar de dónde vienen, pero no hablan, seguramente están conmocionadas. No es para menos», dijo.

Quien les explicaba aquella iniciativa era el mismo hombre que les había exigido identificarse. A pesar de la oscuridad, podía adivinarse que era joven y que debía de tener menos de treinta años. Progresivamente, Élise y Florence consiguieron distinguirlos mejor a todos. Eran ocho, rodeando a seis niños.

«Vengan con nosotros, vamos a trasladarlas a Sainte-Même», les explicó. Después tomó un aparato de radiocomunicación.

«Los teléfonos móviles ya no funcionan en un radio de diez kilómetros alrededor de Saint-Jean-d'Angély, así que utilizamos los medios que empleamos para cazar», les dijo.

Florence y Élise, con el joven justo a su lado, lo escucharon, mientras comenzaban a caminar a su vez para seguirlo, establecer contacto por radio. De aquella conversación retuvieron que se hablaba de

hacerse cargo de ellas y, más concretamente, de transporte.

«Un camión vendrá a recogerlas. Como les decía, las llevaremos a Sainte-Même. Allí se está organizando un dispositivo de crisis, ya hay algunos servicios de emergencia.»

Ni Élise ni Florence hicieron comentario alguno. Conocían vagamente el pueblo de Sainte-Même. Representaba, salvo para quienes formaban parte de sus escasos habitantes, uno de aquellos pueblos por los que se pasa a veces, pero en los que nunca se detiene uno.

Cuando llegaron al límite de aquella antigua vía ferroviaria, se apostaron allí. Unos minutos más tarde, aparecieron cuatro vehículos: dos camiones, con dos camionetas pick-up ocupadas por hombres armados, una delante y otra detrás. Procurando permanecer detenidos el menor tiempo posible, animaron a Florence y Élise, así como a los niños que estaban con ellas, a subir a la parte trasera. Un hombre que ya se encontraba allí les tendió la mano por turnos para facilitarles la tarea. El joven se unió a ellos.

«¡Túmbense!», les ordenó.

Todos se tumbaron sin más explicaciones. El joven golpeó suavemente con el dedo índice aquello que los

rodeaba en aquella posición, cuya altura no superaba los setenta centímetros. Por el ruido, tanto Florence como Élise escucharon como respuesta un sonido metálico. Por encima de aquellas paredes, una lona reaccionaba de manera característica a las corrientes de aire generadas por el camión en marcha. Inmediatamente comprendieron que, en caso de tiroteo, las balas tendrían mayores dificultades para atravesar aquellas paredes metálicas, que de aquella manera estarían más protegidas, mientras que aquellas mismas balas atravesarían sin dificultad aquella lona que, por el momento, ondeaba ruidosamente al viento.

31

Cuando una niña pequeña cruzó su mirada con la de Élise, esta le tendió inmediatamente los brazos, procurando acompañar aquel gesto con una sonrisa muy contenida, sinónimo no de alegría, sino de comprensión. La niña, inmediatamente a cuatro patas, comprendiendo que su cabeza no debía sobresalir por encima de la pared metálica, se dirigió hacia ella y se acurrucó entre sus brazos.

Florence, desde lo que había consentido en hacer contra aquel desconocido que había intentado agredir a Élise, permanecía muda, como poseída de alguna manera por una especie de letargo, procedente directamente de su reacción contra aquel hombre. Ella que, dos horas antes, cuando 2026 todavía estaba vigente, era conocida tanto por su dulzura como por la escasa predisposición que afirmaba tener hacia la violencia, se había convertido en una asesina. Como si, al aceptar aquella resolución, una naturaleza en su interior, mucho más vinculada a su verdadera identidad que aquella cortesía por la que era apreciada, hubiera tomado las riendas de su ser. En un abrir y cerrar de ojos, toda aquella civilidad acumulada bajo la presión de una educación perpetuada a lo largo de su existencia había sido barrida, como de un simple manotazo, para dejar paso a aquellos reflejos que las hembras, en su condición de madres, cualquiera que sea su especie, manifiestan cuando alguien se atreve a tocar a sus crías.

Al ver lo que Élise hacía, procedió de la misma manera con las demás niñas que, a su vez, se acercaron para beneficiarse de aquel contacto. Unas se dirigieron hacia Élise, las otras hacia Florence. El joven que las había interpelado levantó un pulgar en señal de

aprobación, acompañado de una sonrisa dirigida prioritariamente a Élise, sin duda porque, a juicio de aquel hombre, ella había sido la iniciadora de aquella iniciativa, o por otras razones, pues la belleza de Élise, incluso en semejantes circunstancias, no debía de ser ajena a aquella preferencia.

El camión apenas circuló unos diez minutos y no encontró ningún problema. Transcurrido aquel tiempo, fue detenido en un primer puesto de control, también establecido aparentemente hacía poco por quienes parecían ser cazadores. Después tuvo que realizar una segunda parada del mismo tipo, esta vez a unas decenas de metros de Sainte-Même. Una vez superado aquel control, el joven les advirtió que podían incorporarse.

Una vez detenido definitivamente, unas mujeres se acercaron a abrir la parte trasera del camión. Ni siquiera apagaron el motor, pues estaba previsto que volviera a salir inmediatamente, ya que otras personas necesitaban inevitablemente ser socorridas.

Eran las 2 horas y 16 minutos. Quienes deseaban acudir en su ayuda pensaban que muchos de aquellos habitantes permanecían todavía escondidos, siempre que las condiciones que permitían aquel recurso no se

hubieran visto comprometidas por los múltiples incendios que devoraban Saint-Jean-d'Angély e impedían ya a una mayoría permanecer allí donde, naturalmente, se sentían más seguros.

«¡Síganme!» Una vez que bajaron, Florence y Élise obedecieron de nuevo a aquel mismo joven que parecía ser de la zona, pues sabía adónde dirigirse. Las niñas les daban la mano, mientras se tomaban también de las manos entre ellas, al ser demasiado numerosas para mantener todas un contacto directo con las dos mujeres, de manera que aquel vínculo establecido durante el transporte se mantuviera gracias a aquella cadena que habían formado entre ellas.

A su alrededor, por fin, comenzaban a llegar camiones de bomberos. También se veían miembros de la gendarmería. Nada estaba realmente organizado, el acontecimiento era, en gran medida, más sufrido que controlado. Por otra parte, a ese respecto, todos eran conscientes de que lo peor estaba todavía por llegar.

«Vienen de Saintes, dicen que los de Rochefort, Niort y Angoulême ya están de camino, parece incluso que Burdeos y Poitiers están enviando refuerzos», les advirtió el joven antes de continuar. «Hay que decir que los gendarmes y los bomberos de la

zona han recibido de lo lindo. Intentaron intervenir inmediatamente, pero cayeron en una emboscada. Parece que no hay ni un superviviente, ¡una auténtica carnicería!»

Élise intentó captar la mirada del joven. Las niñas que estaban a su lado tenían oídos, y aunque por el momento permanecieran sin voz, no por ello estaban sordas. El término «carnicería» no era precisamente el más afortunado. Aquel, comprendiendo su metedura de pata, le devolvió una mirada desconcertada, casi avergonzada.

Rápidamente, recurrieron a Élise y Florence. Dadas las circunstancias, no podían ofrecerles ayuda de otra manera. Quienes todavía se sostenían sobre sus piernas debían hacer de tripas corazón. La tarea se anunciaba tan inmensa como penosa. Esta vez, en cuanto a las precipitaciones, ya no caía una ligera llovizna: una lluvia de verdad la había sustituido y la temperatura no superaba los seis grados.

Indicaron a Florence y Élise un lugar improvisado donde comenzaban a preparar café. Por el momento, no se ofrecería comida a los adultos, pues las escasas provisiones disponibles estaban reservadas para los niños.

Una vez allí, fueron abordadas por dos gendarmes. Sus rostros eran más severos que graves, advirtiendo que allí, por el momento, no disponían de los medios necesarios para mostrarse sensibles a los lloriqueos. Aunque sabían que se encontraban dentro de una nación que no tardaría en reaccionar, y que ya estaba reaccionando, las horas venideras seguían siendo inciertas. Les faltaba de todo y no se descartaba el peligro de un nuevo ataque. En aquel mismo pueblo, aquella voluntad de organización a la que tantos se dedicaban no era, en realidad, más que un enorme caos, sin pies ni cabeza. Y si sus verdugos volvían a atacarlos, los cazadores no representarían más que otras tantas víctimas potenciales adicionales. Sus escopetas colgadas en bandolera no cambiarían gran cosa.

Los gendarmes quisieron conocer sus identidades. ¿Llevaban documentación? Aquellos hombres formularon la pregunta porque no podían dejar de hacerla, aunque sospechaban de antemano la respuesta. Todos habían escapado de aquel infierno precipitadamente, y los documentos capaces de acreditar su identidad habían pasado a un segundo plano muy lejano.

En el interior, se consideró que el vínculo que Florence y Élise habían conseguido establecer con las niñas merecía ser aprovechado. Así que les pidieron que se ocuparan de ellas. Había que secarlas, cambiarlas de ropa, siempre que consiguieran encontrar prendas de su talla, lo que era poco probable, consolarlas en la medida de lo posible, averiguar sus nombres, dónde vivían, en definitiva, al menos, cuidar de ellas todo lo posible, mientras esperaban que la situación mejorara, si es que llegaba a mejorar. A ese respecto, nadie podía reivindicar certeza alguna.

32

En las redacciones parisinas dudaron en reproducir ciertas escenas difundidas por internet, tanto más cuanto que, desde las más altas instancias y, más precisamente, desde el Elíseo, a pesar de aquella libertad tradicionalmente concedida a la prensa, sin imponer prohibiciones oficiales al respecto, se pidió a los medios en cuestión que demostraran responsabilidad. Especialmente respecto a una secuencia en particular, en la que unos perros, abandonados a su

suerte y enloquecidos por las llamas que los rodeaban, atacaron a un niño, abandonado en la calle y que no debía de tener ni tres años.

Por otra parte, desde aquella esfera del Estado, por exigencia del máximo responsable del lugar, se pondría especial empeño, llegado el momento, en encontrar a quien se había preocupado ante todo de filmar aquella atrocidad, en lugar de socorrer al pequeño. Aquella omisión del deber de socorro estaba destinada a costarle muy cara. Ante aquella recomendación procedente del Estado, los medios de comunicación afectados, encargados de informar al público en general, aseguraron que asumirían sus responsabilidades y así lo hicieron, limitándose a difundir aquello que pudiera servir para informar y prevenir, y dejando de lado lo que no merecía ser visto, a menos que uno fuera de aquellos o aquellas que, enfrentados directamente a las escenas en cuestión, no pudieran evitar que sus propios ojos se las mostraran por tener que sufrirlas.

Las autoridades, sin siquiera disponer de más información, declararon inmediatamente el estado de emergencia.

En aquel momento eran exactamente las dos de la madrugada. El presidente de la República, al comienzo de aquellos acontecimientos, estaba pasando la velada con sus colaboradores más cercanos cuando, a las doce y diez de la noche, le advirtieron de que algo grave estaba ocurriendo en Charente-Maritime. Quiso saber qué entendían por grave, pero no pudieron decirle nada más, salvo que en Saint-Jean-d'Angély se escuchaban numerosos disparos, también gritos, y que apenas se sabía algo más. Dos horas después, el jefe del Estado, exasperado, no sabía mucho más.

Evidentemente, las fuerzas de la gendarmería de las pequeñas localidades vecinas fueron movilizadas de inmediato, aunque solo fuera para informar de la situación. Cuando dejaron de recibir noticias de ellas y los pocos efectivos que permanecían en los cuarteles de la gendarmería movilizados tampoco pudieron aportar más información, por haber perdido todo contacto con sus compañeros desplazados sobre el terreno, se comprendió que allí estaba ocurriendo un acontecimiento inédito de extrema gravedad.

Una vez más, sin disponer de información verdaderamente fiable, se sospechó que los bomberos habían debido sufrir consecuencias semejantes. Aquellas

conclusiones se imponían por pura lógica: si los soldados del fuego hubieran dispuesto de la autonomía necesaria para intervenir, no se verían, en los vídeos publicados en las redes sociales, tantos incendios y tan pocos miembros de aquel personal especializado intentando extinguirlos.

Se decía de aquel presidente que no era como los demás, porque se encontraba más cómodo en la acción que pronunciando discursos. Hasta tal punto que, durante las ceremonias oficiales, designaba a una personalidad de renombre, un intelectual, un artista o un alto mando retirado del ejército o de la gendarmería, para rendir homenaje, a veces a la nación, con motivo del 14 de julio, y otras veces a quienes habían entregado su vida para que aquella aventura colectiva, en este caso la francesa, pudiera continuar, el 8 de mayo y el 11 de noviembre.

Sus adversarios políticos lo criticaban por ello, pero aquel hombre de treinta y ocho años había seducido por su sencillez. En marzo de 2025 fue elegido presidente de la República, tras unas elecciones anticipadas, ya que su predecesor había tenido que renunciar por razones de salud. Dos años antes había acaparado los titulares cuando, siendo todavía alcalde, decidió construir una presa en su municipio e inundar

tres hectáreas de terreno, con el fin de crear una reserva de agua destinada a desarrollar cultivos hortícolas sobre una superficie de diez hectáreas, para hacer más accesible el precio de las verduras a sus conciudadanos. Evidentemente, se situó fuera de la ley, no cedió en nada, sin vacilar en ponerse al frente de las manifestaciones cuando estas tuvieron lugar, ni en mantener aquel mismo liderazgo cuando se produjeron enfrentamientos con los representantes de la ley, enviados para demoler lo que se había construido. Aquel hombre llevaba sus ideas hasta las últimas consecuencias y eso gustó, de modo que alcanzó posiciones muy elevadas en las encuestas incluso antes de presentar su candidatura. En la primera vuelta de las elecciones, el 42 por ciento de los votos que obtuvo fue considerado un verdadero plebiscito; en la segunda vuelta, enfrentado a Marine Le Pen, el 63 por ciento se interpretó como una mera formalidad.

Su energía iba acompañada de un pragmatismo de lo más expeditivo, que lo llevaba a demostrar una verdadera inventiva a la hora de encontrar soluciones, aunque para ello tuviera que arremangarse y demostrar que aquellas alternativas resultaban realistas. Así, se lo vio durante los grandes incendios de julio

y agosto junto a los bomberos en los bosques de las Landas, combatiendo las llamas, al igual que en aquellas explotaciones agrícolas interesadas en desarrollar nuevos enfoques, en empresas necesitadas de personal o incluso en institutos, para promover también allí nuevas maneras de aprender. Para él, todas las lecciones pasaban por el ejemplo; cada vez asociaba a sus demostraciones a hombres y mujeres reconocidos por su escepticismo, especialmente hacia sus propias iniciativas, para demostrarles en la práctica que los actos unidos a una voluntad, alimentada por un verdadero deseo de alcanzar su objetivo, valían más que mil palabras. Algunos decían de él que albergaba uno de aquellos temperamentos de antaño, expresados particularmente por ciertos jefes militares que se situaban al frente de sus hombres en cada asalto, para ser, si tenía que haber muertos, el primero de ellos y, si era posible, el único.

A las dos y media de la madrugada, incapaz de soportar por más tiempo aquella falta de información, salvo saber que en Saint-Jean-d'Angély estaba ocurriendo algo espantoso, Didier Réprisson, noveno presidente de la Quinta República desde Charles de Gaulle, golpeó su escritorio con la palma de una mano, limitándose a anunciar a quienes se encontraban a su

lado a aquellas horas que acababa de tomar una decisión, mediante una frase expeditiva, como tenía por costumbre.

«¡Voy para allá!»

33

Todo su entorno se esforzó por disuadir a Didier Réprisson. No solo no debía desplazarse, a aquellas horas, en su condición de jefe del Estado, a Saint-Jean-d'Angély. No solo su seguridad no estaría garantizada, sino que, además, precisamente por ser presidente, no podían dejar de protegerlo, y aquella necesidad iba a plantear problemas de efectivos, más o menos presentes sobre el terreno, más o menos numerosos, más o menos preparados para aquella clase de misión y, dadas las circunstancias, desbordados.

Él pensaba exactamente lo contrario. Saint-Jean-d'Angély no era solamente Saint-Jean-d'Angély, toda Francia se encontraba a su alrededor y él se movilizaba para movilizar mejor a todos los demás. En cuanto a su seguridad, teniendo en cuenta lo que debía de estar ocurriendo allí, representaba, a su juicio, la menor de sus preocupaciones.

Así pues, eran las 3 horas y 12 minutos cuando despegó en helicóptero desde los jardines del Elíseo. Una vez superado el espacio aéreo de París, tres helicópteros Tigre debían garantizar su seguridad más inmediata. Por encima de ellos, unos Rafale cumplirían una misión semejante, a mayor altitud. París, en línea recta, estaba separada de Saint-Jean-d'Angély por 400 kilómetros, de modo que necesitarían algo menos de dos horas para llegar al lugar.

Las primeras informaciones sobre Saint-Jean-d'Angély llegaban con cuentagotas, especialmente desde los municipios vecinos. Los habitantes de los alrededores comenzaban a organizarse, haciéndose cargo de quienes habían conseguido huir de la ciudad. El grueso de las fuerzas de la gendarmería y de la policía enviadas urgentemente como refuerzo permanecía, por el momento, todavía a cierta distancia de esta, procurando en primer lugar asegurar las pequeñas localidades próximas, prioritariamente aquellas donde se estaban organizando iniciativas ciudadanas que, aunque resultaban positivas de manera inmediata e inspiradas por buenas intenciones, debían quedar cuanto antes bajo su mando. A juicio de las fuerzas del orden, era necesario que la autoridad legal recuperara el control lo antes posible.

Durante el vuelo, Didier Réprisson manifestó su estupefacción. Francia disponía, como no podía ser de otra manera, de servicios de inteligencia compuestos por profesionales muy experimentados, sin duda entre los más eficaces del planeta. ¿Cómo era posible que no hubieran visto venir nada?

Uno de los responsables de aquellos servicios, que se encontraba a su lado en aquel helicóptero, movilizado de urgencia para garantizar su seguridad y sintiéndose muy solo, con razón, puesto que no lo acompañaba nadie más de su ámbito profesional, formuló una primera hipótesis.

Por definición, los servicios de inteligencia orientaban sus investigaciones hacia posibilidades que, a su entender, poseían una especie de racionalidad básica, y lo que estaba ocurriendo en Saint-Jean-d'Angély no respondía a ningún criterio semejante. Sin entrar todavía en más detalles, la magnitud de aquel ataque era tan considerable como el lugar elegido parecía encontrarse, según sus análisis, prácticamente en sentido literal, a mil leguas de una agresión de semejante envergadura. Así pues, siempre desde la perspectiva de los servicios de inteligencia, no se pensaba, en primer lugar, que una operación criminal de tal amplitud pudiera llevarse a cabo sin

ser detectada previamente, pero, sobre todo, que pudiera además dirigirse contra una ciudad como Saint-Jean-d'Angély, que no poseía intrínsecamente ningún valor, cualquiera que fuera su naturaleza, que justificara que se la atacara en semejantes proporciones.

Se produjeron unos minutos de silencio entre los dos hombres, aunque de un silencio relativo, puesto que las turbinas del helicóptero no escatimaban decibelios, obligándolos a llevar auriculares y a comunicarse mediante micrófonos.

Didier Réprisson preguntó entonces al mismo responsable si podía estimar el número de asaltantes. Este no respondió inmediatamente, luego, tras reflexionar, le aseguró que una treintena era más que suficiente para producir semejante resultado.

Didier Réprisson abrió los ojos de par en par. ¿Solo treinta?, le replicó. Aquel mismo responsable continuó. Para llegar a aquella cifra tenía en cuenta dos elementos primordiales, a saber, que Saint-Jean-d'Angély, al no albergar infraestructuras consideradas sensibles, estaba poco protegida. Por conocer la ciudad al menos de reputación, ya que algunos de sus subordinados habían crecido en aquella región de Francia, sabía que tampoco sufría una delincuencia

especialmente virulenta. Esta cometía delitos que, a fin de cuentas, resultaban insignificantes, y un conjunto de gendarmes y policías, nacionales y municipales, debía bastar en teoría para contener los pocos impulsos más dudosos.

Por último, había que añadir otras dos características que se combinaban entre sí. En primer lugar, aquel asalto tenía lugar un 31 de diciembre y agredía a hombres y mujeres que ni siquiera contemplaban la posibilidad de que aquello a lo que estaban enfrentándose pudiera llegar a sucederles algún día.

Basándose en aquellos pocos elementos, resultaba de lo más sencillo admitir que, para causar semejante destrucción, no era necesario movilizar a todo un regimiento.

Didier Réprisson prosiguió. Antes de despegar, uno de sus colaboradores le había insinuado que los incendios probablemente habían sido provocados por drones. Su interlocutor le respondió primero que había oído hablar de aquella información y que le parecía verosímil. Didier Réprisson, al quedarse sin palabras ante aquella suposición, le dio a entender, mediante su propia reacción, que deseaba que le explicara algo más. Aquel hombre comenzó su exposición destacando una evidencia. Tras haber realizado

varias estancias en Ucrania, había aprendido que los drones resultaban tanto más eficaces cuanto menor era la distancia que debían recorrer para alcanzar su objetivo. Cuanto más cerca se encontraban de aquello que debían alcanzar, menos tiempo tenían, por consiguiente, quienes eran atacados por aquellos aparatos para verlos venir. En Saint-Jean-d'Angély, la economía local era, por desgracia, poco floreciente, incluso francamente decadente, de modo que numerosos edificios, originalmente destinados a actividades profesionales, permanecían sin utilizar. Aquellos inmuebles, ofrecidos a la venta o en alquiler sin encontrar compradores ni arrendatarios, representaban otros tantos lugares susceptibles de ser transformados en bases de lanzamiento de drones. A ello se añadía que, pasadas las nueve de la noche, y más aún entre semana, ya no se observaba prácticamente ninguna actividad en las calles de aquella ciudad. Aquella particularidad era un arma de doble filo: mal aprovechada, también podía favorecer que uno fuera descubierto, pero, utilizada inteligentemente, podía igualmente volverlo invisible.

Una vez más, los dos hombres se abandonaron a sus propios pensamientos. Luego, Didier Réprisson formuló otra pregunta, para cuya expresión bastaba una sola palabra.

«¡Por qué!»

El hombre que se encontraba frente a él en aquel helicóptero se encogió de hombros e hizo al mismo tiempo un gesto característico con las manos, girándolas mientras las abría en su dirección, indicándole así que no tenía la menor idea.

34

Fue el cabo primero Amery quien oyó primero los helicópteros Tigre, eran las cinco y veinticinco de la madrugada. Unos instantes antes, Jérôme Pardieu le había indicado que se encontraban a menos de dos kilómetros de Saint-Jean-d'Angély. A aquella distancia, la ciudad ya no se distinguía por las características específicas que hacían de ella una ciudad propiamente dicha, sino por los focos de incendio más o menos diferenciados que daban forma a una inmensa conflagración.

Durante su avance, se cruzaron con numerosas mujeres, hombres y niños, completamente desorientados. Algunos estaban heridos, muchos sufrían problemas respiratorios y seguían padeciendo las consecuencias del humo que habían inhalado. Algunos se alteraron para exigir que los ayudaran, especialmente cuando iban acompañados de niños. Mathieu Amant, al igual que el resto de sus hombres, aunque de mala gana, recurriendo a una autoridad que en ocasiones se volvía amenazante, ordenaba a aquellas personas que caminaran en dirección a Saint-Hilaire-de-Villefranche. Allí se harían cargo de ellas.

Gracias a aquellos mismos encuentros, pudieron obtener varias informaciones. La primera los tranquilizó: si algunos supervivientes recorrían la misma trayectoria que ellos en sentido contrario, aquello podía significar que quienes habían sembrado la muerte en Saint-Jean-d'Angély habían pasado a otra cosa, quizá demasiado preocupados por asegurar su retirada. Después, tuvieron acceso, aunque fuera brevemente, a algunas descripciones. Mathieu Amant las tuvo en cuenta en cada ocasión y, deteniéndose un instante para escucharlas mejor, se negaba al mismo tiempo a que aquella columna que todos formaban interrumpiera por ese motivo su

avance, con el único fin de que cada uno pudiera saber algo más. De esta manera, solo él asimilaba cuanto le comunicaban, a toda velocidad, procurando al mismo tiempo dar las gracias a quienes se lo transmitían. Luego, a paso ligero, alcanzaba a aquellos que estaban bajo su mando. Entonces, remontando la columna, mientras procuraba, a medida que transcurrían los kilómetros, reducir los espacios mantenidos entre cada grupo, repetía a sus hombres lo que había aprendido, negándose a dejarlos en la incertidumbre, pero negándose también a hacerles creer que cuanto le habían indicado debía considerarse como una serie de datos de absoluta fiabilidad.

Según los detalles transmitidos, los cadáveres eran numerosos en las calles, pero, sobre todo, la solidaridad había dejado de existir, no porque los habitantes de Saint-Jean-d'Angély hubieran perdido toda humanidad, sino porque, al ignorar quién era verdaderamente responsable de lo que estaban sufriendo, desconfiaban de todos y de todas. Bastaba con que alguien fuera señalado con el dedo, por mil razones, para que aquellas simples acusaciones pudieran transformarse inmediatamente en condenas consideradas legítimas. Que un individuo hubiera

sido visto con un arma en la mano, un cuchillo o incluso una vieja escopeta de caza, podía bastar para que lo señalaran como cómplice. Otro, por no ser conocido entre quienes vivían en algún lugar de Saint-Jean-d'Angély, fuera cual fuera, por no pertenecer a un barrio y encontrarse en él, podía sufrir de manera expeditiva la cólera popular, pues no eran horas para paseos nocturnos. Quienes se apoderaban de él, habitantes de aquellos mismos lugares desde hacía muchísimo tiempo, convertían aquella única diferencia en un veredicto por sí mismo, acompañado de una sentencia ejecutada en el mismo impulso. Así, viejos rencores volvían a salir a la superficie. Algunos aprovechaban la ocasión para señalar a un vecino considerado indeseable y, a veces, el vecino en cuestión, procediendo de la misma manera, conseguía que, al acusarse tan intensamente el uno al otro, ambos fueran considerados, para su mayor desgracia, cómplices, lo que les valía ser golpeados brutalmente, a veces hasta causarles la muerte. Finalmente, persistía aquella necesidad de atribuir a aquel drama surgido de ninguna parte un rostro, varios si era posible, sin importar el fundamento de las acusaciones formuladas. Aquellos métodos tuvieron sobre todo como consecuencia, a falta de eficacia, generar algunas víctimas más.

El helicóptero Tigre, cuando los sobrevoló, debió de distinguir al pequeño grupo, puesto que describió un amplio arco de círculo, preparándose para recorrer nuevamente aquella misma trayectoria que acababa de seguir. Mathieu Amant, que se encontraba algo rezagado, reaccionó menos rápidamente que el cabo primero Amery, quien se apresuró primero a tirar al suelo a Jérôme Pardieu, poco dispuesto a que un civil, por encontrarse en su compañía, sembrara dudas en la mente del piloto. Después se quitó la boina roja y, con ambas manos, la sostuvo por encima de su cabeza. El corazón le latía desbocado. Si el piloto consideraba poco convincente aquella maniobra, dadas las circunstancias y la potencia de fuego de aquella clase de aparatos, quedaría reducido a pedazos. El helicóptero encendió sus reflectores, con el morro orientado hacia el suelo, y efectuó una segunda pasada sobre ellos, a velocidad reducida. Visiblemente, no solo había localizado al cabo primero Amery, sino al conjunto de la columna. Aparentemente convencido de la legitimidad de los hombres armados que se encontraban debajo de él, a unos cincuenta metros de ellos, el helicóptero realizó esta vez un vuelo estacionario que duró unos quince segundos. El mensaje estaba claro: les indicaba la dirección que debían tomar.

«Buen trabajo», le aseguró Mathieu Amant, que había llegado a su altura, recompensándolo con una palmada en el hombro, mientras seguía corriendo y ordenaba al resto de la tropa que adoptara el mismo ritmo.

«Casi me cago encima», confesó el cabo primero Amery a Jérôme Pardieu, quien todavía tenía serias dificultades para recuperarse de un terror tan repentino como justificado. Sin ser militar de profesión, comprendió perfectamente que, durante unos segundos, su suerte había quedado en suspenso. Si el piloto hubiera decidido otra cosa, teniendo en cuenta el calibre de las armas utilizadas por aquel aparato, habrían quedado reducidos a migajas.

Recorrieron a buen ritmo aquellos 1.300 metros que los separaban del lugar señalado, pues el camino por el que avanzaban era suficientemente firme para mantener su cadencia. Aquel mismo helicóptero Tigre volvió a sobrevolarlos en dos ocasiones, tanto para confirmarles aquella misma dirección que recorrían por el momento a paso ligero como para garantizar su protección.

Finalmente, llegaron a un campo donde un helicóptero civil acababa aparentemente de aterrizar. Sus aspas todavía giraban. Un helicóptero Tigre se disponía a

hacer lo mismo, mientras otros dos aparatos del mismo tipo describían círculos a su alrededor, uno más cerca que el otro, para garantizar la seguridad de aquel perímetro.

Mathieu Amant, acompañado de su tropa, se dirigió hacia quienes acababan de aterrizar, esta vez caminando, también para recuperar el aliento. Algunos de sus hombres, de manera natural, sin que nadie se lo ordenara, se situaron en distintos lugares para establecer puestos de vigilancia. Él deseaba obtener, quizá, informaciones más fiables que aquellas que había ido recogiendo aquí y allá durante aquel trayecto que debía conducirlos desde Saint-Hilaire-de-Villefranche hasta Saint-Jean-d'Angély. Esperaba también, llegado el caso, recibir órdenes claras, sin olvidar su grado: no era más que teniente. Sus capacidades de iniciativa, para resultar productivas, debían también, llegado cierto momento, ser orientadas. Sabía que le faltaba, para actuar con acierto, aquella visión de conjunto, precisamente aquella que proporciona los elementos necesarios para actuar con conocimiento de causa.

«¡Señores, llegan ustedes en el momento oportuno!»

Mathieu Amant se quedó inmóvil. Identificó inmediatamente al individuo que acababa de dirigirle aquella

observación. Se trataba de Didier Réprisson, jefe del Estado. Llevaba unos vaqueros y una cazadora. La visera de una gorra le cubría el rostro, pero no lo suficiente como para impedir que lo reconociera. Mathieu Amant permaneció unos instantes estupefacto. ¿Qué hacía aquel personaje en aquel lugar del mundo, en semejante momento? Cuando este le tendió una mano, se recompuso, lo saludó primero reglamentariamente antes de estrechar la mano que le ofrecían, pronunciando entonces aquellas palabras tan apropiadas a las circunstancias:

«Estamos a sus órdenes, señor presidente.»

35

Se le impuso a Didier Réprisson que llevara un chaleco antibalas y un casco. Por el momento, se negó a hacerlo, ya que los soldados que lo rodeaban no llevaban más que sus boinas y unas chaquetas de uniforme de campaña, totalmente ineficaces si llegaban a ser atacados. Aquel mismo equipamiento apenas conseguía protegerlos del frío procedente de aquel amanecer invernal que comenzaba a despuntar.

Mathieu Amant intervino entonces: ellos no eran el presidente de la República, si les ocurría alguna

desgracia, serían reemplazados, sin necesidad de organizar unas elecciones para ello. Mientras que, si el jefe del Estado llegaba a morir, más allá de la muerte de un individuo, pues toda desaparición debía ser considerada con respeto, fuera quien fuera la persona en cuestión, las instituciones quedarían desorientadas. Después añadió que, dadas las circunstancias, no resultaba conveniente perder, al comienzo mismo de una batalla de la que lo ignoraban todo y, sobre todo, a qué guerra los conduciría, a aquella persona que encarnaba la máxima autoridad.

Didier Réprisson asintió, permaneciendo en silencio y sin apartar los ojos de Mathieu Amant. Sin más comentarios, aceptó equiparse como le recomendaban, luego no pudo contener una sonrisa, aunque el acontecimiento al que todos se enfrentaban no se prestara a ello, pensando en aquel mecanismo, habitualmente asociado a esos mismos acontecimientos, que ponía casi mecánicamente en primer plano a hombres y mujeres que se imponían de manera prácticamente natural, dejando entrever una lógica capaz de desenvolverse en medio de los desórdenes en curso, una lógica sinónimo de un sentido común capaz de demostrar su eficacia en tiempo real. Así, bastaba con que las reglas vigentes se vieran trastocadas para que

aquellos pocos individuos aparecieran. Como si aquella particularidad que los constituía, adormecida, ignorara cómo poner de manifiesto su potencial cuando la vida seguía su curso de una manera casi banal.

El personal que acompañaba a Didier Réprisson disponía de medios de comunicación de los que Mathieu Amant carecía por el momento. Así, se enteraron de que la autopista A10 acababa de ser cerrada al público y de que quienes la utilizaban, por haber accedido a ella antes de aquella decisión, serían desviados hacia otras vías de circulación. En dirección a Burdeos o a París, ya estaban saliendo refuerzos hacia Saint-Jean-d'Angély. La autopista resultaba primordial por disponer de dos carriles de circulación en cada sentido, de manera que se podía reservar uno para garantizar el desplazamiento de los efectivos prioritarios y hacer estacionar a todos los demás en el segundo, a la espera de que también fueran requeridos.

Esta vez Francia se ponía en marcha, en menos de tres minutos serían las seis de la mañana de aquel primero de enero de 2027, no podía decirse de ella que se levantara, puesto que ignoraba en aquel preciso momento si todavía se mantenía en pie.

A pesar de todo, a aquella voluntad de reacción se imponía otra. Si evidentemente había que acudir en ayuda de Saint-Jean-d'Angély, según el último censo aquella subprefectura contaba con unos 7.218 habitantes, también debía considerarse que Saint-Jean-d'Angély, sin caer en ninguna clase de indiferencia hacia lo que estaba viviendo en aquellos momentos, pues resultaba obligatorio prestarle la atención correspondiente, no albergaba, sin embargo, en su territorio ninguna de aquellas infraestructuras que podían considerarse vitales para la nación. Así pues, en las altas instancias, en nombre de lo que estaba ocurriendo allí, pero sobre todo en nombre de aquella incoherencia considerada sospechosa por quienes debían establecer una estrategia de defensa, a falta por el momento de una contraofensiva, aquellos mismos responsables estimaban que Saint-Jean-d'Angély, desde un punto de vista estratégico, según una evaluación racional, no justificaba semejante destino. Por ello, se temía que aquella operación hubiera sido concebida ante todo para alcanzar una dimensión extrema, con el fin de concentrar proporcionalmente todos los medios disponibles. Aquella emoción general experimentada por el país entero condicionaría a las autoridades a socorrer a los habitantes

de Saint-Jean-d'Angély con una movilización equivalente, dejando así cierto margen de maniobra en otros lugares a quienes habían cometido lo peor en Saint-Jean-d'Angély, para atacar esta vez instalaciones de primera importancia.

Así pues, todos debían desenvolverse con una estrategia dividida en dos vertientes, ambas muy exigentes en personal, consistente en establecer una protección reforzada alrededor de los puntos más sensibles, al mismo tiempo que se dotaban de los medios necesarios para acudir en ayuda de los habitantes de Saint-Jean-d'Angély.

Mediante imágenes por satélite en tiempo real, disponían de una visión de conjunto de la ciudad. A partir de aquellas mismas imágenes, comprobaron, de manera aterradora, que Saint-Jean-d'Angély ya no era más que un inmenso brasero. Una vez asimilada aquella información, decidieron actuar teniendo en cuenta la dirección del viento, que soplaba directamente hacia el oeste. Su velocidad máxima no era demasiado elevada, pues sus ráfagas no superaban los treinta kilómetros por hora, pero, a pesar de todo, el incendio debía abordarse imperativamente desde aquel lado donde el humo planteaba menos problemas.

Por otra parte, a ese respecto, los pilotos de los helicópteros procuraron no aventurarse hacia aquella zona donde el humo amenazaba con privarlos de toda visibilidad. Uno de ellos afirmó incluso que el estado actual de Saint-Jean-d'Angély le recordaba aquellos reportajes en blanco y negro sobre la Segunda Guerra Mundial que relataban el destino de Dresde un cierto 14 de febrero de 1945.

Rápidamente, establecieron que debían dirigirse, desde su posición, hacia aquel acceso a la autopista situado en las afueras de Saint-Jean-d'Angély, al sur-suroeste. Propusieron a Didier Réprisson trasladarse hasta allí en helicóptero, pero él prefirió unirse a aquella pequeña tropa comandada por Mathieu Amant. Este último no se mostró demasiado entusiasmado con la idea. Como el transporte en helicóptero de su treintena de hombres resultaba demasiado complejo, calculó que, para alcanzar el punto designado, tendrían que recorrer algo menos de tres kilómetros, es decir, una buena hora de marcha, lo que permitiría controlar los alrededores. En cuanto a aquella seguridad más general que se deseaba garantizar en el mismo sector, los helicópteros Tigre disponían de los medios necesarios para asegurarla.

Mathieu Amant advirtió que no podían descartar un eventual encuentro hostil. Si llegaba a producirse, se verían obligados a combatir de noche, pues el día no despuntaría completamente hasta pasada una buena hora, sin estar equipados con el material adecuado para un enfrentamiento en la oscuridad y teniendo como acompañante al propio presidente de la República. Dio a entender, conteniéndose, pues no era más que un teniente y se dirigía, pese a todo, a superiores, y no a cualquiera, ya que entre ellos se encontraba el primero de todos, que sería más sensato que el jefe del Estado realizara aquel mismo trayecto por vía aérea. Este último supo poner fin al debate afirmando:

«Con mi casco y mi chaleco antibalas, no corro ningún peligro», dio a entender, sin poder evitar sonreír ante su propia alusión.

36

«¡Eso es!»

Al escuchar el relato de la pequeña Ambre Litune, Élise estrechó todavía más fuerte a la niña contra ella.

Todas se encontraban en el salón de fiestas de Sainte-Même. Junto con Florence y las seis niñas, se habían refugiado en un rincón de aquella sala, ligeramente apartado, sentadas directamente sobre el suelo, procurándose el calor necesario gracias a aquellas mantas y otras colchas, distribuidas sin interrupción y puestas a su disposición por los habitantes de aquella minúscula localidad, quienes, en su casi totalidad, acudieron inmediatamente a ofrecer su ayuda, llegando incluso a acoger en sus propios hogares a damnificados que no dejaban de llegar en número cada vez mayor.

Eran las 7 horas y 31 minutos. A través de los cristales situados en el extremo opuesto de la sala, podía adivinarse que esta vez había amanecido por completo. Su luz demasiado pálida anunciaba que, en el exterior, el cielo debía de estar gris.

Dos horas antes, todos habían recibido la visita de un panadero establecido en un pueblo cercano llamado Brizambourg. Lo menos que podía decirse era que no había llegado con las manos vacías. En su furgoneta, aquella misma con la que habitualmente realizaba sus repartos, transportaba panes, brioches y otras napolitanas de chocolate, prácticamente recién salidos del horno.

Al comienzo mismo de aquella iniciativa, estaba celebrando el Año Nuevo cuando se enteró, a través de los canales de noticias, pocos minutos después de la medianoche, de lo que estaba ocurriendo en Saint-Jean-d'Angély. Fueron necesarios algunos instantes, rodeado de sus seres queridos, para salir de un sentimiento de estupefacción, mezclado con otro tanto de aturdimiento, temiendo, cómo no iba a temerlo, que lo que estaba sucediendo en Saint-Jean-d'Angély terminara extendiéndose hasta Brizambourg.

Aquel panadero ordenó entonces a todas las personas que estaban a su lado que se refugiaran en su panadería, pues esta estaba equipada con puertas más seguras que las de su domicilio, medidas de protección exigidas por las compañías de seguros para proteger la maquinaria utilizada en su producción. Si llegaban a ser atacados a su vez, los asaltantes tendrían mayores dificultades para forzar aquella entrada. En cuanto a la zona de venta, apagó las luces que hacían visible su establecimiento incluso de noche y dejó bajada la persiana metálica. Por supuesto, no se hacía ilusiones: si quienes estaban cometiendo lo peor en Saint-Jean-d'Angély deseaban realmente entrar en su establecimiento, aquellas pocas barreras apenas conseguirían retrasarlos.

Una vez refugiados todos en la panadería, al principio se limitaron a seguir la evolución de la situación, informados de manera más o menos precisa por los canales de noticias, pues había un televisor colocado a cierta altura en el obrador. Después, cuando supo, hacia las tres de la madrugada, que se estaba improvisando un primer lugar de acogida en el municipio de Sainte-Même, movilizó inmediatamente a todos los que lo acompañaban, decidido a elaborar tantas delicias de toda clase como fuera posible, sospechando de antemano que, teniendo en cuenta lo que algunos estaban padeciendo en Saint-Jean-d'Angély, si conseguían llegar a Sainte-Même, serían de lo más apreciadas.

Cuando llegó al amanecer a Sainte-Même, fue detenido primero por unos gendarmes. Ya en aquel municipio, los puestos de control improvisados por los cazadores habían pasado a estar bajo la autoridad de las fuerzas del orden. Todos aquellos representantes de la ley estaban fuertemente armados, equipados con chalecos antibalas y extremadamente vigilantes. Todos sus sentidos permanecían alerta. Seguían sin saber prácticamente nada de aquel drama que estaban viviendo miles de mujeres,

hombres y niños, a unos diez kilómetros de su posición, imaginando también que, en algún momento, los autores de aquella ignominia tendrían que asegurar su retirada. Entonces, sus caminos podrían eventualmente cruzarse, por lo que les resultaba primordial mantener la máxima concentración.

Aquel panadero había tenido inicialmente ciertas dificultades para abandonar su panadería, pues sus allegados consideraban que ponerse en camino de noche, dadas las circunstancias, era una locura. Él, ante aquellas reflexiones, se encogió de hombros. ¿Por qué entonces lo habían ayudado a producir tanta mercancía? No iba ahora a quedarse paralizado, aterrorizado ante la idea de lo que pudiera sucederle. Una vez alcanzada la mitad del camino, aquella prudencia ya no tenía ningún sentido. Había tomado una decisión, y esta le imponía mecánicamente una segunda, a saber, llevar hasta el final lo que había emprendido. En cuanto a tener miedo, aunque evidentemente era consciente de que los pocos kilómetros que debía recorrer, aquellos que separaban Brizambourg de Sainte-Même, no estaban exentos de riesgos, aquel hombre tenía cincuenta y cinco años. Se sabía honrado, honrado hasta el punto de intentar

serlo tanto como podía. Aquel acontecimiento le permitía serlo todavía más, mostrándose valiente, y no dejaría escapar aquella oportunidad por nada del mundo, aquella que consistía, ni más ni menos, en hacerlo mejor persona.

A los gendarmes les explicó su iniciativa. Estos no insistieron en saber más, tanto menos cuanto que fue reconocido por dos de ellos, que a veces se abastecían en su panadería. Había que decir que estaba bien situada, al borde de la carretera, con un aparcamiento justo enfrente donde estacionar. Aquel panadero no abandonó el control para adentrarse más en Sainte-Même sin distribuir algunas napolitanas de chocolate entre quienes lo habían controlado. Aprovechó la ocasión para intentar saber algo más. Los gendarmes no le confirmaron más que aquello que ya sabía: allí debía de ser un infierno. Uno de ellos le confesó incluso que no se sentía realmente operativo, porque no conseguía admitir que aquello que estaba ocurriendo a diez minutos de donde se encontraban, en coche, tuviera que aceptarse como una realidad en toda regla.

Entonces detuvo su vehículo delante del salón de fiestas. Inmediatamente tuvo la impresión de haber cambiado tanto de país como de dimensión. Por todas

partes, hombres, mujeres y niños, con los rostros ennegrecidos por el humo, manchados de barro, con la mirada perdida, visiblemente en estado de choque, sin saber adónde dirigirse, eran atendidos de manera más o menos organizada. Como realizaba sus repartos también en Sainte-Même, su furgoneta fue reconocida. Bajó y abrió la parte trasera. Algunas personas se hicieron cargo de las cestas, fuera caía una llovizna y había que poner aquella preciosa mercancía a cubierto. Él, cargado como los demás, los siguió al interior.

Dentro quedó sobrecogido por una especie de miseria tan omnipresente como generalizada. ¿Seguían estando en Francia? La pregunta merecía ser planteada. Inmediatamente comenzó su distribución. Entonces vio a dos mujeres sentadas en un rincón de la sala, rodeadas de seis niñas, cubiertas con mantas. Se acercó a ellas y, cortando apresuradamente las brioches, repartió trozos entre todas. Cuando llegó el turno de una de las niñas, quiso saber su nombre.

«Ambre», le precisó ella. «Me llamo Ambre.» Aquel panadero permaneció un segundo inmóvil, impasible, y se dio la vuelta, no precisamente para continuar su distribución, sino para que aquella niña no lo viera llorar.

37

Ambre Litune acababa de terminar su trozo de brioche. Una mujer había pasado para ofrecer chocolate caliente a las niñas y café a la misma temperatura a Élise y Florence, quien había perdido por el momento toda verdadera capacidad de reacción. De las seis niñas, Ambre parecía la menos afectada. Las otras cinco, aunque aceptaron el trozo de brioche, lo comieron con dificultad y rechazaron aquella bebida que les ofrecían. Unos veinte minutos antes, una agente de la gendarmería había hecho una señal a Élise, aparentemente deseaba hablar con ella, lejos de las niñas. Élise se levantó y prometió a las pequeñas acurrucadas contra ella que no se marchaba, que simplemente se alejaría unos diez metros y regresaría inmediatamente.

Élise describió a la agente de la gendarmería primero su propio periplo, después el de las niñas, o al menos lo que sabía de él, que se limitaba, como punto de partida, a aquel instante en que habían sido recogidas por los cazadores, hasta el momento en que se encontraban ahora, en aquel salón de fiestas junto a ellas. Antes de aquel primer contacto, Élise precisó

que no sabía nada de las niñas, ni sus identidades ni lo que habían sufrido. La agente le preguntó si podía seguir manteniendo cierta vigilancia sobre ellas. Los equipos de asistencia especializados en semejantes situaciones estaban de camino, compuestos, entre otros profesionales, por psicólogos. Hasta entonces, se aconsejaba mantener a los niños bajo una protección especialmente estricta. No había que creer que de aquel movimiento de solidaridad aparente solamente surgiría lo mejor. Según la expresión utilizada, algunos depredadores podrían aprovechar las circunstancias para ir de compras. Élise prometió a la agente que no perdería de vista a las niñas, y esta se lo agradeció.

Cuando Élise volvió a sentarse, las niñas que estaban junto a ella recuperaron sus lugares. Florence, a su lado, dormía, y las pequeñas que tenía acurrucadas contra ella también dormían.

«¡Mis padres no están muertos!», comenzó por precisar Ambre Litune a Élise, que se sorprendió. Por primera vez, una de las niñas se dirigía a ella, precisamente cuando se estaba interrogando tanto sobre el estado de su madre como sobre el suyo propio. Por turnos, sin haberlo previsto, ambas habían sido sacudidas por los acontecimientos hasta el punto de

padecerlos y, después, mostrarse reactivas, independientemente la una de la otra, cuando la situación lo exigía. Ahora Florence parecía haber soltado amarras y navegaba a la deriva dentro de sí misma. La muerte de Olivier y de Hervé sin duda la había alcanzado finalmente, mientras que, en cuanto a ella, Élise, que no podía dejar de sentirse afligida, convivía con una tristeza que conseguía dominar, sospechando que la presencia de las niñas, lo que ellas reclamaban de ella y lo que le devolvían a cambio, no era ajena a aquella circunstancia.

«Perdóname, estaba perdida en mis pensamientos, ¿qué decías?», respondió Élise.

«¡Decía que mis padres no están muertos!», repitió Ambre Litune. Élise, ante aquella certeza expresada, sin saber qué palabras emplear para animar a la niña a contarle algo más, confió en aquella expresión que procuró mostrar en su rostro, sinónimo de expectación, para que la pequeña se volviera más habladora.

«Mis padres están de viaje en Estados Unidos por trabajo, son abogados los dos, me han dejado durante un mes en casa de sus padres, unos amigos.» Ambre señaló con el dedo a la hija de aquellos padres, que por el momento dormía, aparentemente

profundamente, entre los brazos de Florence, y luego continuó.

«Cuando empezaron los disparos estábamos en su casa, en el sótano, hay una sala de juegos, bajó un mayor, era su padre, se quedó un rato con nosotras, después, cuando dejaron de oírse los disparos, volvió a subir, nos dijo que regresaría enseguida y entonces arriba hubo un ruido enorme y empezó el fuego inmediatamente.» Ambre Litune interrumpió su relato. Sus ojos parecían petrificados. Élise observó que aquellos ojos ya no permitían a la niña contemplar lo que ocurría a su alrededor, sino únicamente volver a ver lo que las seis habían vivido unas horas antes, como si aquella misma mirada ya no estuviera dirigida hacia el exterior, sino fijada por completo en su interior, a la manera de un retrovisor, sensible no al espacio, sino al tiempo, y que privilegiaba en aquel instante el pasado sobre el presente. Después Ambre Litune continuó.

«Corrimos para salir del sótano, arriba la planta estaba ardiendo, al principio éramos siete, pero aquella quiso ir a buscar a sus padres, entró en la casa en llamas y después nada más.» Ambre Litune se interrumpió, visiblemente conmocionada. Élise

comprendió inmediatamente que aquella niña necesitaría tiempo para asimilar lo vivido, temiendo que toda su vida, aunque llegara a ser muy anciana, no le proporcionara el tiempo necesario para superar aquello que acababa de presenciar. Ambre Litune continuó.

«Corrimos, cruzamos la carretera nacional, porque al otro lado hay unos cobertizos, pensé que podríamos escondernos, las otras lloraban y gritaban, yo no, entonces encontramos un rincón donde escondernos, a cubierto de la lluvia, enseguida empezamos a tener frío, así que nos apretamos unas contra otras.» Volvió a interrumpirse antes de continuar. «Algunas querían volver a la casa, les dije que no, incluso les di unas bofetadas, como soy la mayor me hicieron caso, después llegaron los drones.» Élise procuró no reaccionar. La niña estaba dispuesta a hablar y decidió dejar que se expresara. Ambre Litune prosiguió.

«Ya durante el camino desde la casa hasta nuestro escondite vimos un montón volando por encima de nosotras, incluso vimos algunos caer sobre las casas y enseguida las casas se incendiaban. Pero desde nuestro escondite vimos llegar a unos hombres, en una

especie de camioneta pequeña.» Ambre intentó describir con un gesto el tipo de vehículo. Élise reflexionó y finalmente intervino.

«Un pick-up», dijo Élise.

«Sí, así se llama, un pick-up», retomó Ambre Litune antes de continuar. «Los hombres bajaron del pick-up, abrieron una especie de cobertizo, yo creía que estaba abandonado, la puerta grande hizo mucho ruido cuando la abrieron, después sacaron unas cosas como estanterías, donde había un montón de drones, no pasó nada durante dos o tres minutos, después despegaron todos de golpe, hicieron el ruido de un enjambre, como un enjambre enorme con abejas gigantes.» Entonces Ambre Litune se interrumpió.

Élise se permitió darle un beso en la mejilla. Ambre Litune, ligeramente sorprendida por aquella muestra de cariño, se incorporó para besarla de la misma manera.

«Me llamo Ambre, Ambre Litune, ¿y tú?»

«Élise Marchand.» Ambre Litune se acurrucó contra Élise, se acomodó la manta sobre el cuerpo y cerró los ojos. Élise la estrechó un poco más contra ella.

A su alrededor, nuevas víctimas se refugiaban en aquel salón de fiestas. Ella, Élise, estaba viva, preguntándose primero si aquella condición, teniendo en

cuenta el equipaje que arrastraría de ahora en adelante hasta el final de sus días, constituía una verdadera oportunidad y, al mismo tiempo, si tenía siquiera derecho a plantearse aquella pregunta, si aquel lujo no resultaba indecente, porque allí, en Saint-Jean-d'Angély, mujeres, niños y hombres luchaban como desesperados, simplemente para no morir.

38

La agente de la gendarmería que había abordado a Élise una hora antes regresó esta vez acompañada de varios policías y de una psicóloga. Exceptuando a Ambre Litune, desde que las niñas estaban a su lado, ni Élise ni Florence podían afirmar haber escuchado el sonido de sus voces. Apenas habían ingerido, muy brevemente, algunos trozos de aquella brioche distribuida por el panadero de Brizambourg. El resto del tiempo, o habían permanecido inmóviles, sumidas en su abatimiento, o se habían quedado dormidas. Había que llevar a cabo un trabajo de carácter psicológico, y no precisamente menor, para intentar devolverlas de otra manera a la vida y, para que aquel trabajo resultara plenamente eficaz, era primordial actuar lo antes posible.

«No, yo me quedo con Élise», anunció Ambre Litune, mientras permanecía aferrada a aquella a quien acababa de mencionar. Élise, ante aquella reacción, se limitó a permanecer inmóvil, dispuesta a mostrarse favorable si las autoridades que tenía delante consideraban aquella posibilidad coherente, dadas las circunstancias, pero también dispuesta a mostrarse contraria si aquellas mismas autoridades decidían lo contrario, por considerar que había responsabilidades que asumir y que no podían confiarse a una joven de la que no sabían nada.

La psicóloga hizo una señal a quienes la acompañaban para indicarles que, ante todo, había que mostrar comprensión. Aquellas niñas acababan de sufrir un trauma profundo y no resultaba conveniente añadir nuevas contrariedades a aquella situación.

«Conozco el número de teléfono de mi madre y de mi padre, puedo dárselo, están en Estados Unidos, por trabajo», les precisó Ambre Litune.

Todos se miraron y compartieron una misma conclusión: si aquella niña decía la verdad, allí, al otro lado del Atlántico, dos padres debían de estar muertos de preocupación. Lo que estaba ocurriendo en Saint-Jean-d'Angély era retransmitido prácticamente en tiempo real por todas las cadenas de televisión del

planeta. A aquella velocidad de difusión había que añadir la aceleración permitida por las redes sociales, a veces, incluso con frecuencia, para lo peor, pues algunos no se detenían ante nada para acumular visualizaciones, llegando incluso a utilizar inteligencia artificial para hacer aquellas secuencias todavía más siniestras de lo que eran originalmente.

Quienes debían ocuparse del caso de Ambre Litune imaginaron que sus padres, una vez alertados, se habrían precipitado inevitablemente sobre sus teléfonos. Aunque entre Estados Unidos y Francia existía una diferencia horaria considerable, su entorno sabía necesariamente que eran franceses. Por haberse desplazado a Estados Unidos por motivos profesionales, debían de contar con relaciones, y aquellas mismas relaciones, informadas de los acontecimientos ocurridos en Francia, habrían tenido que avisarlos. A ello se añadía que ningún teléfono móvil convencional funcionaba alrededor de Saint-Jean-d'Angély en un radio de diez kilómetros en línea recta. En Sainte-Même, las comunicaciones funcionaban de manera irregular y comenzaban a ser verdaderamente operativas una vez superado Saint-Hilaire-de-Villefranche.

«No puedes quedarte con Élise», comenzó por advertir la psicóloga, pronunciando el nombre de Élise aunque la veía por primera vez, buscando establecer contacto con la niña mediante una especie de humanización máxima, mientras se había arrodillado para situarse a la altura de Ambre Litune, de manera que sus miradas quedaran al mismo nivel. La pequeña, al escuchar aquello que acababan de decirle, se aferró todavía con más fuerza a Élise. La psicóloga, que conocía bien su oficio, dejó transcurrir apenas unos segundos y luego propuso: «En cambio, Élise, mientras conseguimos contactar con tus padres, quizá pueda quedarse contigo». Aquella psicóloga no estaba recurriendo a una maniobra improvisada; el objetivo de aquella estrategia consistía en convertir lo imposible en posible. Élise, sin utilizar palabras para expresar su aprobación, indicó mediante una sonrisa que aquella eventualidad no le planteaba ningún problema.

A partir de aquel acuerdo, todo se aceleró. Hicieron que las niñas se levantaran. Florence se puso también de pie, perdió ligeramente el equilibrio y Élise la sujetó. Su madre no se encontraba bien. En aquel instante podía decirse que estaba viva, pero la vida, la vida por sí sola, no sabía ser suficiente para un ser

humano. Todos y todas necesitaban, para continuar en este mundo, una existencia, y Élise ignoraba si aquella que la había traído al mundo dieciocho años antes disponía todavía de los medios necesarios para ello.

«Vamos a trasladarlas a Saintes», anunció la psicóloga. Quienes acompañaban a aquella profesional sanitaria no perdieron tiempo en discusiones. Como eran suficientemente numerosos, cada uno y cada una tomó a una niña en brazos. Estas no opusieron resistencia y, pese a encontrarse en brazos de desconocidos, apoyaron la cabeza sobre los hombros de quienes las sostenían de aquella manera. Élise se encargó de Florence.

Eran las ocho y once minutos. En el salón de fiestas tuvieron que abrirse paso entre la multitud. Los damnificados seguían llegando cada vez en mayor número y, al mismo tiempo, en número insuficiente. Por un lado, podían alegrarse al comprobar que algunas personas habían conseguido salir con vida de aquella situación y que su número aumentaba de hora en hora, pero, por otro, tenían que admitir que todavía faltaban muchísimas.

Las fuerzas del orden presentes en el lugar no olvidaban que Saint-Jean-d'Angély contaba con casi

ocho mil habitantes. Con las fiestas, aquella cifra podía ser quizá menos importante. Era cierto que aquella subprefectura no figuraba entre las localidades más festivas. Quienes disponían de los medios necesarios para alejarse de ella, tanto a finales de año, por Navidad y Año Nuevo, como durante las vacaciones, no se privaban de hacerlo. Pero quedaban todos los demás, aquellos que no podían marcharse, porque no tenían otros destinos donde pudieran ser acogidos y, sobre todo, porque carecían de los ingresos necesarios para ello. A esto se añadía que la crisis económica que azotaba Francia no mejoraba la situación de aquellos miles de personas, que representaban en Saint-Jean-d'Angély una mayoría considerable, en Saint-Jean-d'Angély más que en otros lugares, por haber dejado de contar con actividades económicas dignas de tal nombre.

Por supuesto, para tranquilizarse, también confiaban en que existieran otras vías de escape. Desde Saint-Jean-d'Angély, como desde todas las ciudades del mundo, podían contemplarse cuatro puntos cardinales. Pero, cuando se pensaba en aquellas otras posibilidades, estas presentaban menos ventajas que Sainte-Même, bien porque se encontraban más alejadas, bien porque estaban rodeadas de terrenos

descubiertos, poco atractivos a ojos de unas víctimas paralizadas por el terror, que buscaban prioritariamente una dirección que seguir, capaz de ofrecerles una posibilidad de huida sin quedar demasiado expuestas a las miradas.

39

Una vez en la calle, Élise se sorprendió por lo que descubrió. En el salón de fiestas, sentadas en su rincón, se encontraban paradójicamente en aquel lugar de un ciclón de otra naturaleza donde sus vientos, destructores a su manera, soplan a nuestro alrededor sin alcanzarnos, por habernos encontrado en su centro. Al abandonar aquella posición, fueron alcanzadas por los tormentos que aquel ciclón desataba, tempestuosos hasta el extremo.

Por todas partes, a su alrededor, se escuchaban llantos e incluso gritos. A pocos metros de ellas, dos hombres se peleaban, aparentemente porque la manta que cubría a uno de ellos era reivindicada como propiedad del otro. También en los primeros puntos de abastecimiento, algunos, siempre demasiado numerosos, tomaban más comida y bebida de la

que necesitaban, lo que generaba tensiones, enfrentándose a quienes estaban encargados de la distribución, manifestándoles su insatisfacción, que incluso expresada verbalmente revelaba una verdadera violencia. Aquellos mismos individuos, en nombre de los sufrimientos que habían padecido y que nadie ponía en duda, se consideraban proporcionalmente prioritarios, como si los daños sufridos en su espíritu les confirieran más derechos de los habituales. Más aún, no vacilaban en enfrentarse a los gendarmes y otros militares que procuraban calmar aquellos arrebatos demasiado belicosos a su juicio, reprochándoles no haber estado presentes cuando los necesitaban. Ahora ya no les parecían útiles y rechazaban su autoridad, afirmando que se habían mostrado débiles con los fuertes, hasta tal punto que continuaban siguiendo aquella misma tendencia, mostrándose ahora fuertes con los débiles.

Para complicar todavía más las cosas, algunos damnificados estaban armados, generalmente con escopetas de caza. Aunque no se mostraran amenazantes, las fuerzas del orden tenían instrucciones de desarmar a quienes fueran equipados de aquella manera, incluidos los cazadores. Si estos últimos habían de-

mostrado un sentido de la iniciativa de lo más productivo, que había permitido salvar vidas, había llegado el momento de que volvieran a someterse a la autoridad establecida. Porque quienes estaban encargados de restablecer el orden esperaban, una vez recuperado este, instaurar nuevamente aquella seguridad que debía servir a la causa de todos y de todas. Era imposible constituir una sociedad sin aquel imperativo, aunque por el momento aquella misma seguridad estuviera profundamente desacreditada, y con razón, a juicio de quienes habían sufrido aquel terrible acontecimiento. La gendarmería temía, ante todo, que quienes disponían de un arma obedeciendo por el momento a buenas intenciones pudieran utilizarla al día siguiente por otras razones, menos loables, para servir a intereses claramente más particulares.

Así pues, no perdieron tiempo. Las seis niñas, Florence y Élise fueron conducidas hasta un minibús, de aquellos utilizados en Saintes para el transporte escolar, estacionado en el otro extremo del pueblo. Como quienes ocupaban los puestos de control tenían instrucciones de dejar pasar únicamente los vehículos solicitados en caso de emergencia, Élise y Flo-

rence no distinguieron a su alrededor más que camiones de bomberos y ambulancias del SAMU. Había que decir también que algunos, a pesar de sus heridas, a veces graves, encontraron en su interior aquella fuerza necesaria, sinónimo del instinto de supervivencia presente en todos y todas en distintos grados, para alcanzar Sainte-Même, y se desplomaron, a veces definitivamente, al encontrarse ante los primeros equipos de socorro. Incluso más o menos ocultas, podían distinguirse aquí y allá mantas extendidas directamente sobre el suelo, bajo las cuales se adivinaban los cuerpos de aquellos y aquellas que habían sobrevivido lo suficiente para llegar hasta allí, pero no lo bastante para conseguir que su vida continuara más allá.

«¿Dónde están los niños?», preguntó Élise a la agente de la gendarmería que caminaba a su lado, con un tono de voz contenido. Esta, antes de responder, echó un vistazo en dirección a Ambre Litune. Ella, a diferencia de las otras niñas, no iba en brazos de nadie, caminaba junto a Élise, con una mano entre las suyas. «Puedes hablar, soy mayor, tengo doce años», hizo observar a la agente cuando se dio cuenta de que esta la miraba, vacilando en comunicar a Élise lo

que sabía por el momento sobre la suerte de los más pequeños.

«Por lo que sé, según las últimas noticias, los niños rescatados son pocos», comenzó diciendo. «Por lo que me han contado, muchos padres no han sobrevivido al intentar salvar a sus hijos.» Entonces se interrumpió, pero antes de que pudiera continuar, Ambre Litune se adelantó a la agente.

«Claro, muchos pequeños estaban en la cama o andaban por la casa en pijama cuando llegaron los incendios. Los padres pensaron en sus hijos y murieron con ellos intentando salvarlos.»

Ante la reflexión de Ambre Litune, Élise y la agente de la gendarmería intercambiaron una mirada. ¿Aquella niña tenía realmente doce años? Decididamente, la madurez no era solamente una cuestión de edad. Se manifestaba prioritariamente en quienes no temían enfrentarse a la realidad, comenzando por considerarla tal como se les imponía, simplemente se les imponía, puesto que la realidad, por definición, en términos generales, no se ofrece a elección.

«Si yo no hubiera estado allí, las otras también habrían muerto. Todas querían ir a buscar a sus padres. También fui yo quien tuvo la idea de que nos acur-

rucáramos todas juntas, por el frío. Y lo de los cazadores también fui yo. Vi que tenían escopetas como el hermano de mi padre, sabía que no teníamos nada que temer. He visto reportajes sobre el Bataclan y Charlie Hebdo, los terroristas tienen metralletas, no escopetas de caza. ¡Todo eso lo hice yo!»

Ambre Litune buscó la mirada de Élise y de la agente de la gendarmería. Las dos jóvenes no supieron si de aquel intercambio visual debían interpretar un deseo de reconocimiento por lo que Ambre había realizado, o una exigencia de respeto más amplia, consistente en no juzgarla únicamente por su edad.

Élise miró al mismo tiempo a su madre. Aunque esta seguía los pasos del resto del grupo, parecía completamente ausente, incapaz, si en aquel mismo instante reaparecieran quienes habían sembrado la muerte, de socorrer a nadie ni de conseguir salvarse a sí misma. A diferencia de Ambre Litune, quien, con sus doce años, daba la impresión de ser capaz, ante una situación semejante, de encontrar en su interior la mejor respuesta, no necesariamente suficiente para sacarla del peligro, pero sí capaz de ofrecerle al menos la posibilidad de intentarlo.

Mathieu Amant, el cabo primero Emery y Didier Réprisson, acompañados por el resto de la tropa, llegaron a aquel lugar que se había vuelto estratégico, representado por el único acceso a la autopista A10 desde Saint-Jean-d'Angély, señalado por tres puestos de peaje automatizados, a las siete y treinta y dos minutos.

Al comienzo mismo de su avance, Mathieu Amant había querido pasar por aquel lugar donde, a principios de los años ochenta, se había acondicionado un lago artificial, muy frecuentado por los habitantes de Saint-Jean-d'Angély durante la estación cálida. Desde allí, llegar a la entrada de la autopista A10 no sería más que una formalidad. Les bastaría con bordear el Boutonne y desviarse hacia la derecha. Una vez atravesado un pequeño pueblo contiguo a Saint-Jean-d'Angély, llamado Moulinveau, ya no les quedarían más que doscientos o trescientos metros para alcanzar su destino. Desde su posición actual, estimó la duración de su recorrido en una hora escasa, como máximo.

Cuando el año anterior había pasado unas tres semanas en Saintes, aprovechó aquella estancia para descubrir la región y, especialmente, Saint-Jean-

d'Angély y, más concretamente, su iglesia, muy particular. Esta había sido levantada originalmente con la intención de que fuera solamente provisional. Estaba previsto construir una catedral que, una vez terminada, ocuparía su lugar. Una catedral que nunca llegó a existir, o casi, pues las dos torres que debían constituir su fachada permanecían todavía allí, junto con aquella vasta abertura que representaba una entrada sin puerta y a través de la cual, cuando uno se aventuraba a mirar, una vez franqueada visualmente, una ausencia encarnaba a la perfección, al menos a juicio de Mathieu Amant, la omnipresencia de Dios. En el otro extremo de aquella misma iglesia, demostrando que algunas cosas provisionales saben perdurar, podían contemplarse esta vez los restos de una iglesia denominada gótica, maltratada por algunos bárbaros del Norte poco refinados. Todo ello daba finalmente forma a una estructura mucho más expresiva desde un punto de vista espiritual y filosófico que muchas otras de su misma naturaleza, reuniendo así en su interior aquello que debería haber sido y no fue, aquello que solo debía ser pasajero y todavía permanecía, y aquello que no sobrevivió. Aquella recopilación de piedra y madera sabía hablar, sin palabras, de la historia humana mejor de lo que conseguían hacerlo mil obras dedicadas a ella.

Cuando Mathieu Amant quiso tomar el itinerario que había previsto, tuvieron que renunciar a él. Los incendios les cortaban el paso. Debieron desviarse hacia la izquierda, rodear a cierta distancia los alrededores de Saint-Jean-d'Angély y atravesar los campos. Finalmente, la hora de marcha prevista terminó convirtiéndose en unos ciento veinte minutos.

Mathieu Amant, después de su partida, cuando apenas habían recorrido unos centenares de metros, ordenó a quienes lo acompañaban que se internaran en un pequeño bosquecillo. Allí impuso nuevas condiciones a Didier Réprisson, advirtiéndole de antemano que no serían negociables, a saber, que la ropa de uno pasaría a ser la del otro. Mathieu Amant temía ante todo aquella velocidad con la que circulaban las informaciones, incluso las más secretas. Si algunos individuos indeseables se enteraban de que el jefe del Estado se encontraba entre ellos y decidían convertirlo en objetivo, solamente abatirían a un joven teniente. Didier Réprisson no opuso resistencia. Se desvistieron, intercambiaron sus ropas, convirtiéndose uno, mediante aquel subterfugio, en teniente y el otro en presidente de la República.

«¡Señor presidente!», exclamó Didier Réprisson, recién tocado con aquella distintiva boina roja y efectuando un saludo militar que, aunque improvisado, podía considerarse reglamentario. A su alrededor, muchos se echaron a reír. El cabo primero Emery se abstuvo. Mathieu Amant tampoco figuró entre quienes rieron, y con razón. Inmediatamente dirigió a unos y otros una mirada severa, recordándoles a todos sus deberes, así como lo que estaba ocurriendo a poco más de un kilómetro de su posición: niños, mujeres y hombres morían por decenas. No era momento para divertirse. Después terminó su reprimenda con el propio Didier Réprisson, quien, levantando simplemente los antebrazos para indicar que se disculpaba por su torpeza, se limitó a decir a modo de excusa:

«¡Fallo mío!»

Durante aquellas dos horas, algunos habitantes los interpelaron, la mayoría de las veces desde sus ventanas. La pregunta formulada seguía siendo siempre la misma: ¿qué estaba ocurriendo en Saint-Jean-d'Angély? Por su parte, repetían una misma respuesta: debían permanecer en sus casas y, una vez pasado el peligro y restablecida la normalidad, serían

informados. Algunos habitantes salieron para ofrecerles café. Didier Réprisson, obligado por la ropa que llevaba a representar al teniente que aparentaba ser, repitió en voz alta las órdenes que Mathieu Amant le susurraba: sus hombres podían aceptar las bebidas calientes siempre que se las arreglaran para beberlas mientras caminaban.

Por su parte, Didier Réprisson reflexionaba. Había aceptado aquellas dos horas de marcha con un único propósito: procurarse cierta distancia, lejos de todo y, prioritariamente, de sus colaboradores, a quienes apreciaba, pero que no dejarían de acumular precisiones. Aquella voluntad de hacer bien las cosas lo obligaría a querer obtener, a partir de una suma de otra naturaleza, un resultado final que no dejaría, durante todo el tiempo de su cálculo, de incrementarse permanentemente.

Didier Réprisson era un hombre de instinto, de lógica. Lo que se había decidido en Saint-Jean-d'Angély respondía a un objetivo y podía incluso, de manera contradictoria, tener uno sin dejar entrever continuidad alguna. Así, aquella iniciativa espantosa podía carecer de cualquier prolongación.

Un día, un conocido le había pronosticado que aquella célebre organización Greenpeace, sin que necesariamente estuviera en el origen de semejante transformación, podía convertirse en Green War. La idea de aquellos individuos consistiría en acelerar el proceso que debía conducir a la humanidad hacia su perdición, generando un desastre lo suficientemente explícito como para servir de detonante. Pero Didier Répris-son se convenció inmediatamente de que los ecologistas, incluso los más radicales, no poseían el temperamento necesario para derramar sangre hasta semejante extremo ni, sobre todo, los medios indispensables para provocar un cataclismo de aquella magnitud. Quienes habían decidido llevarlo a cabo disponían, ante todo, de grandes recursos, principalmente financieros. En 2026, como nunca antes en toda la historia de la humanidad, el poder dependía del dinero.

41

Cuando Mathieu Amant comprendió que aquel último kilómetro que debían recorrer lo harían no solo a la vista de todos, sino también a lo largo de la autopista A10, se anticipó a aquella circunstancia ordenando a

Didier Réprisson que lo siguiera, para cambiarse de ropa nuevamente. A resguardo de las miradas, había llegado el momento de que cada uno recuperara aquella vestimenta que representaba su verdadera función. Mathieu Amant no se imaginaba llegando al lugar donde los esperaban vestido con aquellas ropas por las que sería identificado como el jefe del Estado. Del mismo modo, la situación inversa le parecía una eventualidad que debía evitarse, pues lo grotesco no tenía cabida, dadas las circunstancias, especialmente cuando convertía a un presidente de la República en un simple teniente.

«¡A este paso voy a terminar resfriándome, capitán!», advirtió Didier Réprisson.

«Soy teniente, señor presidente», hizo observar Mathieu Amant al jefe del Estado.

«Eso era antes», le replicó este, colocándose la gorra, mientras dirigía a Mathieu Amant una sonrisa satisfecha y se reunía con el resto de la tropa, antes incluso de que aquel pudiera reaccionar.

Mathieu Amant permaneció todavía unos segundos en aquel lugar que acababan de ocupar los dos, bajo aquellos árboles que habían ocultado a Didier Réprisson y a él, aunque de manera muy limitada, pues en

aquella época del año apenas conservaban follaje alguno. Allí se mordió el labio inferior para reprimir una emoción que, según su sentido del deber, no había elegido el momento adecuado para manifestarse en su interior. Pero el hombre que acababa de prometerle aquel grado era el presidente de la República. Detrás de aquel personaje se encontraba una entidad mucho más vasta, que encarnaba aquella nación a la que había decidido servir mediante su compromiso. Mathieu Amant sintió en su interior, sin duda de manera exagerada, todo el peso de aquel reconocimiento. El cansancio asociado a las responsabilidades asumidas también desempeñó su papel. Durante toda su corta carrera nunca había conocido nada semejante. Inspiró profundamente para recuperar la calma y recordó lo que había hecho para merecer aquel ascenso. Nada excepcional, en definitiva, simplemente una iniciativa, sinónimo en cierto modo de desobediencia, seguida de una serie de decisiones que habían desembocado en otros tantos resultados favorables, no porque hubiera que reconocerle algún talento superior a la media, sino porque habían tenido suerte. La suerte, ante todo, de no cruzarse con quienes habían preparado aquella ignominia hacia la que se dirigían. Porque no se hacía ilusiones, y nin-

guno de los hombres bajo su mando se las hacía tampoco, menos aún que todos los demás el cabo primero Emery. En caso de un enfrentamiento inesperado, habrían sido diezmados, especialmente durante aquella primera parte, la que comenzó en Saint-Hilaire-de-Villefranche y terminó cuando entraron en contacto con Didier Réprisson. La segunda había entrañado menos riesgos, primero porque el día comenzaba a despuntar, haciendo menos probable una emboscada, y después porque los helicópteros Tigre habían actuado como sus ángeles de la guarda, sin dejar de sobrevolarlos. Aquello llevó al cabo primero Emery a comentar que aquellas maniobras, por resultar a su juicio demasiado insistentes, podían acabar siendo de lo más contraproducentes, pues aquella protección exagerada no correspondía al valor aparente de lo que, a simple vista, se estaba protegiendo, y podía despertar en algunos la necesidad de preguntarse por qué.

Cuando comenzaron a bordear la autopista A10, ninguno de ellos, ya fueran soldados rasos o el presidente de la República, escapó a un poderoso sentimiento de estupefacción. Los equipos de emergencia llegaban en gran número. Algunos, como estaba previsto, permanecían a la espera en el carril derecho,

formando una fila que se prolongaba hasta perderse de vista. Aquellos mismos vehículos eran adelantados prioritariamente por camiones de bomberos, pues Saint-Jean-d'Angély, a lo lejos, seguía ardiendo, cada vez con mayor intensidad. El cielo de aquella región, en aquel primero de enero de 2027, después de una lluvia relativamente intensa al final de la noche, estaba ahora despejado. Se escuchaban explosiones, como se habían escuchado desde el ataque de los drones y los incendios que lo siguieron, provocadas principalmente por bombonas de gas y otros depósitos que contenían combustibles o productos inflamables.

En cierto punto, unos centenares de metros más adelante, todos alcanzaron una posición elevada. Ya no se encontraban más que a unos quince minutos de aquella rotonda que se había vuelto estratégicamente vital, situada a la entrada de la autopista, adonde debían dirigirse. Allí todos tomaron conciencia de la situación y de aquello a lo que se enfrentaban. Durante la noche, Saint-Jean-d'Angély había dejado de distinguirse, pues las llamas de aquel inmenso incendio que la devoraba la ocultaban bajo su luminosidad asesina. A la luz del día, la ciudad recu-

peraba una apariencia semejante a la que había tenido. Si en la oscuridad se temía el estado en el que pudiera encontrarse, una vez disipada aquella, esta vez se distinguían prioritariamente sus heridas, y eran considerables. En toda su extensión, ningún lugar parecía haberse salvado. Desde donde se encontraban, podían comprobar que los bomberos ya habían emprendido aquella lucha que les correspondía librar. No hacía falta ser especialista para adivinar que tendrían que enfrentarse a unas condiciones espantosas. Más allá de los riesgos, principalmente de explosiones, debía de haber heridos dispersos aquí y allá, personas demasiado afectadas para haber conseguido huir, privando a los bomberos de aquella posibilidad que les habría permitido actuar sin contemplaciones. Todo aquel personal, entre cuyos miembros algunos eran voluntarios, estaba movilizado para vencer al fuego procurando, a lo largo de aquella lucha, no añadir todavía más víctimas.

«¡Joder!»

Didier Réprisson, perdido en sus reflexiones, ni siquiera se oyó pronunciar aquella palabrota. Más allá de lo que tenía ante sus ojos, comenzaban a aparecer ya en su interior, casi mecánicamente, porque per-

tenecía a aquella categoría de individuos, las consecuencias a escala nacional e internacional, consecuencias económicas, políticas y sociales. Un enemigo de Francia, en algún lugar, les había declarado la guerra, procurando, para hacerla todavía más insoportable, no mostrarse abiertamente y evitar así que pudieran identificarlo.

Lo que siguió fue una iniciativa del cabo primero Emery. Sintiendo que era necesario encontrar una manera de reaccionar, comprendió que todos debían salir de aquella especie de fascinación tóxica. Les serían encomendadas misiones, necesariamente difíciles. Tenían que recuperar el dominio de sí mismos para ayudar a Francia a recuperar el dominio de sí misma. Así pues, comenzó a entonar suavemente, como para sí mismo, la Marsellesa. Un hombre se unió a él, luego dos, después todos, incluidos Didier Réprisson y Mathieu Amant, hasta terminar cantándola a pleno pulmón. Algunas lágrimas corrieron, contradictorias por expresar al mismo tiempo compasión, cólera y odio.

Una vez llegado al lugar, Didier Réprisson sufrió aquello que temía. Sus colaboradores, que habían llegado una hora antes en helicóptero, lo asaltaron. Había que tomar decisiones, del mismo modo que había que impartir órdenes, y él no podía ser, tanto para unas como para otras, sino aquel a quien correspondía elegir una opción en lugar de otra. Algunos periodistas también intentaron captar su atención. Con un gesto, les hizo comprender que, por el momento, no haría ningún comentario.

Se produjo un momento de tensión cuando quienes habitualmente estaban encargados de la seguridad de Didier Réprisson, apartados de su misión debido a la partida precipitada del jefe del Estado y llegados también desde París, quisieron recuperar sus funciones, dando a entender a los hombres de Mathieu Amant, de manera desdeñosa, que no poseían las cualidades necesarias para semejante cometido, lo cual no era falso, pues su formación no era aquella.

Antes de que Mathieu Amant pudiera intervenir, algunos de sus hombres llegaron a enfrentarse físicamente con ellos, aunque sin golpear a quienes los trataban de aquella manera, limitándose a empujarlos, mediante un gesto característico, a la altura de los hombros, pues no les agradaba ser tratados como si

no contaran para nada. Lo que acababan de vivir les otorgaba, al menos a su juicio, el derecho a considerarse legítimos. ¿Acaso no habían sabido velar también ellos, en condiciones particulares, por la seguridad del primero de los franceses? Evidentemente, los guardaespaldas en cuestión respondieron a su vez. Fue entonces cuando intervino Mathieu Amant, advirtiendo a unos y otros que no era momento para disputas. Una vez restablecida la calma, Mathieu Amant reprochó discretamente al cabo primero Emery haber permitido que aquello ocurriera. Este, no sin mostrar una sonrisa satisfecha, no estaba descontento de que sus muchachos, como le gustaba llamarlos, demostraran tener carácter.

Didier Réprisson presenció la escena y se acercó inmediatamente a Mathieu Amant, que continuaba reprendiendo a sus hombres.

«Necesito una escolta personal, ¿están dispuestos?»

Mathieu Amant permaneció durante unos segundos boquiabierto, luego se recompuso y, saludando reglamentariamente a Didier Réprisson, le respondió.

«Será un honor para todos nosotros, señor presidente.» Sin hacer prácticamente ninguna pausa en el desarrollo de lo que acababa de decidir, Didier

Réprisson se dirigió hacia quienes velaban habitualmente por su seguridad las veinticuatro horas del día. Sin mostrar, al menos visiblemente, el menor reproche, incluso comportándose de manera cordial, les ordenó regresar a la capital, afirmando que lo sentía por ellos, puesto que habían realizado aquel desplazamiento para nada. Aquel «para nada» significaba para los interesados que no poseían las competencias requeridas para la misión en curso. Aquellos hombres comprendieron la insinuación. El dueño del Elíseo deseaba a aquellas horas, más que nunca, seguir siendo precisamente eso, el dueño. Estaba dispuesto a escucharlo todo, incluso a cambiar de opinión, algo que le ocurría con regularidad, siempre que se lo propusieran. Cuando se le imponía algo, intuía que los argumentos en cuestión, por no bastarse a sí mismos, necesitaban, como contrapartida, recurrir a la fuerza para ser aceptados.

Aquella reacción lo decía todo sobre Didier Réprisson. Algunos comentaristas afirmaban que era un animal político. En realidad, era un conductor de hombres genial. Sus éxitos procedían de su capacidad para saber rodearse, según los problemas que debía resolver, de las personas adecuadas y, además,

de transmitirles un suplemento de motivación mediante aquel reconocimiento que sabía concederles, siempre sinónimo de valorización, impulsando así a aquellos individuos hasta hacerlos ser más de lo que eran y, por consiguiente, conseguir hacer más de lo que habitualmente podían hacer.

A ello se añadía que Didier Réprisson había comprendido qué ventaja podía obtener al estar protegido por Mathieu Amant y sus hombres. Mediante aquella elección, se encontraba, teniendo en cuenta a los individuos que componían aquella pequeña tropa, rodeado por el pueblo y no por una élite vestida de traje y corbata, no carente de méritos por ello, pero que no correspondía al escenario impuesto por las circunstancias del momento.

Ligeramente apartado, informaron a Didier Réprisson de que Friedrich Merz, el canciller alemán, le transmitía su apoyo, del mismo modo que Alemania entera, según sus palabras, ofrecía a su vez un apoyo incondicional a Francia. Giorgia Meloni también figuró entre los primeros en proponer la ayuda de su país. Andy Burnham y Donald Trump no faltaron a la cita, al igual que muchos otros. Incluso Vladímir Putin manifestó su emoción, precisión que arrancó una ligera sonrisa a Didier Réprisson. También le indicaron

que quienes habían recibido aquellos mensajes de solidaridad no habían podido evitar algunas preguntas por parte de aquellos altos dignatarios, resumidas todas ellas en una sola: ¿sabían algo más? Todos aquellos dirigentes de primer orden, con razón, intentaban informarse prioritariamente para evitar que sus propias naciones sufrieran la misma suerte. Sin mostrarse insensibles al drama que golpeaba a Francia, si aquel país, reconocido en el mundo entero por la calidad de sus servicios de inteligencia, había sido sorprendido hasta semejante extremo, temían ser los siguientes en la lista.

Didier Réprisson apenas reaccionó ante aquellas informaciones. Más adelante contactaría con quienes, como él, encarnaban un poder equivalente. Por el momento, deseaba dedicarse a otras consideraciones.

Rodeado ahora, tal como había decidido, por Mathieu Amant y sus hombres, fue al encuentro de los equipos de emergencia. Aquel personal tuvo, al primer contacto, ciertas dificultades para reconocerlo. ¿Era realmente aquel hombre embarrado, mal afeitado y de rostro fatigado el mismo Didier Réprisson que todos habían visto alguna vez en televisión?

Después de saludarlos, quiso obtener una visión general de la situación. Esta resultaba tan compleja como penosa. Los bomberos veían retrasado su avance por los innumerables cuerpos que cubrían las calles, pertenecientes a quienes probablemente habían sido abatidos mientras intentaban huir de los incendios provocados por los drones en sus domicilios. El problema procedía sobre todo del hecho de que aquellos mismos cuerpos habían sido maltratados por las llamas, por lo que los servicios de identificación recomendaban, antes de desplazarlos, registrar el lugar donde habían sido encontrados. Por supuesto, aquella maniobra no ofrecía una fiabilidad absoluta en términos de exactitud, pero no podían prescindir de las informaciones que era susceptible de proporcionar.

A ello se añadía que la meteorología no facilitaba su tarea. Se anunciaba para aquellos primeros días de 2027, al menos hasta el día 10, la llegada de un anticiclón al suroeste de Francia. Las temperaturas, por encontrarse en enero, iban a descender, pero no llovería. Además, tendrían que enfrentarse a un viento ligero que contribuiría a que el fuego pasara de una casa a otra. Así pues, se verían obligados a lidiar con

un calor excesivo por un lado y un frío mordiente por el otro.

43

Eran exactamente las diez de la mañana cuando Didier Réprisson precisó que debían hacer una pausa, tanto él como los hombres de Mathieu Amant. Todos estaban agotados y, por consiguiente, no se encontraban en condiciones de actuar.

Para ello, pidió que les encontraran un lugar, cualquiera que fuera, donde pudieran disfrutar de aquel paréntesis obligatorio. Un almacén, utilizado originalmente como depósito por una gran superficie comercial, que había dejado de emplearlo recientemente y al que no se había atribuido ninguna otra función desde entonces, situado a poca distancia de la entrada de la autopista, podía servir. Aquel edificio, ubicado lejos de la ciudad, en el extremo de una zona denominada industrial, no había sido alcanzado por el incendio. Los servicios de emergencia habían renunciado a utilizarlo porque no reunía las condiciones que buscaban. Su acceso consistía en una única vía, además estrecha, y, delante de él, una especie

de aparcamiento no permitía que varios vehículos circularan simultáneamente. Como todos iban a depender de una emergencia de dimensiones extraordinarias y en permanente aumento, comprendieron que en aquel lugar acabarían estorbándose unos a otros.

Los colaboradores insistieron ante Didier Réprisson en que, como presidente de la República, otras instalaciones más acordes con sus responsabilidades le ofrecerían tanto el descanso deseado como aquellos medios que le permitirían, incluso mientras recuperaba un poco el aliento, responder a las exigencias que debe asumir un jefe del Estado. Didier Réprisson se mostró sensible a aquellos argumentos, pero, en lugar de aislarse, ordenó a sus colaboradores que lo siguieran, llevando consigo los medios necesarios, principalmente de comunicación, para que pudiera continuar desempeñando su función. Él deseaba, sabiendo que pronto tendría que tomar decisiones sin duda impopulares, gozar de un respeto que entonces debería ser capaz de inspirar, mediante aquel ejemplo al que aspiraba a corresponder, procurando de antemano, para conseguirlo, compartir las condiciones impuestas a los hombres de Mathieu Amant. Aquellos mismos colaboradores suspiraron durante

unos instantes, luego se recompusieron inmediatamente. El deber que se habían comprometido a cumplir debía seguir siendo, según su propio sentido del deber, precisamente aquel mismo deber que ahora reivindicaban lejos de la comodidad de los despachos del Elíseo. Más aún cuando se contaba con ellos para hacerse cargo de quienes lo habían perdido todo.

Alrededor de la entrada de la autopista se observaba una actividad tan intensa como creciente. A pesar de las circunstancias, los servicios movilizados demostraban un gran dominio de la situación. Se pidió, sin juzgarlos por ello, a quienes no conseguían contener sus emociones que cedieran su lugar. Había llegado el momento de actuar. Las lágrimas, el dolor y los homenajes que habría que rendir llegarían más tarde.

Rápidamente se organizaron de la siguiente manera: los cuerpos recuperados eran confiados a quienes estaban encargados de su identificación. De forma acelerada, pero conservando su eficacia, tomaban las fotografías necesarias, identificaban el cuerpo tratado de aquella manera mediante una etiqueta numerada y registraban toda la información que lo acompañaba, recogida por quienes trabajaban sobre el terreno, cuando se les comunicaba, prioritariamente

el nombre de la calle donde había sido encontrado, siempre que la placa que indicaba el nombre de aquella calle no hubiera quedado reducida a cenizas, al igual que la propia calle que supuestamente debía identificar. Después, los cuerpos eran depositados directamente sobre el suelo en grandes tiendas de campaña, que no dejaban de instalarse, sumándose unas a otras y ocupando la carretera departamental D939, en dirección a La Rochelle, dividida en dos a lo ancho. A la derecha se atendía a los cuerpos de quienes no habían sobrevivido; al otro lado, a los heridos.

Los heridos encontrados inicialmente en aquellos lugares donde los equipos de emergencia, por pura lógica, esperaban encontrarlos eran hombres y mujeres que no habían tenido ni la fuerza para huir de Saint-Jean-d'Angély ni la oportunidad de hacerlo. La energía necesaria no había sido suficiente, por lo que se habían refugiado en aquellas pocas casas que habían escapado a las llamas.

En cuanto a ellos, habían sido principalmente víctimas de los humos circundantes y sufrían, por consiguiente, dificultades respiratorias. Algunos presentaban heridas de bala, leves por definición, puesto que habían sobrevivido. Sus agresores los habían tomado como objetivos en cuanto salieron de

sus casas, para satisfacer una curiosidad tan comprensible como inoportuna: ¿qué estaba ocurriendo en Saint-Jean-d'Angély, en Saint-Jean-d'Angély, precisamente aquella ciudad de la que se decía habitualmente que nunca sucedía nada, o casi nada? Aquellos que habían resultado heridos tuvieron tiempo de regresar a sus domicilios. Para algunos, aquel mismo regreso consistió únicamente en volver a cruzar en sentido contrario el umbral de la puerta donde se encontraban, recorriendo para conseguirlo apenas dos o tres metros.

Aquellas precisiones indicaban ya que quienes habían preparado aquel desastre habían procurado no entrar en las viviendas, sin duda porque no disponían del tiempo necesario y también porque se negaban a aventurarse en un perímetro donde sus posibles víctimas, por conocerlo un millón de veces mejor que ellos, conservarían una verdadera ventaja, ventaja que podía consistir en que algunos de aquellos habitantes no se limitaran a esconderse, sino que pasaran a la ofensiva, mostrándose más combativos que la media.

Todas aquellas medidas necesarias, que concernían tanto a los vivos como a los muertos, requerían tiempo y ralentizaban a los bomberos. Estos no

podían, para avanzar utilizando sus vehículos, pasar por encima de los muertos, del mismo modo que tampoco podían ignorar a los heridos, quienes, al divisarlos, se apresuraban a señalar su posición.

Aquella mañana del primero de enero, unas diez horas después del ataque, los resultados de las intervenciones llevadas a cabo por los servicios de emergencia apenas comenzaban a distinguirse y, para complicar todavía más las cosas, ya se contabilizaban nueve heridos y un muerto entre los bomberos, quienes a veces asumían todos los riesgos para prestar ayuda a aquellos y aquellas que se la reclamaban.

Didier Réprisson, sentado en el suelo y apoyado contra un tabique, dejó que sus ojos se cerraran. A pocos metros de él, sus colaboradores permanecían pegados a sus iPhones, intercambiando información con varios interlocutores simultáneamente, para satisfacer algunas preguntas, mientras procuraban no formular nada respecto a otras.

Mathieu Amant, en una posición semejante, parecía haberse quedado dormido. Su arma, apoyada verticalmente sobre el suelo por la base de la culata, descansaba entre sus piernas, con el cañón apoyado sobre uno de sus hombros. Sus dos manos, juntas sobre la parte central de aquella, dejaban entrever que no

descartaba la posibilidad de que aquellas hostilidades que habían provocado tantos daños volvieran a producirse.

Todos y todas vivían y padecían simultáneamente una formidable contradicción, que los situaba al final y al principio de un episodio del que, por el momento, no comprendían nada.

44

«Mi teniente, mi teniente, por favor.»

Se pidió a uno de los hombres de Mathieu Amant que lo despertara, procurando sobre todo no sobresaltarlo, pues preocupaba a este respecto el arma que sostenía contra sí y se temía que, debido al cansancio, no hubiera retirado de la recámara aquella bala introducida unas horas antes, cuando comenzaron su misión desde Saint-Hilaire-de-Villefranche, ya que un sobresalto inesperado podía provocar una catástrofe. Eran las dos y catorce de la tarde de aquel primero de enero de 2027. Mathieu Amant abrió los ojos y se pasó una mano por el rostro.

«¿He dormido mucho tiempo?», quiso saber inmediatamente.

«Casi cuatro horas, mi teniente. El coronel Imbert está aquí, desearía hablar con usted.» Ante aquella precisión, Mathieu Amant observó sus alrededores. En la entrada de aquel almacén, donde habían hecho una pausa, se encontraba Didier Réprisson conversando con el coronel Imbert. Ligeramente apartado estaba situado el cabo primero Emery. Por su actitud, pues lo conocía bien, con la cabeza baja y las manos detrás de la espalda, los dedos entrelazados, adivinó inmediatamente que se encontraba algo incómodo. Relacionó aquel detalle con el hecho de que su subordinado estaba en presencia de dos superiores, y no precisamente de los menos importantes.

Así pues, se levantó, haciendo una ligera mueca. Las pocas horas de sueño de las que había disfrutado no habían resultado especialmente reparadoras, pues aquel descanso parecía únicamente capaz de recordarle que su organismo necesitaba mucho más, y en condiciones más apropiadas. Aprovechó los pocos instantes que lo separaban del coronel Imbert y de Didier Réprisson para arreglarse el uniforme y mejorar su aspecto general. Este último, mientras conversaba con el oficial superior, respondía también a sus colaboradores, que, por turnos, sin interrupción,

sucediéndose unos a otros, con un iPhone pegado a la oreja, acudían a solicitarlo.

«Señor presidente, mi coronel.» Mathieu Amant comenzó por saludar reglamentariamente a los dos hombres, mientras propinaba discretamente al cabo primero Emery una palmada en la espalda, con la intención de transmitirle mediante aquel gesto un saludo menos oficial, teniendo en cuenta la manera en que le fue devuelto, pero igualmente sincero.

«El coronel Imbert no ve ningún inconveniente en que ustedes se encarguen de mi seguridad. Tengo previsto, dentro de unos veinte minutos, adentrarme en Saint-Jean-d'Angély para apoyar al personal de emergencia. Cuento con ustedes», declaró Didier Réprisson. Apenas formulada su petición, dio media vuelta y salió del almacén, siempre rodeado de sus colaboradores, en cuyos rostros podía leerse un cansancio considerable. Por las ojeras que tenían bajo los ojos, se comprendía que aquellos hombres y mujeres no habían dormido. Saint-Jean-d'Angély, por la suerte que estaba padeciendo, provocaba una sucesión interminable de dificultades.

En el plano político, los adversarios del poder establecido ya se estaban desatando, especialmente

los extremos. El estilo de Didier Réprisson molestaba a algunos de ellos, particularmente porque a menudo se presentaba vestido con vaqueros y zapatillas deportivas, reprochándole que no tuviera apariencia de presidente. Didier Réprisson no se privaba de responderles que uno podía ejercer la presidencia de otra manera, prioritariamente no pretendiendo ser ejemplar, pues intuía que semejante ambición revelaba de manera subyacente, por el simple hecho de experimentarla, un orgullo proporcional, sino mediante aquella clase de ejemplo que destacaba por su sencillez, adoptando para ello el comportamiento de aquellos hombres y mujeres tan ordinarios como virtuosos. Pero quienes lo criticaban lo hacían, por razones necesariamente inconfesadas, porque su política basada en el ser humano estaba dando frutos. La eficacia del personaje les molestaba todavía más que el propio hombre.

La economía, especialmente, sin haber iniciado todavía una recuperación, parecía estar frenando su declive. Él, siempre en nombre de aquel ejemplo, no para darlo, sino para buscarlo, no vacilaba en pasar una jornada en una obra, en una explotación agrícola o en una fábrica, no para visitarlas, sino para compartir las tareas que representaban, para aquellos

hombres y mujeres con quienes convivía durante aquellas horas, un trabajo cotidiano, repetido desde hacía muchos años y tanto más penoso cuanto que, además, estaba mal remunerado.

Saint-Jean-d'Angély también corría el riesgo de plantear un problema económico. ¿Cómo reaccionarían los mercados respecto a Francia primero, respecto a Europa después, pero también respecto a todas aquellas sociedades cuyo funcionamiento era más o menos semejante? Francia podía terminar pagando, por concentrar un riesgo que hasta aquel día no había sido realmente considerado, la factura correspondiente a todos los demás.

Lo que acababa de ocurrir allí podía reproducirse, bajo una misma forma, en cualquier otro lugar.

Finalmente, Saint-Jean-d'Angély, por el drama que estaba viviendo, podía sumir a toda la población francesa en un estado de conmoción cuya toxicidad era de temer, pues podía suscitar una paranoia de dimensiones colectivas, generalizada, haciendo que, bajo su influencia, se prefiriera encontrar culpables antes que soluciones.

Didier Réprisson conocía aquellos peligros potenciales. Por eso permanecía en Saint-Jean-d'Angély,

porque había comprendido que sus directrices, fueran cuales fueran, debían partir de aquellos mismos lugares donde la catástrofe había nacido y donde continuaba desarrollándose. Le parecía indispensable vivirla físicamente para intentar concebir de la mejor manera posible las respuestas que, a falta de erradicarla, comenzarían por contenerla.

«¡Enhorabuena!» Mathieu Amant, ante aquel comentario, en este caso elogioso, formulado por el coronel Imbert, salió de sus pensamientos. Un segundo antes todavía contemplaba, a través del hueco de aquella puerta que daba al exterior, desde el almacén donde se encontraban, a Didier Réprisson. Tendría que proteger a aquel hombre, preguntándose al mismo tiempo contra qué y, sobre todo, contra quién.

«Gracias, mi coronel», se limitó a responder.

«¡Decidir una iniciativa semejante, llevarla hasta el final, acompañado del presidente de la República, sin estar mínimamente preparado para ello, me quito el sombrero!»

Mathieu Amant no respondió nada. Dirigió una mirada al cabo primero Emery, como si deseara, mediante aquel intercambio, compartir con él aquellos elogios. A cambio, leyó en su mirada una especie de incomodidad. Mientras tanto, aquellas felicitaciones

lo devolvieron a todo cuanto había emprendido: aquella decisión de no dirigirse a Pau, las armas recuperadas en la base aérea de Saintes, su recorrido primero en autobús entre Saintes y Saint-Hilaire-de-Villefranche, y después a pie desde Saint-Hilaire-de-Villefranche hasta Saint-Jean-d'Angély, su encuentro insensato con Didier Réprisson, el sobrevuelo de los helicópteros Tigre. Si aquel mismo periplo le hubiera sido presentado en forma de misión, dejándole la posibilidad de aceptarla o rechazarla, en aquel momento no estaba convencido de que hubiera respondido favorablemente.

«No, de verdad, enhorabuena, y me dirijo a los dos», continuó el coronel Imbert. Luego, de repente, su rostro adquirió una expresión menos satisfecha. «A pesar de todo, señores, ¿no se han olvidado de nada por el camino?»

Ante aquella pregunta, Mathieu Amant y el cabo primero Emery se miraron mutuamente. Él se preguntaba qué podían haber olvidado, aparte de obedecer otras órdenes distintas de aquellas que ellos mismos se habían dado.

«Los encontraron a los dos acribillados a balazos», anunció el coronel Imbert a Mathieu Amant, quien en aquel mismo instante perdió todo el color del rostro. Inmediatamente se volvió hacia el cabo primero Emery, que estaba tan pálido como podía estarlo.

«Fue el comandante de la base aérea de Saintes quien me informó primero de este asunto. Me llamó incluso antes de que yo me pusiera en contacto con él, aunque solo fuera para agradecerle aquella confianza que les había concedido. Si no les hubiera abierto las puertas de su armería, ustedes no habrían tenido más remedio que volver a subir a su autobús, señores, y regresar a Pau.»

Mathieu Amant y el cabo primero Emery permanecieron en silencio. El coronel Imbert continuó.

«Entonces me habló de un tal André Pardieu, a quien había solicitado ayuda. Ustedes querían a alguien que les indicara la dirección más apropiada para llegar a Saint-Jean-d'Angély. Aquel mismo André Pardieu había propuesto a sus sobrinos, Julien y Jérôme Pardieu.»

Entonces el coronel Imbert hizo una pausa. Pasaba cerca de ellos uno de los colaboradores de Didier Réprisson. Aunque el jefe del Estado había sido informado de aquel asunto, aquella información solo era

conocida por unos pocos gendarmes y por el coronel Imbert. El famoso André Pardieu no sabía nada de la suerte de sus sobrinos, y el comandante de la base aérea de Saintes tampoco sabía más. El coronel Imbert deseaba que aquel problema permaneciera confidencial durante el mayor tiempo posible, con el fin de acompañarlo de una explicación creíble. Después prosiguió.

«Unos gendarmes que patrullaban por la mañana, autorizados a controlar los alrededores de Saint-Hilaire-de-Villefranche, encontraron dos cuerpos tendidos en medio de un camino de tierra apisonada, visibles desde la carretera. Fueron identificados inmediatamente. Aquellos gendarmes comunicaron por radio su descubrimiento a su superior. Afortunadamente, aquel mismo superior les ordenó no transmitir aquella información a nadie y hacer que los cuerpos fueran trasladados y cubiertos para que no pudieran ser vistos, considerando que había que limitar aquella clase de encuentros tan macabros a Saint-Jean-d'Angély, para no generar todavía más personas traumatizadas.»

Una vez más, el coronel Imbert interrumpió su recapitulación, como si necesitara recuperar el aliento.

«Cuando llegué a Saint-Hilaire-de-Villefranche, aquel mismo hombre se presentó ante mí. Por suerte, yo era el primer oficial superior con el que se cruzaba. Me puso al corriente. Le ordené explícitamente que guardara el secreto y que fuera personalmente a recuperar los cuerpos. Por el momento siguen encontrándose en aquel mismo vehículo de la gendarmería, mientras se decide qué curso dar a este asunto.»

Mathieu Amant y el cabo primero Emery compartían, sin saberlo, los mismos pensamientos. ¿Cómo habían podido olvidarse de aquellos dos jóvenes? El cabo primero Emery atribuyó aquel olvido a la presencia repentina de Didier Réprisson, así como a su voluntad de unirse a ellos. Aquella circunstancia imprevista había exigido de su capacidad de adaptación hasta el punto de aplastar todo lo demás. La responsabilidad que se derivó de ella los había vuelto indiferentes a cuanto no estuviera relacionado con aquel imperativo, hasta el extremo de dejar de prestar atención a aquellas dos presencias, encarnadas por Jérôme y Julien Pardieu. Las horas compartidas con ellos no podían competir con una actualidad que, por sus características, se había vuelto abrumadora.

Mathieu Amant encontró otra interpretación. Habían llevado a cabo una misión que ellos mismos se habían atribuido. Por primera vez en sus carreras, no actuaban siguiendo órdenes. Aquella cadena de mando a la que estaban acostumbrados a obedecer constituía habitualmente una base sobre la que podían apoyarse. Aquella primera ruptura los había llevado, más aún bajo el peso de una presión como nunca antes habían conocido, a cometer una serie de omisiones sucesivas, para concentrarse mejor en aquello que debían cumplir, olvidándose de todo lo demás, incluidos Jérôme y Julien Pardieu.

«¿El jefe del Estado está al corriente?», preguntó Mathieu Amant, preguntándose en el mismo instante en que formulaba aquella cuestión de dónde sacaba todavía la audacia necesaria para plantearla, y además a su superior. También se preguntaba, en su fuero interno, respecto a sí mismo, con quién estaba tratando ahora.

«Lo está», le respondió el coronel Imbert.

«¿Y...?», se limitó a decir Mathieu Amant.

«Dice, respecto a este asunto, que solo existe una solución, que no puede haber ninguna otra, pero que debo esperar la suya para comprobar si coincide con la de él, aunque solo sea para saber, ante todo, si

usted corresponde a aquel individuo que cree entrever en su persona», le anunció el coronel Imbert, antes de añadir: «La pelota está en su tejado, le toca jugar... ¡capitán!»

El cabo primero Emery se arriesgó únicamente a dirigir a Mathieu Amant una mirada de lo más breve, reconociendo con ella que prefería su propia posición a la de él. El coronel Imbert, por su parte, permaneció inmóvil. En su rostro podía leerse una gravedad que Mathieu Amant no le había conocido nunca hasta aquel día. Tuvo la impresión de verse obligado a jugar a la ruleta rusa, sin saber cuántas balas había en el tambor. La palabra «capitán», empleada por el coronel Imbert, lo decía todo, prioritariamente que tenía mucho que ganar si su manera de resolver el problema coincidía con la recomendada por el jefe del Estado y que, por el contrario, tenía todo que perder si no se ajustaba a lo que el presidente de la República había preconizado.

Incluso intuyó que, si el tratamiento que imaginaba para aquel asunto no era el deseado, más allá de ser responsable, podía convertirse en una especie de culpable, no ideal, pero sí muy útil. Aquella nación maltratada estaba dispuesta a mostrarse injusta, demasiado preocupada por salir del lodazal del que debía

liberarse. Ya no era una cuestión de posibilidades, sino de necesidades. Francia se proporcionaría los medios para sobrevivir, sin tener en cuenta para ello los daños colaterales, recurriendo, si fuera necesario, a todos los medios disponibles, incluso los más inmorales. A ello se añadía que reconocía haber cometido un error. Según su interpretación, teniendo en cuenta el contexto, no resultaba incomprensible que tuviera que pagar por él un precio superior al precio mismo. Muchos otros soldados habían sido sacrificados antes que él, de maneras diferentes, pero sacrificados al fin y al cabo, para servir a una causa en comparación con la cual no eran más que cantidades insignificantes.

«Que se conserven los cuerpos durante el tiempo necesario, aquel que permita un acceso más amplio a Saint-Jean-d'Angély. Los gendarmes que los descubrieron afirmarán entonces haberlos encontrado en aquel territorio. Así podremos decir que no se retiraron como estaba previsto, que tomaron por su propia voluntad iniciativas desafortunadas y desaconsejadas, y que fueron abatidos.»

Mathieu Amant se interrumpió antes de continuar.

«Aquella versión no disminuirá el valor que demostraron, todo lo contrario, y el reconocimiento del

que gozarán hará que nadie se plantee más preguntas sobre ellos.»

El cabo primero Emery miró fijamente a Mathieu Amant como si lo descubriera por primera vez. En cuanto al coronel Imbert, no se sorprendió por un lado y quedó profundamente asombrado por otro. No se sorprendió porque sabía que Mathieu Amant era inteligente. Se asombró al darse cuenta de que podía pertenecer a aquellos que no retrocedían ante nada para alcanzar una situación deseada.

«Muy bien, pueden retirarse. El jefe del Estado reclama su protección y la de sus hombres. ¡Rompan filas!»

Mathieu Amant y el cabo primero Emery obedecieron. Ambos acababan de regresar de muy lejos, de muy, muy lejos.

46

A las cinco y cuarenta y seis de la tarde, al caer la noche, se produjo un momento de enorme tensión. Otros dos bomberos acababan de perder la vida. El balance de las pérdidas de aquella jornada ascendía a doce fallecidos y veintisiete heridos, tres de ellos graves. Como Didier Réprisson había señalado a Mathieu Amant poco antes de las cinco de la tarde, Francia, teniendo en cuenta el combate que estaba

librando, había entrado en guerra. A su juicio, no se trataba de un incendio «corriente», entre comillas, como aquellos que habían asolado especialmente los bosques de las Landas durante el verano, sino de un desafío lanzado por un enemigo tanto más temible y corrosivo a su manera cuanto que, por el momento, procuraba no revelar su identidad.

Los dos últimos bomberos fallecidos habían perdido la vida intentando socorrer a cinco personas, dos adultos y tres niños atrapados en su casa.

Se trataba de la familia Berton, los dos padres y sus tres hijas. Cuando se escucharon los disparos a medianoche, el padre, sorprendido por la naturaleza de las detonaciones, abrió una ventana y se convirtió en objetivo de los agresores. Aquellos mismos disparos dirigidos contra él, aunque no llegaron a alcanzarlo, tuvieron como consecuencia aterrorizar a los cinco hasta tal punto que se refugiaron en el interior de su vivienda, en aquella habitación sin ventanas que utilizaban como espacio de almacenamiento. Tanto más cuanto que, en el momento del ataque de los drones, dos impactos se produjeron en el barrio, manifestándose primero por las consecuencias de las explosiones. Todo tembló en su casa bajo el efecto de las ondas expansivas, lo que los dejó todavía más

paralizados por el miedo. Los disparos que volvieron a escucharse después los convencieron aún más de permanecer allí donde habían elegido refugiarse. Ocurriera lo que ocurriera, habían tomado una decisión: no saldrían de su casa hasta que aquellos equipos de emergencia que ya estaban esperando les garantizaran que podrían abandonarla con absoluta seguridad.

Aunque al principio el fuego solo se declaró en su barrio en aquellas dos casas alcanzadas por los drones, bastante alejadas de la suya, con el paso de las horas el incendio fue propagándose de una vivienda a otra. Algunos de sus vecinos, obligados por las circunstancias, se resignaron a huir. Al comienzo, unos cuantos consiguieron hacerlo, pues Saint-Jean-d'Angély todavía disponía de vías de salida, pero, a medida que el incendio cobraba fuerza, aquellas posibilidades se redujeron y quienes querían escapar de sus casas, al comprender que estas no tardarían en incendiarse también, no pudieron llegar muy lejos y murieron primero asfixiados antes de que las llamas maltrataran sus restos.

Eso fue lo que le ocurrió a la familia Berton. A las cuatro y veintiún minutos de la tarde, el humo, a pesar de las protecciones que se habían esforzado por

instalar aquí y allá, fue haciendo cada vez más irrespirable el interior de su casa. Cuando el padre finalmente se decidió a mirar al exterior, se dio cuenta de que todo el barrio se había convertido en un inmenso brasero. Su estrategia, consistente en refugiarse aislándose al mismo tiempo de cuanto ocurría fuera, les impuso de golpe sus límites. Desde la puerta de entrada, el padre pidió auxilio y fue escuchado.

Dos jóvenes bomberos voluntarios, contraviniendo las recomendaciones de su superior, decidieron responder favorablemente a aquellas llamadas. Se equiparon con mantas ignífugas para poder proteger a las víctimas durante su evacuación y se lanzaron a la carrera por aquella calle. A la ida, únicamente se vieron afectados por el calor, pues llevaban máscaras y depósitos de aire comprimido a la espalda, de modo que el humo apenas los molestó, salvo por reducir su visibilidad según la densidad que presentaba en cada momento. Una vez alcanzada la casa de los Berton, los cinco los estaban esperando. La madre había tenido la buena idea de empapar sus ropas y de hacer que todos se cubrieran la boca con toallas igualmente empapadas de agua. Cubiertos sin demora con las

mantas ignífugas, emprendieron el camino de regreso. En su punto de partida, los bomberos presentes rociaban abundantemente con agua las viviendas que tenían a su alcance, pero, a menos de veinte metros de aquella misma posición, cuando ya comenzaban a distinguirlos desde allí, toda una sección de una casa se derrumbó sobre los siete. Para los equipos de rescate que los esperaban y que los habían visto aparecer, aquello supuso un golpe terrible. La noticia se difundió inmediatamente y una ola de desaliento de la misma magnitud se apoderó de los ánimos de los equipos de emergencia. Algunos llegaron incluso a afirmar que, dadas las circunstancias, era preferible dejar que la ciudad ardiera, pues estaba destinada a provocar más víctimas entre los rescatadores de las que aquellos mismos rescatadores conseguirían salvar proporcionalmente.

En distintos lugares, los bomberos comenzaron a retirarse. A juicio de la mayoría, aquel episodio había sido demasiado. Poco antes, un equipo había conseguido, con enormes dificultades, contener aquel incendio que había destruido la única discoteca de Saint-Jean-d'Angély. Habían logrado dominarlo principalmente porque aquel establecimiento se encon-

traba a las afueras de la ciudad y no tenía más vecinos que campos agrícolas. Cuando finalmente consiguieron extinguir las últimas llamas, todos tuvieron que enfrentarse psicológicamente a un amontonamiento de cadáveres. Supieron, sin necesidad de identificarlos, que se trataba de jóvenes y, como si aquella primera constatación no fuera suficiente, ligeramente apartadas de aquel mismo establecimiento, descubrieron otras quince víctimas, abatidas de un disparo en la cabeza. Entre todas ellas, una joven los conmovió especialmente. Probablemente había permanecido de rodillas durante sus últimos instantes, quizá para suplicar a sus verdugos que la dejaran vivir, súplica que, a juicio de sus asesinos, no mereció ser atendida, y murió en aquella misma posición, precisamente en aquella en la que la encontraron.

A todo ello se añadía que comenzaban a formularse las primeras estimaciones, todavía muy aproximadas. A Didier Réprisson le comunicaron una de ellas, la más fiable, aunque, como todas las demás, tendría que sufrir importantes correcciones durante las horas siguientes, en una dirección que se temía poco favorable.

Aquellas evaluaciones apuntaban a un mínimo de mil muertos y probablemente el doble de heridos, es decir, la mitad de la población de Saint-Jean-d'Angély. Aunque aquel no era el momento de realizar otros cálculos, sus colaboradores le expusieron la magnitud de los recursos que serían necesarios para reconstruir aquella ciudad, de naturaleza financiera, entre los cuales debía incluirse la atención a las personas que quedarían discapacitadas de todas las maneras posibles, ya fuera porque sus cuerpos hubieran quedado dañados para siempre o porque sus capacidades psicológicas se hubieran visto disminuidas. Todo aquello podía exigir, para ser asumido prioritariamente por el Estado y por las compañías de seguros, unos veinte mil millones de euros.

Didier Réprisson no respondió nada. Se limitó a sentarse sobre unas cajas que habían quedado allí, llenas de material de emergencia, pidió un cigarrillo, él que llevaba diez años sin fumar, comprendiendo que, para disponer de una salida que le permitiera escapar de aquel horror, no debía esperar encontrarla. Aquella salida, como tal, no existía, o ya no existía. Para poder beneficiarse de ella, tendría que resignarse a inventarla.

47

A las ocho de la tarde, Didier Réprisson accedió a pronunciar una alocución. Unos minutos antes, mientras se limpiaba el rostro de aquellas manchas negras provocadas por el humo, cayó de rodillas, llorando. Inmediatamente, los hombres de Mathieu Amant se colocaron a su alrededor para que aquel momento de debilidad no fuera advertido. Mathieu Amant se arrodilló junto al jefe del Estado y, tomándolo por los hombros, comprendió enseguida que no disponía de las palabras necesarias para acompañar, pronunciándolas, aquello que Didier Réprisson estaba sintiendo, convencido de que, enfrentados a aquel desastre, después de una jornada entera de lucha, casi en vano, aquellas palabras brillaban por su ausencia en el vocabulario de todos.

Todos, Didier Réprisson, Mathieu Amant, el cabo primero Emery y el resto de la tropa, habían vivido aquella jornada en primera línea, arrastrando mangueras y haciéndose cargo de bomberos a veces heridos, pero la mayoría de las veces agotados, pues las temperaturas con las que aquellos hombres debían enfrentarse eran extremas.

Conseguir extinguir el fuego que devoraba una sola vivienda no era una hazaña menor. Cuando se trataba de una manzana de casas, la tarea se volvía tan penosa como peligrosa. Para todo un barrio, los medios tradicionales de los que disponían nunca resultaban suficientes.

Al finalizar aquel primero de enero, los pocos avances conseguidos habían sido devorados por los progresos que, en otros lugares, se constataban a favor del incendio. Si por un lado conseguían extinguir el fuego que devoraba diez casas, otras diez eran alcanzadas en otra parte de la ciudad. Además, dadas las condiciones, cada vez se hacían menos ilusiones respecto a las posibilidades de salvar todavía algunas vidas. Aquellos pocos supervivientes rescatados aquí y allá, en su mayoría, eran considerados vivos únicamente porque todavía respiraban, y fallecían, en la mayoría de los casos, apenas habían sido socorridos. Como si sus últimas fuerzas se hubieran concentrado exclusivamente en aquel propósito, como si, una vez que alguien se hacía cargo de ellos, se dejaran partir, como si aquella oportunidad consistiera, a su manera, en negarse a morir solos, en saborear una especie de paz relativa que les permitiera aceptar mejor su suerte antes de precipitarse en la nada.

Evidentemente, aquel acontecimiento atrajo a numerosos periodistas y a una multitud de curiosos que, en su mayoría, permanecieron en los alrededores de Saint-Jean-d'Angély, en aquellas elevaciones desde las que el incendio podía contemplarse prácticamente en su totalidad. Afortunadamente, la autopista A10, movilizada desde el primer momento, permitía evacuar a los heridos. En su inmensa mayoría, aquellas evacuaciones afectaban al personal de emergencia. Las intoxicaciones por los distintos tipos de humo, a veces tóxicos, fueron numerosas. Las explosiones de bombonas de gas, así como de depósitos de diferentes combustibles, también produjeron su correspondiente número de consecuencias, algunas de ellas definitivas.

En aquel año 2027, todo iba cada vez más deprisa. Desde todas partes del mundo, todas las cancillerías reaccionaron. La humanidad había conocido muchas otras catástrofes. Algunas recientes, se pensaba especialmente en el tsunami de 2004, así como en otros terremotos y distintos ciclones. También se pensaba en aquellos conflictos, en el que enfrentaba a Rusia con Ucrania o a Estados Unidos con Irán, y en aquellos menos comentados e igualmente sangrientos,

cuando no más, que tenían lugar en el centro del continente africano. Pero todas aquellas tragedias poseían al menos un punto en común: estaban identificadas, se conocía su naturaleza. A los sufrimientos insensatos que infligían no se añadía aquella incertidumbre, precisamente vinculada a lo que por el momento estaba destruyendo la ciudad de Saint-Jean-d'Angély. Allí se ignoraba a quién se debía aquella ignominia y por qué había sido organizada.

Didier Réprisson se incorporó, todavía apoyándose en Mathieu Amant. En su fuero interno, comprendió la importancia que aquel joven teniente había adquirido a su lado. Este le transmitía, sin que comprendiera cómo funcionaba aquel proceso, un consuelo que se había vuelto necesario, incluso indispensable. Quizá se tratara, casi banalmente, de las repercusiones de aquellas nuevas condiciones. Como si se tratara de un juego que hubiera cambiado repentinamente y que ya no permitiera a las cartas desempeñar hoy el papel que habían sabido cumplir ayer. Del mismo modo que, a la inversa, otras cartas, menos solicitadas la víspera, adquirían gracias a aquel trastorno una importancia considerable al día siguiente.

A unos cincuenta metros del lugar donde se encontraba, una cámara lo esperaba. Numerosas cadenas de televisión habían solicitado poder instalar allí la suya. Se les respondió que podrían recuperar libremente aquella secuencia, pero que su difusión inicial solo estaría autorizada a France 2, cadena pública, según las órdenes de Didier Réprisson.

A lo largo de aquellos mismos cincuenta metros, procuró recuperar algo de vigor. Al llegar a su destino, había vuelto a convertirse en aquel presidente de la República tan particular que todos reconocían en él, esperando nuevamente, con todo su ser, que aquel estado se mantuviera durante el tiempo que durase su intervención. Finalmente tomó la palabra, con Mathieu Amant a su lado y todos sus hombres, incluido el cabo primero Emery, ligeramente apartados detrás de ellos.

«Hermanos y hermanas, franceses o de cualquier otra nacionalidad, poco importa que compartáis hoy nuestra nacionalidad, que hayáis nacido en este lugar del mundo o en cualquier otro, lo que estamos sufriendo aquí es mucho más que una tragedia. Lo que estamos sufriendo aquí da testimonio de una deriva de esta humanidad que componemos todos y todas. Porque quienes han perpetrado esta misma tragedia

podrán esforzarse cuanto quieran en explicarnos por qué le dieron forma, poco importan las lenguas o los dialectos que empleen, ninguna de sus razones conseguirá jamás convertirse en una razón digna de tal nombre, por ser fruto de una mente humana que ya no puede ser la mente que debería ser, al haber perdido en su interior aquella base humana que, por sí sola, puede constituirla.

Hermanos y hermanas, lo que está ocurriendo aquí, más allá de las víctimas, de la muerte de hombres, mujeres y niños como vosotros, no debe, a la hora de interpretarlo, limitarse exclusivamente a la tragedia que representa, sino extenderse a aquello en lo que nos hemos convertido, todos y todas, a esa totalidad que ha permitido que esta tragedia, mucho antes de hacerse posible, llegara a resultar concebible para algunos de nosotros.

Os doy las gracias.»

En Saintes, delante de una pantalla de televisión, acompañada de algunas otras personas, Élise dio un respingo cuando la cámara se detuvo apenas un instante en el rostro de Mathieu Amant.

«¡Pero si yo lo conozco!», afirmó.

El 2 de enero de 2027, Saint-Jean-d'Angély seguía ardiendo de una manera paradójica y frustrante para los equipos de emergencia. Algunos incendios, los más antiguos, aquellos que habían comenzado desde los primeros minutos de aquel mismo año, empezaban ya a extinguirse por sí solos, al no disponer de más material que pudiera alimentar su combustión. Incluso se constataba que aquel proceso, a su manera, generaba una vuelta a la calma más considerable que aquella que los bomberos trataban de conseguir.

Durante la noche se produjeron algunos intercambios muy animados entre quienes estaban encargados de erradicar aquel fuego que devoraba Saint-Jean-d'Angély. Algunos se mostraron favorables al empleo de aviones Canadair, considerando que las pérdidas humanas sufridas justificaban aquel recurso. Otros se opusieron. Para empezar, los aparatos en cuestión, aquellos de los que disponía Francia, estaban todos en revisión. Habitualmente apenas se utilizaba aquella clase de aviones en invierno, aunque algunos especialistas del calentamiento climático advertían que, dentro de menos de una década, aquellos mismos aparatos serían utilizados los doce meses del año, siempre que, transcurrido aquel mismo plazo,

todavía quedaran algunos bosques en territorio francés. Después, quienes se oponían a aquel método destacaron los centenares de cuerpos que debían ser recuperados. Si había que proteger a los vivos, también había que respetar a los muertos, según aquellos, y el paso de los Canadair estaba destinado a maltratar sus restos.

Finalmente recurrieron a Didier Réprisson. Él eligió, sin elegir realmente, pues aquella maniobra consistente en utilizar aviones Canadair presentaba demasiados obstáculos de toda clase, principalmente de carácter técnico, continuar recurriendo al mismo método empleado la víspera, modificando ligeramente su estrategia. Ya no se trataría de combatir a cualquier precio aquel incendio, como habían intentado hacer durante el primero de enero, sino de contribuir, acompañándolo en su agotamiento, a que el fuego cesara más rápidamente que si lo abandonaran a su suerte. Dicho de otro modo, desde aquella perspectiva no buscarían una victoria potencial, sino evitarse una derrota más considerable y, al mismo tiempo, más visible.

Aquella misma noche, a partir de las nueve, se ordenó el regreso de todos aquellos y aquellas que estaban movilizados en aquel frente. Seis bomberos habían

perdido la vida, elevando el total de fallecidos durante la jornada del día primero a dieciocho. Otros once habían resultado heridos, uno de ellos de gravedad. Didier Réprisson ordenó que cesara la lucha, cuya reanudación estaba prevista para el día siguiente a partir de las siete y media de la mañana.

Didier Réprisson pasó la noche en aquel almacén, siempre en compañía de Mathieu Amant, del cabo primero Emery y de sus hombres, así como rodeado de sus colaboradores, que insistían en que regresara cuanto antes al Elíseo. Allí, según sus opiniones, no solo carecía de aquellas estructuras que le permitían ejercer plenamente como presidente de la República, sino que, alejado de ellas, iba perdiendo progresivamente algunos de aquellos atributos que le permitían seguir considerándose jefe del Estado. Aunque él estaba convencido de que el hábito no hace al monje, a fuerza de dejar de tener la apariencia correspondiente, en una época en la que las apariencias prevalecían, podía terminar perdiendo toda credibilidad con aquella determinación.

Él, por el contrario, plenamente consciente de que su presencia no tenía ninguna utilidad desde un punto de vista práctico, procuraba permanecer allí, con-

tando con el concurso de aquel desastre para inspirarle aquella idea a partir de la cual conseguiría imponer a aquel episodio un episodio siguiente. Durante las horas en las que dormitó, pensó que reconstruir Saint-Jean-d'Angély no sería suficiente. Había que aprovechar aquel drama, hasta volverlo contra sí mismo, para conseguir arrancarle un valor añadido.

Hacia la una de la madrugada, mientras Mathieu Amant le tendía un café, le pidió que se sentara a su lado, solicitando a quienes no dejaban de acudir a él que le concedieran unos minutos de respiro.

«Si yo le hubiera ordenado llevar a cabo un ataque semejante, ¿cómo lo habría organizado?», preguntó Didier Réprisson. Mathieu Amant, mientras se acomodaba junto al jefe del Estado, en una posición semejante a la suya, sentado directamente sobre el suelo, mostró una mirada fija, idéntica a la de quienes procuran concentrarse.

«El ataque no es un problema en sí mismo, el problema, ante todo, es organizarlo», comenzó afirmando Mathieu Amant. Didier Réprisson, al no reaccionar, le hizo comprender que esperaba la continuación.

«No soy más que un teniente, un joven teniente...»

«Futuro capitán», le recordó Didier Réprisson. Mediante aquella alusión le advirtió de las expectativas que había despertado. Mathieu Amant se limitó a realizar un ligero movimiento de hombros, dando a entender al jefe del Estado que había recibido el mensaje. Después continuó.

«No soy más que un joven teniente, pero el nervio de la guerra en este asunto es el dinero, y hace falta mucho para organizar un ataque semejante.»

«¿Cuánto?», quiso saber Didier Réprisson.

«Millones de euros, sin duda, para pagar a los hombres, su reclutamiento, probablemente mercenarios, aunque no necesariamente, unos individuos sin escrúpulos dispuestos a disparar indiscriminadamente pueden ser suficientes, las armas y las municiones, los drones, por lo que he oído, parece que hubo cerca de cuatrocientos impactos, pero sobre todo la logística, aquellos pocos individuos capaces de organizarlo todo y, especialmente, de organizarlo todo sin que las autoridades se den cuenta de nada, o que estén generosamente pagadas para no ver nada.»

«¿Está pensando en corrupción?», preguntó Didier Réprisson.

«No lo sé», comenzó respondiéndole Mathieu Amant. «No lo sé, pero los medios empleados exigen una coordinación descomunal a todos los niveles. La pregunta es: ¿cómo hace uno, cuando es un elefante, para pasar inadvertido cuando debe atravesar un pasillo para alcanzar su objetivo?»

Mathieu Amant guardó silencio. En su fuero interno, se sentía incapaz de añadir nada más. Con el cabo primero Emery, así como con algunos de sus hombres, había mantenido algunas conversaciones semejantes a aquella que compartía con Didier Réprisson. Todos se habían sentido desbordados. ¿Cómo concebir una operación semejante, que exigía ante todo permanecer invisible durante todo el tiempo de su preparación ante aquellos que estaban destinados a sufrirla? Ninguno de ellos lo sabía, salvo uno, que concedía menos importancia a aquella atención colectiva que, precisamente, debería haber detectado de antemano aquello que amenazaba con aniquilarlos. Aquel mismo hombre lo había resumido en unas pocas palabras:

«¡Cuanto más grande es la mentira, más fácilmente cuela!»

«Sí, no se preocupen, voy a cuidar de ella, hasta muy pronto.»

Élise colgó el teléfono, justo después de haberse mostrado tranquilizadora.

Cuando las seis llegaron a Saintes, Ambre Litune se negó a separarse de Élise. Como esta no poseía ninguna legitimidad oficial, las autoridades tenían la obligación de hacerse cargo de la niña, pero esta última, con sus doce años, no estaba dispuesta a permitir que decidieran por ella y exigió que le proporcionaran los medios necesarios para contactar con sus padres. Quienes debían ocuparse de su situación no discutieron. Las circunstancias del momento les permitían, según los casos, concederse algunas libertades que, en condiciones normales, jamás se habrían permitido. Era el momento de improvisar. Todos los resultados que pudieran resultar positivos, teniendo en cuenta el contexto, podían admitirse como otras tantas oportunidades. Aquella reglamentación que organizaba los períodos considerados ordinarios tendría que esperar a que regresara la normalidad, si es que alguna vez regresaba.

Inmediatamente se pusieron en contacto con los padres de Ambre. Estos no disponían de otras noti-

cias que las transmitidas por los canales informativos. Cuando comprendieron que estaban hablando con las autoridades francesas, temieron lo peor, aterrorizados ante la posibilidad de que les anunciaran la muerte de su hija. Para tranquilizarlos, le pasaron el teléfono a Ambre. Al escuchar mutuamente sus voces, tanto el padre como la madre lloraron mucho más que su hija, que conservó una sangre fría impropia de una niña de su edad. Inmediatamente, Ambre les explicó la situación. Deseaba permanecer al lado de una joven llamada Élise Marchand, sabía que era de confianza y, para conseguirlo, ellos debían dar su consentimiento. Los responsables oficiales recuperaron el teléfono. Los padres de Ambre, que conocían bien a su hija, aunque jamás habían sospechado que pudiera demostrar semejante valentía al enfrentarse a unos acontecimientos de aquella naturaleza, decidieron confiar en su apreciación. Les respondieron que no era tan sencillo. Nada garantizaba a los representantes de la ley que aquellas personas fueran, de manera incontestable, los padres de Ambre que afirmaban ser, del mismo modo que nada les garantizaba la fiabilidad de Élise Marchand. Después de todo, Ambre podía, debido a cuanto acababa de atravesar, aunque su seguridad pareciera demostrar lo contrario, no encontrarse en

condiciones de evaluar correctamente su situación. Aquella madurez podía no ser más que una apariencia, una especie de reacción repentina capaz de impresionar, surgida como respuesta a una necesidad generada por un pánico que la principal interesada no reconocía como tal.

Quienes estaban encargados de aquel asunto deliberaron entre ellos durante apenas unos instantes, pues sus respectivos teléfonos no dejaban de sonar y eran requeridos en otros lugares. No sin suspirar largamente, terminaron cediendo a lo que reclamaba Ambre Litune, procurando obtener de Élise la mayor cantidad posible de información, aunque sabían que cuanto declaraba la joven no tenía demasiado valor, por no estar respaldado por ningún documento oficial. Aquellos mismos responsables habían sido advertidos de que debían esperar que la urgencia del momento condujera a unos y otros a cometer algunos errores, que inevitablemente les serían reprochados cuando llegara el momento de rendir cuentas. Aquellas dos columnas, en cuya parte superior se leían habitualmente, en una, la palabra crédito y, en la otra, la palabra débito, verían modificados sus respectivos encabezamientos. Una sería rebautizada como constatación y la otra como culpable.

Así fue como, antes de cerrar aquello que no debía ni podía representar en la vida de Ambre Litune más que un paréntesis, permitieron que Élise hablara con los padres de la niña, prometiéndoles de aquella manera que cuidaría de su hija.

Las otras cinco niñas no opusieron mayor resistencia a cuanto se les ordenó, pero tampoco manifestaron ninguna reacción, lo cual resultaba poco tranquilizador a juicio de quienes debían garantizar su seguridad. Ambre Litune las observó alejarse. Quizá, entre todo cuanto se había visto obligada a soportar, aquello fue lo que más la afectó. Aquellas niñas que habían sido sus compañeras de juegos parecían haber abandonado su propio ser. Mientras se alejaban de Ambre, no le prestaron la menor atención, como si Ambre hubiera dejado de existir para ellas, del mismo modo que ellas mismas parecían haber dejado de existir en su propio interior, de existir todavía para sí mismas.

En Saintes, una mayoría de habitantes se ofreció a alojar a los damnificados. Florence, Élise y Ambre Litune fueron confiadas a un jubilado, viudo y de setenta y cinco años, llamado Christophe Othon. Era conocido por los servicios de la gendarmería, primero por haber sido militar, con quince años de servicio en

la Marina, y después por haber trabajado como policía municipal, primero en el ayuntamiento de Burdeos y posteriormente en el de Saintes.

«La casa es grande, mis hijos también son mayores, he tenido cuatro, tengo otras tantas habitaciones libres, también hay un cuarto de baño en la planta de arriba y ropa disponible en los armarios, siéntanse como en su propia casa.»

Christophe Othon no obtuvo ninguna respuesta. Florence, Élise y Ambre Litune, apenas habían entrado en su casa y llegado a la cocina, se sentaron las tres en una silla y, desde hacía media hora, permanecían en aquella posición, con la mirada vacía.

Era el 2 de enero de 2027. Christophe Othon les ofreció bebidas calientes, café para Florence y Élise, chocolate con leche para Ambre Litune. Bebieron algunos sorbos sin pronunciar una sola palabra. Christophe Othon no intentó entablar conversación con ellas. Pasó prácticamente toda la noche delante del televisor, contemplando a distancia cómo ardía Saint-Jean-d'Angély, sin conseguir creer que aquello que estaba viendo ocurriera realmente a unos veinte kilómetros de su casa. Su experiencia como soldado le sugería que quienes sobrevivieran a aquel infierno estaban destinados a sufrir mucho más después que

durante. Ahora tenía la prueba ante sus propios ojos, con la presencia de aquellas a quienes había ofrecido hospitalidad.

Florence fue la primera en moverse. Anunció que iba a darse una ducha y que después iría a descansar. Ambre Litune dijo que haría lo mismo cuando quedara libre el cuarto de baño y que luego también se iría a dormir. Élise permaneció muda. Por sus mejillas corrían lágrimas, sin que por ello estuviera llorando verdaderamente. Pensaba en Hervé y Olivier, en su vida anterior, que tanto amaba, en sus estudios mediante ChatGPT, en sus sesiones de bicicleta en Zwift, en su guitarra, eléctrica, la guitarra, en aquella felicidad que jamás había tenido con ella la mínima prudencia de advertirle hasta qué punto podía ser una felicidad digna de tal nombre. Todo aquello no regresaría nunca. Ella, que había imaginado seguir viviendo una y otra vez aquella misma existencia, ahora reducida a ruinas, debía resignarse a considerarla perdida para siempre.

Ambre Litune, al darse cuenta de su estado, se acercó a Élise y apoyó su frente contra la de ella, repitiéndole sencillamente, varias veces, una misma frase.

«Hay que vivir, Élise, ¡hay que vivir!»

50

Didier Réprisson, aquel 2 de enero, hizo lo propio de Didier Réprisson, no decidiendo regresar a París, como le recomendaban insistentemente, sino invitando a sus homólogos internacionales a acudir a Saint-Jean-d'Angély para que pudieran hacerse una idea más precisa de la situación. Dos de ellos se mostraron inmediatamente dispuestos a hacerlo, a saber, Giorgia Meloni y Donald Trump. Didier Réprisson advirtió a Mathieu Amant de que, si aquellos dos, acompañados de otros, acudían realmente al lugar, se le encomendaría la parte francesa de su seguridad. Mathieu Amant tuvo ciertas dificultades para tragar saliva ante aquella eventualidad.

Para Didier Réprisson, el estado de Saint-Jean-d'Angély reflejaba al mismo tiempo el estado del mundo en el que vivían. Había que considerar aquel desastre como una advertencia, no exclusivamente porque quienes lo habían organizado pudieran reproducirlo en otros lugares, sino porque aquellos individuos eran seres humanos y, al destruir a los demás,

se estaban destruyendo a sí mismos a más o menos largo plazo.

La humanidad, según su análisis, había tomado un rumbo equivocado. El episodio vivido allí le sugería dos alternativas: o cambiaba de rumbo, o continuaba su camino manteniendo aquel mismo rumbo, pero entonces con pleno conocimiento de causa, aceptando no beneficiarse de redención alguna, por haber sido previamente advertida de manera absoluta, tanto si aquella misma redención debía proceder exclusivamente de ella como de una entidad supuestamente situada en alturas ilustres.

Saint-Jean-d'Angély seguía ardiendo. Como estaba previsto durante la noche, se ordenó a los bomberos que dejaran de asumir riesgos desmesurados. En el interior de aquella ciudad ya no se escuchaban llamadas de auxilio. Había que resignarse a admitir que, entre aquellos muros y aquellos barrios, ya no quedaba ningún superviviente en medio de aquel inmenso incendio.

Algunos periodistas ya señalaban con el dedo la incapacidad de los equipos de emergencia para contener el fuego. Quienes precisamente estaban encargados de aquella misión les explicaron que no habían podido intervenir seriamente hasta ocho horas después de

los primeros incendios, cuando habitualmente actuaban sobre aquella clase de siniestros en cuanto se declaraban. Aquellas mismas ocho horas habían proporcionado al incendio una ventaja tan considerable que ahora ya no podían recuperarla.

También recordaron a quienes no vacilaban en destacar su supuesta impotencia, incluso su incompetencia, que numerosos compañeros, desde la aparición de las primeras llamas, se habían movilizado inmediatamente y habían sido abatidos por los asaltantes, de modo que el número de pérdidas entre sus filas era mucho mayor que el anunciado por los medios de comunicación, que se concentraban únicamente en quienes habían caído a partir de la mañana de aquel primero de enero.

Además, se sospechaba firmemente que los drones habían sido cargados con productos inflamables. A ese respecto, por el momento no se había recuperado ninguno que permitiera comprender mejor a qué se habían enfrentado. Entre aquellos centenares de aparatos que habían acribillado Saint-Jean-d'Angély de puntos de impacto, sin duda algunos no habían cumplido su misión, pero habían sido destruidos por el incendio.

Siempre según los servicios correspondientes, serían necesarios al menos diez días para que el fuego quedara circunscrito. Una vez superado aquel plazo, todavía quedaría por realizar la tarea más penosa, a saber, la recuperación de los cuerpos, su identificación y, después, llegaría lo siguiente, sin que nadie pudiera decir aquel día qué aspecto tendría.

Mathieu Amant, el cabo primero Emery y sus hombres permanecieron a disposición del jefe del Estado. El coronel Imbert se limitó a ordenarles que obedecieran al presidente de la República. Al considerar aquella situación demasiado improvisada para su gusto, dejaba la responsabilidad en manos de Didier Réprisson, sabiendo ante todo que aquellos efectivos nunca habían recibido una formación que pudiera corresponder a lo que se esperaba de ellos. El personal especializado que seguía destinado en el Elíseo no dejaba de alertar a los colaboradores de Didier Réprisson: el jefe del Estado, al optar por aquella clase de protección, se estaba poniendo en peligro, sin que aquellos comprendieran que ese mismo Didier Réprisson, al ponerse en peligro, también estaba, políticamente hablando, realzando su propia imagen.

Alrededor de Saint-Jean-d'Angély podía distinguirse casi una segunda ciudad. Por todas partes se levantaban tiendas de campaña. La autopista A10 presentaba, a lo largo de kilómetros, una fila de espera en la que se distinguían vehículos de toda clase. Por su segundo carril, independientemente de la dirección tomada, ya fuera hacia Burdeos o hacia París, circulaban sin interrupción ambulancias, pero más concretamente vehículos funerarios, pues los muertos eran mucho más numerosos que los heridos.

Didier Réprisson hizo observar exclusivamente a Mathieu Amant que aquello que todos y todas estaban dejando entrever de sí mismos en aquellos momentos ponía de manifiesto la fuerza que todavía poseían. Una fuerza dormida que, tras haber sufrido una descarga eléctrica violenta, tanto más violenta por no haber sido mínimamente anticipada, recuperaba una energía ignorada, incluso insospechada, casi sinónimo ahora de virulencia. Aquello llevó a Didier Réprisson a preguntarse si aquel país debía pasar por lo peor para alcanzar lo mejor. Si aquella pregunta, por el momento demasiado provocadora dadas las circunstancias, debía permanecer encerrada en su interior, merecía, en su fuero interno, ser planteada.

Fue al final de la jornada cuando sonó su teléfono cifrado, una vez más, pues aquel aparato no dejaba de acaparar su atención. La identidad de quien le enviaba aquel mensaje no aparecía indicada. A pesar de todo, lo abrió. Dos palabras lo componían, solamente dos palabras, dos y nada más.

«Mejores deseos».